

BREVE HISTORIA DEL ANTICOMUNISMO

Fabio Giovannini

Prólogo de Alizia Stürtze





BREVE HISTORIA DEL ANTICOMUNISMO

Fabio Giovannini

Prólogo de Alizia Stürtze

Título original: *Breve storia dell'anticomunismo*
Autor: Fabio Giovannini

Prólogo: Alizia Stürtze
Traductor: Carlo Mª Gontzato Raveli
2004 DATANEWS Editrice
Basandere Argitaletxea
Imprenta: Baster Talleres Gráficos

BASANDERE Argitaletxea
Donostia

Prólogo

De la cruzada contra el comunismo a la guerra permanente contra el terrorismo

En esta *Breve historia del anticomunismo*, se describe de modo claro y conciso el desarrollo y consecuencias de la ideología anticomunista en vigencia a partir de la I Guerra Mundial y especialmente agresiva durante la llamada Guerra Fría (1951-1991). En base a ella, Estados Unidos hizo “creer” a una parte importante de la población mundial que había circulando por ahí un poderoso enemigo, una tenebrosa Conspiración Internacional Comunista, cuyo objetivo era ni más ni menos que controlar el planeta para someterlo a unos execrables objetivos que, al parecer, perseguían (no se sabe muy bien por qué ni para qué) la esclavización de la Humanidad e incluso su desaparición total. La obvia consecuencia era que el mundo estaba necesitado de un Salvador y que, dada la peligrosidad y el alto grado de contagiosidad del calificado como “Imperio del Mal”, ese Salvador sólo podía ser Estados Unidos. Tenía así Washington justificación para criminalizar, perseguir y destruir tanto dentro como fuera de sus fronteras toda persona, movimiento o gobierno que encarnara los ideales y esperanzas de las masas populares y trabara su expansión imperial.

Quedaba así la gran potencia capitalista con las manos libres para intervenir en asuntos internos de otros países, provocar sangrientos golpes de Estado y cruentas guerras, y mantener crueles regímenes dictatoriales allí donde conviniera a sus intereses económicos y geoestratégicos frente al entonces potente bloque soviético. Por mucho que el revisionismo histórico (que equipara nazifascismo con comunismo, y vale ahora para nazificar al islamismo) y la retórica del doble demonio (que equipara los objetivos/consecuencias de la agresión imperial con los de la política de líderes nacionalistas y/o autoritarios de Estados que no se ajustan a la política imperial, y vale para agredir a éstos) se utilicen para encubrir la objetividad de los datos, ahí están los brutales resultados y los millones de muertos de la lucha del “mundo libre” contra la “tiranía comunista” durante esa Guerra Fría que, para algunos, fue en realidad una 3ª. Guerra Mundial.

Hoy, 17 años después de la caída del muro de Berlín y conjurada la diabólica conspiración comunista, Estados Unidos sigue sin embargo empeñado, en nombre de la democracia y de los derechos humanos, en salvar a pueblos y países de toda una serie de incontables peligros que les acechan, alentados todos ellos, al parecer, por un nuevo enemigo, el etiquetado como "terrorismo internacional" que, en este mundo globalizado y caótico, constituye por lógica una categoría "superior" (de más amplio espectro), más irracional y mortífera que el infierno comunista que, por su parte, queda (en apariencia al menos) subsumido dentro de ese nuevo "eje del mal".

Se busca enemigo todo terreno

Enseguida se le quedó inservible a Washington la tan publicitada "teoría-ficción" de Fukuyama del "Fin de la Historia", según la cual la Historia humana, como lucha de ideologías, había terminado, con el triunfo de la democracia liberal que se había impuesto tras el fin de la Guerra Fría. Tras el pinchazo de la burbuja informática, Estados Unidos se enfrentaba a una crisis económica, de sobreproduccion y de legitimidad, el euro le estaba comiendo terreno al dólar, y aumentaba la disposición a romper sus boicots contra ciertos países (Irak, Irán, Siria, Libia, Cuba…). Estaba perdiendo influencia.

Huérfana de un enemigo que justificara el intervencionismo imperialista unilateral y la implantación de un "Nuevo Orden Mundial" que los zioncons (neoconservadores sionistas) de Bush, el Pentágono y los sectores de la industria armamentística y petrolífera consideraban imprescindibles, la política exterior y militar usamericana necesitaba hacerse con una nueva ideología "del Mal" que sustituyera y a la par englobara a la anticomunista. Para ello, ya desde los 90, en los laboratorios de los "think tanks" fueron gestando todo el montaje del terrorismo internacional y la ideología antiterrorista, que quedaron perfectamente afianzados y justificados a partir de ese "nuevo Pearl Harbour" que fue el 11-S. El mundo volvía a ser inestable y peligroso, ya que estaba amenazado por un enemigo global fanático, encarnizado y dispuesto a todo. Bush necesitaba un adversario digno de su "doctrina", basada en un militarismo agresivo, y lo acababa de encontrar tras el atentado a las Torres Gemelas. La designación de Al Qaeda como imagen central de ese satánico "Eje del Mal" no fue casual, ya que le

venía de perlas a Washington para recrear y endurecer las condiciones de la guerra que quería emprender para asegurarse una influencia decisiva en las zonas estratégicas y controlar las reservas naturales más ricas del mundo: una organización tentacular y mundial que, a pesar de su ideología retrógrada, dispone de medios ilimitados y se comunica por Internet; una organización invisible con objetivos misteriosos, estructura descentralizada y ramificaciones mundiales; una guerra no declarada, clandestina, encubierta y emboscada; una hidra de varias cabezas que se reproduce sin cesar y ataca en cualquier momento y lugar, por lo que hace necesarias la guerra ilimitada y una superioridad militar permanente para frustrar cualquier ataque imaginable, a la par que legitima el empleo de cualquier medio: aliarse con regímenes represivos, invadir países y masacrar a las poblaciones civiles, atropellar los derechos humanos, legalizar la tortura, el secuestro y el asesinato de luchadores sociales, violar las convenciones del derecho internacional con total impunidad, utilizar armas químicas, biológicas y también nucleares, provocar cambios de régimen, aceptar la idea del magnicidio contra los líderes molestos (Castro, Chávez,…), establecer bases militares y aparatos policiales-militares especiales, levantar nuevos muros por todas partes, publicitar complots terroristas virtuales (como el superatentado terrorista supuestamente frustrado en Londres), y, desde luego, golpear siempre primero (desarrollo de la “guerra preventiva”). En definitiva, en base a la generación de un clima de miedo y terror, instaurar el estado de excepción permanente y convertirlo en estilo de vida, colocando al mundo ante una nueva guerra fría (o ante la 4ª. Guerra Mundial, si se prefiere), porque el conflicto apocalíptico entre el Bien y el Mal así lo exige. Ya lo enuncia Samuel Huntington en “El choque de las civilizaciones”, la nueva biblia de la política exterior estadounidense: no se trata, como en el siglo XX, de un enfrentamiento entre ideologías, entre Este y Oeste o Norte y Sur, sino de una guerra entre una cultura moderna, la judeocristiana, y una forma arcaica de barbarie, el Islam, cuyo resentimiento contra Occidente lo convierte en una mortífera amenaza y en chivo expiatorio de todos los conflictos. (En realidad, la conclusión encubierta de Huntington es que, a largo plazo, el principal enemigo “civilizatorio” de Occidente será China, aliada potencial y natural del mundo islámico contra Occidente, por lo que sería preciso hacer lo que sea para romper la ya existente alianza “islámico-confuciana”. Pero de esto hablaremos más tarde).

A partir de esa polarización del mundo y de ese absolutismo moral (o se está con el imperio o se está con el terrorismo), Estados Unidos puede ya ir "personalizando" al enemigo a conveniencia. De hecho, necesita hacerlo, para diabolizarlo mejor y atacar donde le conviene. Así, de luchar contra unas espectrales y anónimas redes terroristas globales sin localización geográfica específica, puede pasar a demonizar a los países que molestan a sus fines, estigmatizándolos bajo la catalogación de Rogue States o "estados canallas o delincuentes", así como meter y sacar de la lista de organizaciones terroristas a quien mejor le convenga: cualquiera que se oponga al militarismo y al imperialismo se expone a ser calificado de terrorista, con todas sus consecuencias. En el amplio cajón de sastre de la "guerra contra el terrorismo" (incluido en el todavía más amplio del choque de civilizaciones) cabe de todo (comunistas, narcotraficantes, movimientos islamistas de todo tipo, nacionalismos emergentes, guerrillas, dictaduras no sumisas, movimientos antiimperialistas, control nuclear y de fuentes de materias primas estratégicas o los flujos migratorios…) y, por eso precisamente, le es tan útil a Washington para, a partir del 11-S, poner en marcha un plan largamente elaborado, el llamado "Project for a New American Century", que busca mantener el liderazgo estadounidense durante el siglo XXI a través de una dinámica militarista (iniciada ya con la guerra de Kosovo), es decir, a través de una guerra permanente contra los pueblos que osan defender su soberanía y/o luchar por otra sociedad. Y que, claro está, coinciden/chocan con los intereses geopolíticos imperiales de control de armas y de recursos energéticos y de otras materias primas. Todo ello persigue un objetivo central: prevenir el resurgimiento de un nuevo rival; adelantarse a la aparición de una amenaza real.

La perversa fabricación del enemigo

En principio, no deja de ser llamativo que una ideología tan elaborada y duradera como la del anticomunismo pueda ser aparentemente sustituida, tras unos escasos años de "reposo" y con aparente éxito "popular", por la del antiterrorismo islamista o "islamofascismo". A primera vista, no deja de ser curioso que sea precisamente Estados Unidos, que ha sostenido y sostiene a los regímenes más feudales y retrógrados del amplio mundo árabe y musulmán, y que ha combatido de modo implacable a todos los regímenes socialistas y laicos de la zona (desde Egipto hasta Afganistán,

pasando por Kosovo y un largo etcétera), quien se base ahora en un complot islámico mundial para humillar, amenazar, demonizar, invadir y/o neocolonizar a poblaciones enteras por el hecho de pertenecer a la cultura musulmana.

Sin embargo, la sorpresa inicial desaparece cuando miramos el mapa y comprobamos que el Islam es la religión del Oriente Medio, el África y el Asia Central de los hidrocarburos, los gasoductos y el mercado de armas, de una serie de regiones estratégicas de la periferia china, de zonas de Europa y de África importantes sea por sus recursos naturales, sea por su localización geográfica. Así, el Islam es el enemigo global perfecto para sustituir al antiguo enemigo soviético.

Para fabricarlo ideológicamente como “el otro” irracional y violento, se empieza tomando como base ese caldo ideológico tan profundamente arraigado en la mentalidad e historia de Occidente (y, desde luego, de Estados Unidos) por medio del cual hemos legitimado la “empresa civilizatoria del hombre blanco”, y, según Josep Fontana, hemos codificado una identidad común de “pueblo elegido”, tejiendo un relato fundamentado en las imágenes de una serie de espejos deformantes, que nos han permitido definirnos siempre ventajosamente frente a las imágenes falaces del “otro” (el bárbaro, el infiel, el hereje y la bruja; tras la conquista de otros continentes, el salvaje, el oriental, el primitivo; y, tras la revolución soviética, el comunista). A este magma, se le añaden todos esos clichés y prejuicios albergados en el inconsciente colectivo (las cruzadas, el orientalismo decimonónico de sultanes y odaliscas, el traidor “moro” de mirada retorcida…). Finalmente, al cóctel le echamos unas gotas de histeria paranoica sobre inminentes ataques terroristas. Queda así construida una representación irreal del mundo islámico cargada de estereotipos negativos que lo identifican con el fanatismo, el terrorismo y el peligro de invasión. El “otro” musulmán y/o árabe es el catalizador de los demás “otros”. Queda así dibujada la ideología antiterrorista e islamofóbica que penetra con gran facilidad en una sociedad proclive, como hemos dicho, a ese tipo de manipulaciones.

La inoculación popular de la lógica antiterrorista y de la amenaza que representa el Islam se lleva a cabo, claro está, por medio de intensas campañas de propaganda de masas. Si tenemos en cuenta que las cuatro mayores agencias de noticias internacionales (dos estadounidenses y una inglesa) distribuyen el 80% de las noticias mundiales, tendremos que

concluir que concentran una terrible capacidad de construcción y vehiculización de una agenda de noticias global que responda a los intereses de sus países.

Dado que, en este momento, la proyección del fundamentalismo islámico como la nueva amenaza de la civilización occidental encaja a la perfección con los intereses geopolíticos del Imperio y el sionismo israelí, y, subsidiariamente, con los de Gran Bretaña (su perro de presa), los grandes medios han adoptado y perfeccionado el modelo de propaganda nazi, basado en: la simplificación (el bien contra el mal, la civilización contra la barbarie…); la repetición y saturación (hasta el término “yihad”, de tanto insistir, se ha vuelto parte de la jerga occidental); la deformación (silenciar y ocultar informaciones; utilizar grandes mentiras como la de la existencia de armas de destrucción masiva en Irak…); la dependencia respecto de la información proporcionada por el gobierno, la policía y los “expertos” como fuentes; y, como consecuencia, la parcialidad (las premisas y la interpretación del discurso están prefijadas.

El aparato informativo desplegado tras el 11-S, así como (desde una perspectiva más “local”) la campaña de ciertos medios de prensa españoles para ligar a ETA con Al Qaeda tras el 11-M, ilustran a la perfección este papel propagandístico de los medios. La repetición de unas cuantas “verdades fundamentales”, por ejemplo, (a menudo vía “filtraciones” policiales, gubernamentales…) permite poner en marcha una intoxicación y una desinformación muy estudiadas en torno a la simplista fórmula del “extremismo islámico” (o el “radicalismo” en general) que justifica la “guerra contra el terrorismo”. Esa repetición hasta la saturación de ciertos mensajes constituye uno de los principales pilares de su éxito persuasivo: genera un estereotipo (de modo básicamente audiovisual) por el que el receptor asume, de manera aparentemente voluntaria, que el conflicto está condenado a perpetuarse en el tiempo, y que ni con el “diablo” ni con sus acólitos se dialoga; se les combate a muerte. El esquema, por cierto, no varía en el fondo mucho del que utilizó la Inquisición (de la que ha sido jefe máximo el actual papa Benedicto XVI).

Al ayudar el estereotipo a la criminalización, a la satanización, a la deshumanización, a la animalización, del grupo estereotipado, su uso propagandístico consigue legitimar la violencia necesaria para su exterminio. Además, al ser una imagen mental totalmente simplificada, el estereotipo tiene la doble “cualidad” de ser adaptable al contexto (al modo

de etiquetar la realidad, diferente según estemos en USA, en Europa…) y, a la par, de permitir añadir varias “subcategorías” a la categoría principal (el “arcaico” bolivarianismo chavista, el “retrógrado” régimen cubano, el impenitente salvajismo de los negros e indígenas en general…). Así, según “teorizaba” Aznar en Lima, en octubre de 2006, el término “islamofascismo” es el que mejor define la ideología de los terroristas (de todos), porque se trata de una ideología totalitaria con ambiciones globales, no ajena al nazismo ni al comunismo, que son sus aliados, como lo demuestra “el resurgir de los viejos fantasmas del pasado, el resurgir de la ‘utopía comunista’” en Latinoamérica: quienes quieren construir el socialismo del siglo XXI (Chávez, por ejemplo) se valen de la ofensiva del islamofascismo para sacar adelante sus execrables propósitos. Conclusión: todos los que molestan al Imperio son lo mismo. De hecho, de los siete “Estados canallas”, dos son socialistas (Cuba y Corea del Norte), y los otros cinco musulmanes (sin contar otros candidatos que, al parecer, “apuntan maneras”). Hay incluso voces que, desde Washington, reclaman la inclusión de China en la lista, por sus ambiciones internacionales y sus amistades peligrosas con países del “Eje del Mal” como Corea del Norte, Irán o Irak. De hecho, como veremos más tarde, el “peligro amarillo”, que tan bien encarnaban las películas de Fu Manchú, sigue vivido y coleando. Y es que otra “cualidad” de los estereotipos es su potente capacidad de sobrevivir al paso del tiempo.

Intelectuales y guerras humanitarias

En la confección de este maniqueo mundo en blanco y negro, no sólo han intervenido los medios de masas y de entretenimiento (Hollywood y todo su “star system” incluido). Parte importante de la intelectualidad ha colaborado también de modo innegable. Y no sólo la intelectualidad conservadora y quienes colaboran en los “think tanks”, esos laboratorios de ideas subvencionados por las corporaciones para imponer un discurso único, pseudoliberal y militarista, y para influir en la política usamericana interior y exterior. Los pensadores (auto)considerados progresistas o izquierdistas también han tenido su parte.

En esta *Breve historia del anticomunismo* ya se explica que el papel de intelectuales izquierdistas de renombre (financiados por la CIA bastantes de ellos) en la elaboración y justificación de la ideología anticomunista fue

primordial: ellos fueron los agentes de la llamada “guerra fría cultural”. Hoy también, un buen número de lo que James Petras llama IIO (intelectuales izquierdistas occidentales) ha colaborado y colabora por acción u omisión en la fabricación y legitimación de la totalitaria ideología antiterrorista y en la fijación de las condiciones ideológicas que hacen posible la guerra global imperialista y la aplicación del doble rasero, según se trate del amigo o del enemigo (terroristas buenos y terroristas malos; actos de guerra de unos, crímenes contra la humanidad de otros; estados clientes y estados delincuentes…). Y es que es patente el desplazamiento masivo a la derecha de los IIO y la continuación del entramado cultural creado por Estados Unidos durante la Guerra Fría, a través, entre otros, de dinero gestionado por estructuras como NED (National Endowment for Democracy – Fundación Nacional para la Democracia).

Las guerras imperialistas convertidas en guerras humanitarias, justas y/o preventivas; la aceptación de la “lógica” de las guerras asimétricas (las batallas militares clásicas desaparecen y una potencia única, abrumadoramente superior, combate un terrorismo no estatal omnipresente); las masacres de civiles transformadas en daños colaterales; los golpes quirúrgicos y las bombas inteligentes como modo civilizado de combatir la “locura suicida” del fundamentalismo; las políticas de tolerancia cero; la erradicación del imaginario social de la importancia histórica de la lucha y la pecaminización de la misma; la aceptación del monopolio policial (y militar) de la violencia en el espacio público, en base a la “seguridad ciudadana”; la utilización del antisemitismo como acusación para criminalizar cualquier crítica al sionismo y a la política israelí; la bondad innata de Estados Unidos (cuyas acciones están siempre justificadas), lo que, por contraposición, convierte el “antiamericanismo” (el antiimperialismo) en sospechoso…

A toda esa perversa ideología antiterrorista de amplísimo espectro (y que no distingue matices), los IIO le fueron dando el label de corrección y el sello moral de aprobación desde el momento en que se apuntaron, en la década de los 80, y desde la sombra del anticomunismo de siempre, a la retórica de defensa de los derechos humanos y de las mujeres. Ello permitió a Estados Unidos iniciar una contraofensiva contrarrevolucionaria contra gobiernos izquierdistas (Angola, Mozambique, Granada, Panamá… o el Afganistán “sometido” al poder soviético y para cuya “liberación” armaron a los señores de la guerra y a decenas de miles de mercenarios

fundamentalistas). Visto el éxito de la operación anterior, en la década de los 90, Washington echó mano del concepto de “guerra humanitaria” al que los IIO también se apuntaron. En lugar de denunciar el carácter imperialista de las agresiones usamericanas y destacar la interrelación existente entre todas ellas, como parte de un proyecto de dominación, optaron por hacer apología de lo que James Petras llama el “imperialismo humanitario”, y por echar mano nuevamente de la retórica del “doble demonio” que, como ya hemos dicho, equipara ciertos regímenes (que, dictatoriales o no, resulta que se oponen a la invasión y destrucción de su país) con las terribles catástrofes humanas provocadas por la expansión militar: bombardeos indiscriminados, bloqueos económicos genocidas, desplazamientos de refugiados, utilización de armas prohibidas, violaciones masivas de los derechos humanos, institucionalización de la tortura…

Así, redescubierta la “naturaleza altruista del imperialismo”, los IIO dieron cobertura intelectual a las destructivas guerras en los Balcanes, a la Guerra del Golfo, al genocidio palestino y, finalmente, tras el 11-S, con mayor o menor entusiasmo, a las criminales invasiones de Afganistán e Irak… y, a las nuevas agresiones (subversiones) que puedan venir, bajo formas diversas (potenciación de guerras civiles o de asesinatos políticos, financiación de grupos de oposición y de ataques terroristas, “revoluciones naranjas”…). Y es que, una vez aceptada nuevamente la simplista lógica del discurso de guerra fría del “Bien contra el Mal”, es muy difícil echar marcha atrás. Porque, tras justificar intelectualmente que bombardear objetivos civiles en Yugoslavia era “humanitario”, dada la maldad de Milosevic (“el carnicero de los Balcanes”), ¿por qué no lo va a ser hacer lo propio con Afganistán, Irak, Siria o Irán, puesto que se trata de regímenes igualmente perversos y satánicos, de fanáticos y fundamentalistas islámicos, de “ayatolás atómicos” que se proponen destruir el mundo?

Los IIO deberían saber que la demonización de la víctima por parte de los medios de comunicación es (y ha sido históricamente) parte de la manipulación psicológica, fundamental y necesaria, para que la población acepte apoyar (o permanecer pasiva) ante guerras o injerencias inaceptables. Sin embargo, “tragaron” (¿viejos hábitos anticomunistas quizás?) la implacable demonización de Milosevic y la del pueblo serbio en general, conseguidas por medio de un intenso bombardeo propagandístico, y, en base a eso, en lugar de analizar el desmembramiento y destrucción de Yugoslavia como parte de un diseño imperialista de largo alcance, los

justificaron por la necesidad de detener las “limpiezas étnicas” de tan sangrientos y bárbaros seres.

Parecidas premisas aceptaron los IIO (sobre todo los del área de influencia de Estados Unidos) para, en 2001, alinearse del lado de la “guerra total” emprendida contra Afganistán por el mando estadounidense, bajo la denominación de “Operación Libertad Duradera”: el régimen talibán daba cobijo a bin Laden y apoyaba una conspiración internacional; y, encima, oprimía a las mujeres. La admisión, en 2003, de que Irak, a pesar de llevar años sometido a un embargo brutal, estaba en el epicentro del “eje del mal”, poseía armas de destrucción masiva, tenía vínculos con Al Qaeda y era, por tanto, un peligro inminente para la Humanidad, fue ya más difícil de digerir: el movimiento altermundialista estaba en auge, países como Francia, Alemania y Rusia ya no estaban tanto por la labor, las propias clases dirigentes usamericanas estaban divididas acerca de la conveniencia de la invasión iraquí…

Hubo multitudinarias movilizaciones, declaraciones en contra de prestigiosos intelectuales… Bush siguió, sin embargo, adelante con su operación de desintegración de Irak (a la que llamó “Operación Libertad Iraquí”), en un patente ejercicio de terrorismo imperial. A pesar de ello, las protestas cedieron, y, si bien es cierto que, tres años después, el triunfo demócrata en las elecciones legislativas usamericanas de 2006 se interpreta como un castigo a Bush por su fracaso en Irak, también es verdad que ese castigo tiene más que ver con la percepción de que Bush es el causante de que Irak se haya convertido en una ratonera para las fuerzas ocupantes, que con la indignación popular/intelectual ante las atrocidades cometidas por la US Army en su guerra imperialista.

De hecho, no parece que la victoria demócrata vaya a traer cambios sustanciales en la estrategia internacional estadounidense, ni en el plan usamericano-israelí de desestabilización permanente de Oriente, ni, por consiguiente, en su discurso antiterrorista que, de momento, sigue la misma coartada de demonizar antes de atacar: ahí tenemos a Irán, “sospechoso” de querer borrar a Israel del mapa y de ser el “principal patrocinador del terrorismo internacional”, o a Siria acusada tanto de la muerte hace un año del primer ministro libanés Hariri como de la del pro-israelí ministro libanés Gemayel, ocurrido curiosamente tras el triunfo de Hezbolá frente al invasor israelí. Del mismo modo, tampoco parece previsible que el fangal iraquí sirva de revulsivo para que la mayoría de los IIO abandonen ese

callejón sin salida que es la ideología antiterrorista (y anticomunista), que les impide reconocer y denunciar que el enemigo, el verdadero terrorista, el mayor criminal de guerra, es el Imperio, y sólo el Imperio; y que la demonización la utiliza precisamente para justificar el mantenimiento de su asesina maquinaria de guerra. Los IIO se encuentran muy cómodos con la cómoda y políticamente correcta fórmula de condenar “toda violencia venga de donde venga”, pero, como afirma Alfonso Sastre, “existe una diferencia intelectualmente irrenunciable entre los hechos violentos, terroristas o militares; según se miren; ya sean ejercidos por el poder, ya sean subversivos”.

La reciente muerte en la cama del “chacal” Pinochet y la de otros dictadores asesinos como Franco, mientras Slobodan Milosevic, Sadam Husein o el líder del PKK Ocalan son juzgados y en ocasiones ejecutados por “crímenes contra la humanidad”, pone en evidencia no sólo la perversión y corrupción del sistema, sino la culpable colaboración de los IIO en el mismo.

La caza de brujas la inventó la Inquisición... y la padecieron y padecen Euskal Herria y quien lucha por su liberación

Es cierto que “ahí fuera hace frío”, y que hace falta valentía intelectual para enfrentarse a la arremetida mediática “antiterrorista” que sataniza a todo el que disiente. En Euskal Herria, esto lo sabemos bien. Pero también es cierto que esos IIO ya tan derechizados no sólo se han adscrito “en abstracto” a la “War on Terror” usamericana, sino que muchos de ellos son cómplices de las aplicaciones concretas que de esa ideología se hace en los diferentes Estados, porque las defienden y las justifican, fabricándoles una especie de andamiaje intelectual. Parte importante de la supuesta progresía intelectual europea (y desde luego española y también vasca), por lo menos, así lo está demostrando al dar por buena la creación de un Estado policial europeo en el que la ambigua definición de terrorismo permite perseguir todo tipo de disidencia, aplicar leyes antiterroristas, detener e incomunicar sin pruebas, maltratar y torturar, abusar de la prisión preventiva, mantener tribunales de excepción como la Audiencia Nacional española, extender la acusación de terrorismo a militantes políticos, politizar la justicia, aplicar la censura y la controvertida figura de “apología del terrorismo”, suprimir los trámites garantistas de los procesos de extradición, implantar la euro-orden

(orden de busca y captura europea)… en definitiva, criminalizar todo proyecto político que practique de forma radical la disidencia política, y suspender de modo sistemático las garantías democráticas.

En esa policialización de la Unión Europea y en la implantación de la ideología antiterrorista, el protagonismo del Estado español ha sido relevante. Ya antes del 11-S, el entonces ministro del Interior español Mayor Oreja se adelantaba a la "Doctrina Bush" y declaraba en la Cumbre de la Europolicía celebrada en Madrid que "el terrorismo no es sólo un grupo de comandos que actúan, sino un proyecto que trata de asentarse en la sociedad, y para combatirlo es necesario también luchar contra sus estructuras sociales, económicas, políticas e incluso de comunicación que lo apoyan y lo nutren".

¿Todo un precursor? No, un continuador de la política de persecución, de las cazas de brujas que, desde tiempos de la Inquisición, el Estado español (y sus clases hegemónicas) ha aplicado con fines políticos y centralizadores contra los disidentes y, de modo muy específico, contra la Euskal Herria insumisa. Al igual que durante el franquismo, también tras la mal llamada "transición democrática" estaba claro quién tenía que ser el siempre necesario "enemigo" que lo justificara todo: ese sector del pueblo vasco que seguía reclamando sus derechos y mostrando con su lucha que el edificio franquista seguía en pie. De hecho, muy al "estilo guerra fría", desde 1978 larga es la lista de personajes españoles (y de organizaciones y programas, etc.) espléndidamente subvencionados y difundidos para dar andamiaje ideológico a la caza contra el "vasco maldito" que, como hemos dicho, tiene profundas raíces.

La estereotipación y demonización de lo vasco (y de lo indígena en general) es algo históricamente consolidado, y que ha contado siempre con la "aportación" intelectual de los pensadores franco-españoles supuestamente más avanzados (y sistema-dependientes) del momento. No hay más que rastrear los testimonios. Aunque las fórmulas han ido variando, el esquema central no ha cambiado demasiado. Incluso el "antes una España roja que rota" de los franquistas coincidía con el profundo trasfondo antivasco de parte importante del republicanismo y la izquierda españolas, lo que en parte explica que, hoy en día, sus herederos, políticos e intelectuales, no sólo no le han hecho asco ninguno a pactar con la (ultra)derecha ex-franquista leyes "antiterroristas" (anti-izquierda abertzale) absolutamente antidemocráticas, sino que, además, llevan años

desarrollando, con un impresionante despliegue de medios, un discurso que llaman “constitucionalista”, pero que es racistamente anti-vasco y fascista. Todo esto mientras consienten, por acción u omisión, el revisionismo histórico de la guerra civil y del franquismo, que, a la postre, sirve para equiparar “culpas”, justificar la no depuración de las estructuras franquistas en 1978 y banalizar el franquismo, obviando criticar a todos aquellos sectores (la Iglesia católica incluida) que le dieron apoyo. El resultado de todo ello es la situación que hoy padecemos: una desmemoria y amnesia colectivas y una creciente fascistización de la derecha que hacen posible que, 70 años después del golpe militar de Franco, el PSOE presente un Proyecto de Ley de derechos de las víctimas de la Guerra Civil y del franquismo que, según denuncia Amnistía Internacional, en realidad supone una Ley de Punto Final, es decir, una amnistía general encubierta sobre crímenes contra el derecho internacional cometidos por el franquismo.

Cierto es que, como se explica en esta *Breve historia del anticomunismo*, el revisionismo histórico no se ha limitado a los “pensadores” españoles. En la actual coyuntura de fascistización global, el uso político de la historia es moneda común. Así, los neocons japoneses, a pesar de la protesta de China, han decidido revisar hasta los manuales escolares y edulcorar las atrocidades cometidas por su ejército durante la ocupación colonial de China y Corea durante los años 30 y 40 del siglo pasado. Del mismo modo, la Unión Europea tiene un claro interés en unificar, bajo la denominación de totalitarismo, las categorías de nazismo y comunismo: no hay más que ver los manuales de historia contemporánea para comprobarlo.

Al igual que ha hecho Madrid con los franquistas, se logra así rebajar las culpas de los nazi-fascistas, trivializar el nazismo y, consiguientemente, la amenaza creciente de la extrema derecha europea. Ocultando la impresionante presencia de millones de comunistas entre las víctimas de las represiones nazis, en 2005, el Parlamento Europeo, tras debatir un informe sobre la condena de los “crímenes comunistas totalitarios”, aprobó una resolución por la que la liberación del nazismo de los países de Europa Oriental era denominada “ocupación y dominación soviética” y “dictaduras comunistas”. La finalidad de este revisionismo histórico (caza de brujas en algunos casos como en Rumania) es clara: condenar formalmente el comunismo, debilitar la “(N)Ostalgic” (nostalgia de los tiempos de la RDA), e impedir que “la historia se repita y que una nostalgia ilusoria se instale en el espíritu de las nuevas generaciones”, en la creencia de que

pueda existir un sustituto para la democracia liberal: el comunismo. De ese modo, paralizar (y/o ilegalizar) cualquier forma de lucha revolucionaria o socialista contra el capitalismo mundial. Y, para eso, echar mano del maniqueo estereotipo de siempre, el del inquisitorial “diablo” conductor de una peligrosa secta. Comunista en este caso. Fundamentalista islámico o terrorista genérico con bastante más frecuencia últimamente. Feroz enemigo de la “civilización”, siempre.

Ya lo declara el recientemente fallecido dictador chileno Pinochet al defender en su testamento el sangriento golpe de Estado contra Allende: “Con toda sinceridad, me declaro orgulloso de la gran acción que decidí llevar a cabo, para impedir que el marxismo-leninismo tomara el poder”. Todos los que participaron en sus funerales también lo tenían claro.

Control de recursos y nuevos enemigos

En todo caso, dado que es el Imperio usamericano el que, desde su liderazgo actual, establece la agenda “satánica”, define la jerarquía entre el “diablo mayor” y los “demonios menores”, y especifica las formas que estos van adoptando, retomaremos el intento de definición del enemigo principal real de Washington, si es que existe, e intentaremos ver si se trata realmente, o no, de esa amenaza terrorista en la sombra que, de modo esquemático, se corresponde con la afirmación espectacular de un islamismo radical, sectario y violento.

Desaparecida la Unión Soviética, Estados Unidos aparece como una potencia de statu quo. Para consolidar esa posición, en lugar de decidirse por un inmovilismo que dejaría la iniciativa en manos de sus adversarios, Washington ha optado por extender su influencia para así reforzar su posición. Esta postura activa explica sus crecientes misiones e intervenciones, que parecen no tener límite; sobre todo a partir del 11-S en que convierte la campaña contra el terrorismo internacional en una guerra cuyos resultados no se prevé que valgan para detener el “terrorismo antiestadounidense”, sino, más bien, para consolidar la política militar usamericana en zonas estratégicas que, como ya hemos dicho, coinciden principalmente con la cultura islámica… y, añadimos ahora, también con algo más: con regiones estratégicas de la periferia china, tanto del Asia Central, como del sudeste asiático y el mar de China, en las que Estados Unidos ha ido, no por casualidad, colocando numerosas bases militares

permanentes y todo un formidable cerco estratégico (ver el mapa de la página siguiente), con el que va envolviendo al antiguo imperio asiático y con el que, además, le separa de su aliado iraní y le dificulta su fortalecimiento en su zona de dominio marítimo, el mar de China. Washington quiere incluso incorporar a la OTAN a varias ex repúblicas soviéticas limítrofes con China y, desde luego, pacta alianzas económicas y militares con los países del entorno.

Mediante el control de los recursos naturales renovables y no renovables, Estados Unidos quiere, no sólo asegurarse su propio aprovisionamiento, sino también controlar los desarrollos de posibles competidores como China, Rusia e India.

Dado que el talón de Aquiles chino es el petróleo (importa más del 50% y pronto el 70%), se trataría de privar al antiguo Imperio del Medio del acceso a las principales reservas de hidrocarburos del mundo y mantenerlo en la dependencia energética, rompiendo, para ello, la alianza de China con los países exportadores: Irak era una prioridad de China, pero la Guerra del Golfo de 1991 y la invasión de Afganistán acabaron con estas esperanzas. La reactivación del National Missile Defense (NMD) o “escudo estelar”, el rearme militar y nacionalista de Japón (la “Gran Bretaña asiática”) y el aumento de venta de armas usamericanas a la “provincia rebelde” de Taiwán también se explicarían por este deseo de constreñir el desarrollo chino: de hecho, la cuestión taiwanesa es el principal obstáculo para que China llegue a convertirse en una potencia mundial de forma pacífica, ya que Estados Unidos está dispuesto a impedir por la fuerza la legítima reunificación, que para la República Popular China es irrenunciable.

Son varios los prospectivistas que, al igual que Huntington (aunque desde otra perspectiva), plantean que la amenaza real al liderazgo usamericano vendrá de China, y que las guerras del Pentágono contra Afganistán, Irak y el acoso contra Irán habría que interpretarlas, en parte, como un modo de impedir que Pekín se erija en líder mundial para 2020. Según esto, la 4ª. Guerra Mundial podría haber empezado ya. Quizá la inició Estados Unidos con el “involuntario” bombardeo de la Embajada de China en Belgrado en 1999, y quepa prever nuevas confrontaciones militares ofensivas del Pentágono, bien animando el separatismo (Tibet, provincias musulmanas del Oeste…), bien provocando conflictos en alta mar o en el espacio aéreo (como su violación del espacio aéreo chino en 2001), o alegando intervencionismo en nombre de los derechos humanos, o

interviniendo (como ya lo han hecho) en Estados próximos a Pekín y poniendo en peligro el abastecimiento chino.

Unilateralismo, multilateralismo y “peligro amarillo”

En todo caso, lo cierto es que, mientras Estados Unidos sigue, de momento, apostando por el unilateralismo y el intervencionismo para preservar su condición de única superpotencia, la República Popular China, junto a otras entidades emergentes, ha sabido convertirse en pocos años en actor fundamental en el escenario internacional y construir, en palabras de Isabel Turrent, “una diplomacia globalizada, astuta e inteligente, que, además de servir a sus intereses, ha transformado las prioridades geopolíticas y económicas del mundo entero”. Presente en todas las regiones del globo, ha firmado acuerdos bilaterales con un amplio número de Estados, basados en la igualdad y el beneficio mutuos (Rusia, Venezuela, India, Brasil, Argentina, Irán, Sudán, Angola, Sudáfrica, Unión Europea…), es el mediador en conflictos candentes como el rearme nuclear de Corea del Norte, pertenece a innumerables organismos multilaterales (OMC incluida), apoya la recuperación del Movimiento de Países No Alineados (cuya última cumbre en septiembre de 2006 reunió a 118 Estados), mantiene relaciones directas con África (ahí está la Cumbre Chino-Africana de noviembre de 2006) y, fundamentalmente, intenta ir estableciendo una estructura de multipolarización estable (la paz mediante equilibrios de potencias). Ir construyendo, junto a otras fuerzas, esa hoja de ruta diplomática multilateral implica ir contra la doctrina Bush de las guerras preventivas, es decir, oponerse a cualquier acción unilateral y defender los principios de soberanía, igualdad y no intervención en los asuntos internos de otros países, al considerar que la intangibilidad de las fronteras es la única línea de defensa para protegerse de la hegemonía de los Estados fuertes. De hecho, China mantiene relaciones económicas con “Estados canallas” como Irán o Sudán, da créditos a enemigos declarados como la Cuba comunista y mantiene una asociación estratégica con la Venezuela del archi-enemigo de Washington Hugo Chávez.

Rodeada de 30 países, militarmente débil todavía, China, para afianzar su desarrollo económico, necesita mantener la estabilidad y la paz en las regiones próximas, y romper el cerco que le quiere imponer Estados Unidos para impedirle el acceso a las fuentes energéticas y a otros recursos: en

África (de donde le llega ya ⁄ del petróleo) juega ya un papel fundamental, en América Latina colabora en el desarrollo de un modelo que contrarreste el ultraliberal usamericano, invirtiendo en energía, aeronáutica, agricultura y formación, a cambio de materias primas; es el primer país no europeo que participa en el programa de satélites Galileo, que pretende hacer la competencia al GPS usamericano. China está, por tanto, elaborando una diplomacia que le permita mantener su crecimiento. Pero, al hacerlo, se enfrenta a los intereses de Washington.

O, al menos, a los del sector Pentágono-zioncons que consideran que una política agresiva es el único modo de compensar la relativa decadencia económica estadounidense, y para quienes China personifica la pesadilla geoestratégica de un enemigo mortal. Los neoliberales (Wal Mart, Wall Street…), de momento, defienden la penetración de mercados como el chino como el mejor modo de extender el Imperio, y consideran que el peligro que representa el crecimiento chino es inferior a los beneficios que les aporta. De hecho, el desarrollismo chino es un factor de estabilidad económica global, que está ayudando a sostener lo insostenible: financia parte del déficit exterior usamericano, al tener parte importante de sus reservas en dólares y acumular un importante déficit comercial con Estados Unidos.

En todo caso, una guerra abierta contra China no sería factible mientras no se resuelva el conflicto entre esos dos sectores de la élite usamericana. Además, el desgaste que está sufriendo Estados Unidos en Irak y en Oriente Medio, la ascensión del antiamericanismo y el antiimperialismo, el fortalecimiento del proyecto bolivariano y los pujantes movimientos populares latinoamericanos… todo ello debilita su posición de fuerza unilateral y su política intervencionista. Hasta el punto de que, en el futuro, serán varias las potencias mundiales que jugarán un papel, incluso en el propio Oriente Medio.

De todos modos, hay estrategas que avanzan la idea de que la guerra clásica va a ceder terreno a una estrategia mundial que supone la intervención de actores “exóticos”, no militares. Los chinos hablan de “guerra no militar” para referirse a una especie de estrategia integral que pondría en marcha: ataques a las finanzas internacionales, ataques informáticos, guerra sobre la propiedad intelectual y las patentes, terrorismo, desestabilización por medio de campañas mediáticas… Por poner algún ejemplo: si China, que tiene 2/3 de sus reservas en dólares,

decidiera diversificar o vender sus bonos del Tesoro, provocaría importantes variaciones en el mercado monetario, en las tasas de cambio y de interés. Estados Unidos, por su parte, podría potenciar las revueltas causadas por las desigualdades que está generando el desarrollo desenfrenado de la economía china. Internet, al que están conectados 50 millones de chinos, puede también convertirse en un agente subversivo. Las actividades de las sectas religiosas potenciadas desde Washington constituyen asimismo una real amenaza para Pekín, sobre todo las evangélicas (hay ya 100 millones de chinos evangélicos, contra sólo 80 de estadounidenses). Por medio de la religión, las potencias extranjeras pueden infiltrar los órganos del Estado, los engranajes esenciales de la sociedad. Y es que no hay que olvidar que, en esta época, en la que tanto se habla del fin de las ideologías, la utilización de la religión con fines políticos se ha convertido en uno de los elementos esenciales de la geopolítica. Y, mientras se acusa al fundamentalismo islámico de todos los males del mundo y se amenaza a todo aquel que, como China, mantenga relaciones con países no recomendables, se oculta la responsabilidad de las sectas protestantes en la radicalización de ciertos conflictos y hay una clara instrumentalización de las comunidades cristianas árabes en Líbano, Palestina, Siria, Irak… Es este pues otro modo de crear artificialmente focos de discordia.

De este modo, la acción propiamente militar no representaría sino una parte reducida del conjunto de acciones hostiles. Se trataría ni más ni menos que del retorno a una guerra total, pero concebida en “tiempos de paz”, concepción que nos conduciría, de hecho, a prever una polarización hostil entre Estados Unidos y sus aliados por un lado y, por el otro, China y la esfera de influencia que ésta haya conseguido crear.

Desde este planteamiento, parece claro cuáles serían los escenarios de guerra: África, Oriente Medio, Asia Central... Al mismo tiempo, se dibujaría una nueva zona, una nueva dimensión de la conflictividad, la de la electromagnética y de la informática. Las agresiones en esta dimensión podrían acarrear efectos destructivos de una sorprendente amplitud.

Mientras tanto, 2.500 cohetes nucleares estadounidenses apuntan a China (y a Rusia), los portaviones nucleares Nimitz e Independence vigilan el estrecho de Taiwán, y el Pentágono realiza normalmente vuelos espías sobre China. Y, para ir generando opinión, por si acaso, desde los medios se va elaborando la idea del “peligro amarillo”.

Por una parte, se sobrevalora adrede el poder militar chino, aún a sabiendas de que Estados Unidos mantendrá la preeminencia durante los próximos 20 años. Se compara a China con la Alemania nazi y el Japón de los años 30, que se fueron construyendo militarmente su "espacio vital" (el lebensraum alemán). Se puede incluso hablar de una campaña para satanizar a China, que se relaciona peligrosamente con países del "eje del mal".

Washington ha resucitado el temor al "peligro amarillo" que alimentó tan poderosamente el racismo y el fascismo en la primera mitad del siglo pasado: esas hordas amarillas, industriosas como hormigas, que, a finales del siglo XIX, inundaron el mercado de trabajo de Estados Unidos, están "comprando" ahora Estados Unidos a golpe de talonario. Estaríamos frente al temible "despertar del dragón", de esa China presente en nuestro inconsciente sobre la que ya Napoleón anunció que "cuando despierte, el mundo temblará". Después de dos siglos de humillaciones, "le ha llegado la hora de la venganza": una gigantesca amenaza amarilla planea sobre el planeta. Los focos de la máquina propagandística usamericana ya se dirigen hacia la fabricación y difusión mediática de ese monstruo post-industrial que desafía a Occidente, y que, en 2008, con ocasión de los Juegos Olímpicos, va a tener una tribuna planetaria formidable para presentar su imagen de gran potencia industrial, científica y tecnológica.

Esa imaginería del "otro" asiático, taimado y de una refinada crueldad, sexualmente insaciable aunque afeminado al mismo tiempo, y que combina el terror racista a las otras culturas, las ansiedades sexuales y la creencia de que Occidente será dominado por las irresistibles, oscuras, ocultas fuerzas de Oriente; esa imaginería, decimos, surgió en el momento en que los Estados occidentales empezaron la colonización de Asia, racionalizando parcialmente su propio imperialismo con la noción de que un Asia militarmente poderosa era una amenaza para la "civilización cristiana".

Sin embargo, pese a pertenecer por tanto a "otros tiempos" sigue mostrando una gran vitalidad. Y hoy, junto a la imagen del terrorista islámico, se potencia esa otra de China como nueva encarnación del peligro amarillo, sólo que ahora desde el plano económico. Invasión, amenaza, competencia desleal, conquista, culpable de la pérdida de empleo y de la subida del petróleo… en base a los viejos prejuicios e ideas preconcebidas sobre "los amarillos", se emplean ahora todos esos términos en forma de alegorías para culpar el ex Imperio del Centro de los males de la economía,

los actuales y los por venir. La mafia china, la invasión china, el pirateo chino… hasta la gripe aviar sirve para impregnar el subconsciente colectivo con el temor al histórico peligro amarillo.

Que, por cierto, de ser chino a finales del siglo XIX, pasó a ser japonés, luego coreano, luego vietnamita, y ahora es una mezcla de chino-coreano.

¿La amenaza que vuelve del Este?

Todo esto mientras parece retornar una pequeña guerra fría entre "Occidente" y Rusia… aunque ahora bajo imperativos energéticos. Vuelven a aparecer "disidentes" envenenados, como Litvinenko, que ponen nuevamente de actualidad el esquema de los famosos villanos supersofisticados de SMERSH, esa agencia de contrainteligencia soviética de las novelas de James Bond, cuya misión era, como sabemos, eliminar a la crema del espionaje del mundo civilizado. Vuelve la campaña propagandística en la prensa occidental acerca del "totalitarismo" ruso. Y es que Washington, que dirige, gracias al lobbying eficaz de los ingleses, la ampliación europea y por supuesto la de la OTAN, intenta no sólo controlar el fortalecimiento de China, sino también el de Rusia, que es el primer productor mundial de gas y el segundo de petróleo, aspira a conseguir contratos nucleares y militares y a consolidarse como potencia, y todavía mantiene una importante capacidad de intervención en la geopolítica.

De hecho, se adivina la mano usamericana tras las "revoluciones naranjas" de sus aliadas Ucrania y Georgia, tras la posible desestabilización de Turkmenistán, tras los movimientos separatistas del Transcáucaso, o tras la incorporación o deseos de adhesión a la OTAN de diversos países fronterizos con la CEI o pertenecientes a ella. Como en el caso de la República Popular, se trata de cercar a Rusia y de desestabilizarla, dificultando así el desarrollo de la estrategia energética y económica que está trazando Putin, que ha patentizado con recortes de suministro y encarecimiento del gas natural ruso a países "díscolos" de la antigua Unión Soviética, con amenazas a la Unión Europea por el mismo tema, y con conversaciones con otros países productores como Argelia de cara, quizá, a impulsar una OPEP del gas. Todo esto mientras, carente de otra ideología definida, practica un nacionalismo a ultranza: el de la Gran Rusia que quiere superar el sentimiento de humillación por la pérdida del imperio soviético y las dependencias que caracterizaron la época de Boris Yeltsin.

La Federación Rusa posee un extenso territorio, importantes recursos, capacidad militar y ventajosa posición estratégica, pero tiene, junto a los problemas inherentes al modo abrupto en que se deshizo la Unión Soviética, otra seria dificultad estructural: su clara debilidad demográfica. Frente a los 1.304 millones de China y los 1.104 de India, sólo cuenta con 143 millones de habitantes. Le es imposible poblar, por ejemplo, las inmensidades de la rica Siberia, en la que se han asentado ya más de un millón de emigrantes chinos... para empezar. Para defender sus territorios frente a Pekín, además de seguir sobrearmada de ojivas nucleares, Rusia mantiene a su vecino chino a una distancia respetable de sus reservas de hidrocarburos. Según esto, podría ser el aliado objetivo de Estados Unidos y, coincidiendo con lo que sería el escenario más favorable para el Imperio, contener por el norte a la República Popular, mientras por el Oeste le pararía los pies India, y su importante fachada marítima al este y sur quedaría cerrada por Japón y la VII Flota, dentro de la región cubierta por USPACOM (U.S. Pacific Command), una de las 5 zonas militares en las que Estados Unidos ha dividido el planeta para controlarlo, junto a sus 800 bases militares (ver mapa en página 24).

Sin embargo, la realidad no es tan simple, y cada uno intenta jugar su propia partida de ajedrez. Si, desde una cierta perspectiva geoestratégica, a la Federación de Rusia le convendría aproximarse a Estados Unidos para frenar a China, desde otro punto de vista le interesaría unirse a esta para frenar el avance alcanzado por Washington en el espacio postsoviético. De hecho, tanto Rusia como China, a pesar de ser vecinos recelosos, comparten, entre otras cosas, su interés por debilitar el mundo unipolar usamericano y potenciar la multilateridad, así como evitar el control estadounidense sobre fuentes y flujos de recursos energéticos en Asia Central. Ambos están adquiriendo un peso creciente en la geopolítica mundial. Así, forman parte de la alianza geopolítica de cooperación conocida como Grupo de Shanghái, en la que, junto a ellos dos, participan también Kazajstán, Kirguistán, Uzbekistán y Tayikistán, y cuyo objetivo es la marginalización de la influencia norteamericana en Asia. Los mercados de las cuatro mayores potencias económicas emergentes y en desarrollo acelerado, Brasil, Rusia, India y China, englobadas como BRIC (BRICS, cuando se incluye a Sudáfrica) podrían alcanzar dentro de 30 años, según las previsiones, un producto nacional superior al de los G7. De hecho, se

trata de países económicamente complementarios, con una misma visión multipolar y defensores del principio de soberanía intangible de los Estados.

Tampoco hay que olvidar el peso que a favor de la creación de un mundo multipolar podría tener una Unión Europea más unificada y fortalecida que en la actualidad, ni el papel que a favor de una relación mundial más equilibrada podrían desempeñar otros agentes como Oriente Medio o Latinoamérica, donde, tras la crisis catastrófica del modelo neoliberal, los movimientos populares avanzan y la correlación de fuerzas en contra del imperialismo está cambiando lenta pero inexorablemente. A costa de pagar un altísimo precio, como están pagando en Palestina, en Irak, en Colombia… y como están pagando los derechos humanos y las leyes internacionales, es decir, toda esa estructura que ellos llaman "democracia".

Comprender la madeja del anticomunismo para enfrentarse a las nuevas ideologías del imperialismo

Empantanado en Irak y Afganistán y fracasada su política unilateral de "militarismo macho", enfrentado en diversas regiones del planeta por el control de los recursos y los corredores de transporte, el imperialismo usamericano no parece atravesar por su mejor momento. Mientras China y Rusia, los grandes países comunistas de la guerra fría, intentan recuperar ahora el estatus de potencia subordinados e integrados en el gran capital, en otras regiones han aumentado el antiimperialismo y el antineoliberalismo, como respuesta al alto grado de explotación, miseria y represión que estos han provocado. Hay quien habla de riesgo de recesión para 2007, tras un posible estallido de la burbuja inmobiliaria usamericana, que era la que, junto al aumento del consumo y de los gastos militares, le había servido a Estados Unidos para relanzar artificialmente su economia tras el pinchazo de las empresas de Internet. 2008 no es sólo el año en que Pekín piensa deslumbrar al mundo durante los Juegos Olímpicos, sino que, además, es año de elecciones presidenciales en Estados Unidos, por lo que quizá haya que esperar hasta entonces para ver si un triunfo demócrata va a implicar un cambio profundo en la política exterior del Imperio; si bien, todo hay que decirlo, es algo que no parece muy previsible. Hasta ahora, la recién obtenida mayoría demócrata en el Congreso y en el Senado no ha hecho sino aumentar la tentación proteccionista y el enraizado sentimiento antichino y, además, es improbable que el complejo industrial militar pierda

su influencia a la hora de dictar las decisiones de política exterior. Las élites usamericanas harán lo que sea para evitar su pérdida de liderazgo militar y económico.

La amenaza de nuevas guerras no ha disminuido. Es seguro que, como afirma James Petras, el imperio prepara golpes militares, masacres, intervenciones, corrupción de los líderes populares y represión. Es comprobable que Washington sigue ocupando bases militares, controlando los espacios aéreos, desarrollando nuevas armas de destrucción masiva, potenciando una nueva carrera armamentística, creando tensiones entre países, por ejemplo, entre Venezuela y Colombia, entre Taiwán y China o en la triple frontera (Paraguay, Argentina, Brasil), y manteniendo su operación mundial de balcanización, que empezó con la desarticulación de la Unión Soviética, prosiguió con la de Yugoslavia y de Irak, y ahora trata de dividir Venezuela, Ecuador y Bolivia y de incitar a la rebelión contra el Gobierno central a una serie de etnias iraníes… Nadie duda de que, dado el poder del lobby judío, sea demócrata o republicano el futuro presidente usamericano, Estados Unidos va a mantener su apoyo a Israel y a su política de limpieza étnica en la Palestina ocupada y de extensión de su poder en Oriente Próximo.

Y, sobre todo, y ya más directamente relacionado con el tema que se desarrolla en esta *Breve historia del anticomunismo*, está claro que el Imperio y sus potentes medios van a seguir elaborando y alimentando lo que Petras llama “distorsiones monstruosas en los medios de comunicación, que convierten a las víctimas en verdugos y a los verdugos en víctimas”, y que son siempre versiones de lo mismo.

“Evidencias” de amenazas nucleares y de ataques terroristas inminentes, satanización de Estados y de dirigentes, criminalización de movimientos, grandes mentiras mediáticas (la enorme fortuna de Fidel Castro, el deseo de Irán de borrar a Israel del mapa…), falsas acusaciones de ayuda al terrorismo (Sudán, Irán…), presentación del Islam como un bloque monolítico amenazante, campañas de propaganda relacionando emigración internacional con terrorismo, aprovechándose así de esa formidable herramienta de movilización de masas que son la xenofobia y el racismo… toda una ofensiva ideológica, todo un terrorismo informativo, para enterrar la oposición popular al imperialismo, mantener la supremacía usamericana en el mundo y justificar su agenda radical en política exterior y militar: America First.

Washington sigue necesitando un enemigo, y ese enemigo, como hemos visto, se fabrica y nos penetra a través de los medios de comunicación, de las instituciones culturales, de los centros educativos y de la propaganda del Estado. Descifrar y analizar los elementos que conforman esa ideología militarista antiterrorista (y anticomunista, y antiislamista…) que Estados Unidos utiliza para legitimar su intervencionismo es una de las importantes batallas que, desde la izquierda, nos quedan por combatir, y por ganar.

Así lo manifestaron en el Primer Congreso Internacional de Comunicación Internacional de Comunicación hacia el Socialismo, celebrado en Caracas en diciembre de 2006: el modelo comunicacional dominante es parte fundamental de la ofensiva ideológica imperialista, que busca que, mediante la aceptación de un conjunto de valores, como pueblo y como clase, aceptemos nuestro destino; por lo que es fundamental pasar a la ofensiva y asumir la responsabilidad de construir una alternativa.

Creemos que esta *Breve historia del anticomunismo* es una interesante aportación para ir desbrozando ese intrincado camino.

Alizia Stürtze Mendia

Donostia, diciembre de 2006

BREVE HISTORIA DEL ANTICOMUNISMO

INTRODUCCIÓN

A pesar de la desaparición de la Unión Soviética y de otros numerosos países de régimen comunista, el anticomunismo sigue presente en el debate político, sobre todo en el italiano. Incluso se puede afirmar que hoy asistimos a una clara y patente hegemonía mundial del anticomunismo.

Sin embargo, el término “anticomunismo” no ha sido todavía analizado muy a fondo. En las enciclopedias aparecen muchos “anti”, pero casi nunca el anticomunismo (tanto es así que “Il Foglio” ha lamentado su ausencia incluso en la *Garzantina,* publicada como anexo del “Giornale”).

Este libro se propone hacer una reconstrucción sintética de la historia del anticomunismo. En las siguientes páginas haremos un recorrido por esa historia desde sus inicios, en el siglo XIX, describiendo sus características fundamentales y delineando sus principales periodos. Sin embargo, antes de nada, conviene definir cuál es el sentido que se le da a la palabra “anticomunismo”. Y es que hay una diferencia entre los no comunistas y adversarios del comunismo y los anticomunistas. El anticomunismo no es la crítica legítima del comunismo. Al contrario. Constituye la personalización del adversario absoluto, del enemigo a vencer por cualquier medio, lícito o ilícito, hasta convertirse en una especie de “obsesión” político-cultural que ha dejado profunda huella hasta en las democracias occidentales. En lugar de ser un análisis político, el anticomunismo se convierte a menudo en una especie de ortodoxia religiosa que interpreta el comunismo exclusivamente como conspiración y complot, y despoja así de toda legitimidad a las ideas comunistas que intenta describir como objetivamente ilegales.

En nombre del anticomunismo se han apoyado dictaduras sanguinarias, violado los derechos humanos y perseguido o ejecutado incluso a personas que no eran comunistas. El anticomunismo ha sido el miedo al cambio, y a la vez también un modo de hacer pasar por ideológicamente nobles intereses inconfesables, o de justificar el distanciamiento con respecto del antifascismo. Esto es lo que hace que el anticomunismo sea antidemocrático.

Por otra parte, al analizar la historia del anticomunismo sale a la superficie la estrecha relación existente entre anticomunismo y capitalismo. Éste es, en muchos casos, el núcleo del anticomunismo: la defensa

incondicional de los intereses de clase, de la propiedad privada de los medios de producción, del *statu quo.* La demonización del comunismo ha sido históricamente un instrumento en favor de la "estabilidad", de la deslegitimación de cualquier oposición, de la consolidación de Gobiernos autoritarios o moderados, todo ello de cara a impedir cambios radicales.

En cierta medida el anticomunismo siempre ha condicionado la historia del comunismo (si es que no está en su propio origen). La acusación de "comunismo" ha sido utilizada para desacreditar a los adversarios políticos, en particular a los socialistas, dirigentes sindicales y católicos de izquierdas. El ogro del comunismo ha servido como intimidación para neutralizar cualquier posible alianza con los comunistas y para dividir a los movimientos obreros.

La criminalización del comunismo, señalado como "malvado" por principio, ha inducido a otras fuerzas de izquierdas, a las socialistas en primer lugar, a diferenciarse de los comunistas y a posicionarse contra ellos. Dejando a un lado las etapas de unidad socialcomunista, en las primeras décadas del siglo XX y posteriormente en los años cincuenta, se produjo una fractura entre los distintos impulsores del movimiento obrero y ello a causa, en gran medida, del temor a ser marginados del juego político bajo la acusación de fílocomunismo. La estrategia anticomunista, en suma, produjo en muchos países el efecto de aumentar las divisiones en la izquierda y de impedir así la generación de alternativas políticas a los partidos moderados y conservadores. Además, recientemente ha surgido un anticomunismo impulsado por ciertos poscomunistas, convencidos de que para hacerse creíbles tienen que hablar mal del comunismo.

En los últimos tiempos hemos asistido a un continuo ataque no sólo al comunismo, sino también al concepto mismo de utopía, y ello de cara a mostrar que el actual es el mejor de los mundos posibles y que el capitalismo es el único camino por el que pueden transitar las sociedades humanas. Toda la experiencia comunista es demonizada mientras se santifica el anticomunismo en su totalidad, olvidando los delitos y atropellos cometidos en su nombre.

Hoy se escribe y se habla mucho de los "crímenes del comunismo". Sin embargo, en las páginas siguientes descubriremos que los comunistas, acusados de haber cometido terribles crímenes, los padecieron en gran medida. Y que el anticomunismo es responsable de millones de muertos.

No es fácil someter a crítica al anticomunismo en estos tiempos en que está siendo beatificado. Sin embargo, es necesario mantener viva la memoria de lo que el anticomunismo ha sido (y en parte sigue siendo), para que ninguna persona ni ninguna idea tenga que padecer nuevamente ningún abuso ni violencia.

Capítulo primero

EN LOS ORÍGENES DEL ANTICOMUNISMO

El espectro del comunismo

El comunismo y el anticomunismo nacen juntos. Quizá podríamos decir que, paradójicamente, el anticomunismo nace incluso antes que el movimiento al que se contrapone.

El *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels, escrito en el mes de febrero de 1848, se inicia justamente con una referencia al anticomunismo: “un espectro se agita por Europa —el espectro del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa, el papa y el zar, Metternich y Guizot, radicales franceses y policías alemanes, se han aliado en una santa y despiada caza contra ese espectro. ¿Acaso existe algún partido de la oposición que no haya sido tachado de comunista por sus adversarios en el poder?”

Las fuerzas políticas que se reclamaban del comunismo no habían todavía tenido acceso al poder en ningún Estado, por lo que era imposible que hubieran ejercido represión ni violencia alguna contra las clases dominantes. A pesar de ello, el anticomunismo existía ya, unido a la que en las décadas sucesivas constituiría una de sus características más permanentes: la acusación de comunismo contra toda oposición a las normas económicas y sociales existentes. De hecho, durante la primera mitad del siglo XIX se acusará de “comunismo” a todas las ideas radicales, democráticas e internacionalistas.

Por tanto, ya se atacaba al comunismo cuando aún no existían ni gulags, ni dictaduras del proletariado ni nada por el estilo. Era el comunismo en sí, como idea que pone en tela de juicio la propiedad privada de los medios de producción, el que despertaba los temores, la repulsa y el odio de las burguesías europeas. Quienes querían mantener invariable el *statu quo* veían en los movimientos democráticos una amenaza a sus privilegios y en los comunistas la punta de lanza más avanzada de las reivindicaciones sociales.

Sin embargo, si bien es la idea en sí del comunismo la que sobresalta a los empresarios, el clero y los aparatos del Estado, el anticomunismo no se limita a oponerse ideológicamente a su adversario, sino que genera leyes específicas, persecuciones judiciales y represiones policiales. En suma, se transforma en anticomunismo de Estado.

El propio Marx tendrá que peregrinar por toda Europa, perseguido por los aparatos policiales y las medidas de expulsión, pero ese mismo destino lo habían padecido anteriormente sus predecesores, exponentes de un comunismo que vivía todavía su fase romántica y utópica. Prácticamente todos los dirigentes del naciente movimiento obrero y comunista padecieron persecuciones, expulsiones y detenciones.

La primera represión anticomunista ocurrió en 1796, y fue dirigida a desmantelar la llamada “conspiración por la igualdad” de François Noel Babeuf y de Filippo Buonarroti. Los “conspiradores” terminaron todos ante el tribunal y dos de ellos, incluido Babeuf, fueron condenados a muerte.

Otro de los primeros comunistas del siglo XIX, Auguste Blanqui, se vió tras las rejas con sólo veinticuatro años por defender sus ideas. En 1831, fue detenido de nuevo y sometido a un proceso que se hizo famoso por la inflexible autodefensa de Blanqui. Le condenaron a un año de cárcel y a una multa de doscientos francos al declararle “culpable de haber intentado turbar la tranquilidad pública incitando a los ciudadanos a despreciar y odiar a numerosas clases de personas, que él mismo ha citado en repetidas ocasiones con el nombre de pudientes privilegiados y burgueses”.

Posteriormente, Blanqui participó en la insurrección de 1839 contra el Gobierno de Luis Felipe, que fue castigada con numerosas cadenas perpetuas. Excarcelado en 1847, y detenido de nuevo un año más tarde, su vida estuvo marcada por repetidas detenciones, e incluso por una condena a muerte, de la que sin embargo fue indultado.

La misma suerte de Blanqui la corrieron por aquellos años centenares de comunistas anónimos y decenas de “líderes” del nuevo movimiento. Wilhelm Weitling, prusiano de origen, tras publicar en París en 1838 *La humanidad como es y como tendría que ser*, tuvo que huir a Suiza, donde también fue víctima de innumerables persecuciones judiciales. En 1843, secuestraron un nuevo texto suyo en el que se refería a la clase obrera como motor del socialismo, y fue detenido y condenado por orden del Gobierno cantonal de Zürich.

Las insurrecciones de 1848 proporcionaron nueva savia al anticomunismo, ya que lo ocurrido vino a confirmar la peligrosidad del enemigo, contra el que se experimentaron de paso formas más violentas y duras de represión. Aparecieron entonces las primeras definiciones destinadas a liquidar los movimientos democráticos de aquellos años: las rebeliones de París del mes de junio de 1848, en efecto, merecieron en los libelos anticomunistas calificativos del estilo de “invasión de bárbaros”. Apareció entonces también el tema de la lucha entre la civilización (burguesa) y la barbarie (proletaria y comunista), hasta el punto de que Honoré de Balzac declaró estar aterrorizado por el comunismo, “doctrina que consiste en derribarlo todo y dividirlo todo”.

Sin embargo, la represión más cruenta ocurrió en mayo de 1871, contra ese experimento de autogobierno conocido como la “Comuna de París”, que duró sólo 72 días y terminó en un auténtico baño de sangre. La ciudad fue bombardeada por la artillería y los insurrectos fueron ajusticiados. Se calcula que se ejecutaron a no menos de 20.000 comuneros. Como corolario de la represión, se llevó a cabo una amplia operación de desinformación que llegó a atribuir a Marx falsas declaraciones contra la Comuna. Una vez más se hizo alusión a la “civilización”, llegando el “Times” de Londres a definir la Comuna como “un atentado contra la civilización en la que es considerada su capital”.

Mientras las policías y los ejércitos se encargaban de eliminar o de arrestar a los comunistas, el clericalismo se puso enseguida manos a la obra para proporcionar un soporte ideológico a las persecuciones contra los “revolucionarios”. El abad Antonio Rosmini publicó en 1847 un *Ensayo sobre el comunismo y el socialismo*, donde condenaba el iluminismo como precursor de las ideas comunistas: el antirracionalismo pasaba así a formar parte del anticomunismo. Poco después, en 1849, Alfredo Sudre publicaba su *Historia del comunismo o confutación histórica de las utopías socialistas,* en la que defendía que el origen del comunismo había que buscarlo en los heréticos, los luteranos *y* los anabaptistas, e incluso se enfrentaba a los burgueses laicos, a quienes acusaba de ser tan “depravados” como los comunistas. Apareció entonces también otro lugar común, que iba a conocer una larga vida: el de los obreros “engañados por los cabecillas”. Incluso el marqués Gustavo Cavour, hermano de Camillo, aportó su grano de arena con el libro *De las ideas comunistas y de los medios para combatir su desarrollo.* A decir verdad, su receta para el

combate era bastante endeble (proponía una “beneficencia ilustrada”), pero en su análisis mencionaba el quid de la peligrosidad de las “ideas comunistas”: el comunismo pone en tela de juicio el derecho de propiedad “sobre el que se apoya el orden social en su conjunto”. Los papas también hicieron su aportación: Pio IX, en 1846 con la encíclica *Qui pluribus* y en 1849 con *Noscitis et Nobiscum*, condenaba el comunismo y lo declaraba incompatible con la religión; en 1878, su sucesor León XIII publicaba la encíclica *Quod apostolici muneri* en la que reprobaba el socialismo, el comunismo y el nihilismo.

En la segunda mitad del siglo XIX, a medida que fueron disminuyendo las sublevaciones insurreccionales, el miedo al comunismo se fue atenuando. El propio movimiento obrero reflexionó acerca de las derrotas padecidas y, durante unos años, se consideró más adecuado el término socialismo, incluso por parte de Marx y Engels. No es casualidad que los grandes partidos obreros que surgieron en aquella fase eligieran la denominación socialista, lo que en absoluto amortiguó las polémicas e invectivas de sus adversarios. En 1892, el economista francés ultraconservador Yves Guyot escribió *La tiranía socialista*, donde expresaba su preocupación de que el socialismo atentara contra la libertad. Guyot no parecía ver paradoja alguna en arremeter sin piedad contra la reducción de los horarios de trabajo, incluso en el caso de mujeres embarazadas, con el argumento de que ello supondría limitar la libertad de los obreros de elegir cuándo trabajar y cuándo no... El mismo miedo a un futuro sometido a la opresión estatalista lo reflejaba otra novela, *Después de la victoria del socialismo*, publicada ese mismo año por el diputado liberal alemán Eugenio Richter, y que también tuvo ediciones en Italia realizadas por Fratelli Treves en 1897, con introducciones de Francesco Saverio Nitti y Gaetano Negri.

Por su parte, el pensamiento clerical continuó su campaña contra la democracia y el laicismo en general, llegando a identificar a liberales y comunistas como “los sin Dios”. Así lo afirmaba en 1892 el jesuita Victor Cathrein en *El socialismo, su valor teórico y práctico*, ensayo extraído de un capítulo de su célebre libro de filosofía moral. Cathrein también se refería al núcleo de la reivindicación socialista y comunista: la puesta en tela de juicio de la propiedad privada, que el jesuita consideraba una “ley natural”.

1917: revolución y cotrarrevolución

Durante los primeros años del siglo XX, el anarquismo se convirtió brevemente en el enemigo por excelencia de las burguesías europeas y americanas, debido a sus sonados atentados contra representantes políticos y aristocráticos. Sin embargo, no se trató sino de un paréntesis, puesto que la Revolución de Octubre en Rusia, en 1917, convirtió en realidad los peores temores de los conservadores. Así, los anarquistas cedieron a los bolcheviques casi de modo definitivo el puesto hegemónico en la representación simbólica del enemigo.

Cuando el 7 de noviembre de 1917 los bolcheviques (es decir, los “mayoritarios” en el Partido Obrero Socialdemócrata ruso) de Lenin sacaron adelante la Revolución Soviética, en los Gobiernos de todo el mundo creció la preocupación de modo alarmante. Por primera vez, los comunistas tomaban el poder en un gran país como Rusia. Los hechos ponían en tela de juicio el tabú del libre mercado capitalista como único modelo económico. Además, la Primera Guerra Mundial seguía su curso y se sabía que Lenin quería sacar inmediatamente a su país del conflicto.

El éxito de los bolcheviques trastocó la situación de la pugna que desde 1914 enfrentaba entre sí a las potencias. Todos se encontraron con un nuevo enemigo común: el bolchevismo, término que durante algunos años sustituiría al de “comunismo” en el lenguaje político anticomunista.

Inmediatamente se suscribió un acuerdo anglo-francés contra el nuevo Gobierno soviético. El objetivo era la restauración, a cualquier precio, del orden anterior a la Revolución de 1917. Los países de la Entente decidieron el bloqueo económico contra la Rusia de los Soviets y organizaron su invasión militar, promovida muy particularmente por Winston Churchill. Por poner un ejemplo, los servicios secretos ingleses enviaron a Moscú en 1918 a su espía más hábil, Sidney Reilly, para que organizara la contrarrevolución y distribuyera miles y miles de rublos entre los anticomunistas letones.

La Entente no tenía intención de tolerar Gobiernos comunistas en Europa, y, en 1919, envió tropas rumanas a ocupar Budapest para acabar con la recién nacida República de los Soviets de Béla Kun. Al mismo tiempo, desembarcaron o infiltraron por tierra en territorio ruso tropas americanas, inglesas, francesas, japonesas e italianas, con el apoyo de la

Legión checoslovaca, formada por ex-presos austro-húngaros. En 1920, Polonia atacó a Rusia con sus propios contingentes militares.

En Polonia, existía un difuso sentimiento nacionalista antirruso, impulsado sobre todo por la Iglesia católica, que a su vez era muy influyente en el Vaticano. Los obispos polacos llamaron a la invasión de la Rusia soviética y presionaron al papa para que combatiese por la erradicación de la "diabólica" revolución y la "restauración del orden" en Rusia.

El prelado Casimiro Skimunt, por ejemplo, envió en 1919 un documento a la Secretaría de Estado en el que pedía la aplicación de la pena de muerte y de unas "represalias internacionales más severas" contra los bolcheviques: "La anarquía se hiergue amenazante con odio infernal y cinismo increíble (...). Hoy todavía sería posible frenar con medios muy enérgicos a estas terribles hordas que se acercan cada día más desde el oriente ruso (...). La única esperanza de salvación que nos queda sería un llamamiento enérgico del Vicario de Cristo (...). En Rusia la destrucción y la barbarie rigen por doquier".

En 1920 tuvo lugar en Varsovia una "asamblea antibolchevique" que concluyó con un requerimiento al papa para que proclamase la guerra santa contra los comunistas. Según el especialista en Europa oriental, Roberto Morozzo della Rocca, el papa Benedicto XV no quiso bendecir la nueva guerra reclamada por los polacos, "consciente del hecho de que el bolchevismo no es el único monstruo que recorre Europa, como quisieran los polacos (...). En el Vaticano, seguramente, ansiaban el derrumbe o la radical transformación del poder bolchevique. Sin embargo, la Santa Sede no procedió nunca a dar pasos o a realizar llamamientos relacionados con los acontecimientos políticos y militares de Rusia durante la guerra civil".[1]

Al tiempo que las grandes potencias organizaban la invasión, nacía en territorio ruso un ejército voluntario para combatir con las armas al nuevo régimen soviético: entre 1918 y 1921 se desencadenó una auténtica guerra civil contra el Gobierno leninista. Como es sabido, a las tropas anticomunistas se las denominó como "los blancos", mientras que "los rojos" estaban representados, claro está, por el Ejército Rojo de León Trotsky. Los motivos que impulsaban a los contrarrevolucionarios blancos no tenían sólo que ver con su hostilidad ideológica contra los bolcheviques,

sino que incluían su ansia de recuperar las tierras entregadas por el Estado soviético a los campesinos.

En 1918, los alemanes también aprovecharon la lucha antibolchevique para penetrar en territorio ruso. Sin embargo, ante la llegada de los viejos enemigos de Rusia, los blancos se dividieron: mientras a algunos su nacionalismo les impedía aliarse con los invasores, los extremistas cosacos no tuvieron problema alguno en prestar su apoyo al ejército del káiser.

Hay que tener en cuenta que eran precisamente los cosacos del suroeste ruso, tradicionalmente religiosos y leales al zar, quienes formaban uno de los grupos más aguerridos, bajo el mando del hétman (caudillo) Piotr N. Krasnov. Éste, terminada la guerra civil, escribió algunas de las más famosas novelas históricas anticomunistas, como *Del águila imperial a la bandera roja*[2] y, muy especialmente, *Comprender es perdonar*[3]. El apaciguador tono del título no tiene nada que ver con el que destila el contenido del libro, que viene a ser un himno a la venganza contra los crueles bolcheviques. Krasnov, entre otras cosas, dice lo siguiente: “La bandera roja seguía ondeando sobre la Rusia postrada. Pero en el corazón del pueblo latía ya un mudo espíritu de venganza: hijos que querían venganza en nombre de sus padres y de su patria, fieles que clamaban venganza por la Iglesia profanada, hombres que ansiaban venganza en nombre de la humanidad. Némesis, la sagaz, Némesis, la eterna, batía sus alas sobre Rusia, y el corazón del pueblo sentía que se iba acercando el momento de esa venganza que está por encima de cualquier venganza humana (...) la venganza de Dios!”.

En el transcurso de la guerra civil, los blancos se vieron también favorecidos por una serie de insurrecciones locales. De entre estas revueltas anticomunistas, una de las más famosas fue la que se desarrolló a partir de agosto de 1919 en los alrededores de Tambov, a unos 400 kilómetros al sureste de Moscú, entre el Don y el Volga.

Los campesinos de esa región, descontentos por las confiscaciones de alimentos que llevaba a cabo el Ejército Rojo, iniciaron una sangrienta insurrección. En su novela *Ego*[4], Alexandr Solzhenitsyn se complace recreando las masacres llevadas a cabo por los rebeldes:

“De pronto, como un incendio que se propaga de una techumbre de paja a otra, la insurrección estalló repentinamente en toda la región, extendiéndose también a las zonas de Kirsanov y Borisoglebsk: las

matanzas contra los comunistas locales se multiplicaron por doquier (hasta las mujeres colaboraron en ellas con sus podaderas), se saquearon las sedes de los Soviets, se disolvieron las comunas y los sovjós. Los comunistas y activistas supervivientes buscaron refugio en Tambov".

En apoyo de los rebeldes anticomunistas llegó también la caballería de Alexandr S. Antonov, que disponía de más de diez regimientos de unos 2.000 hombres cada uno, y estaba a las órdenes de ex oficiales zaristas. Los combates fueron de gran crueldad y duraron unos once meses, pero, finalmente, los insurrectos resultaron derrotados por el Ejército Rojo y el propio Antonov murió en combate en junio de 1922.

Se puede decir que, para el verano de 1929, la derrota de los blancos estaba cantada: sus generales, como Anton I. Denikin, perdían ya sus últimas batallas. Es cierto que el general Piotr. N. Vrangel y también los cosacos seguían aún en la lucha, pero con escaso éxito.

Las consecuencias de la contrarrevolución fueron graves. Entre otras cosas, no hay que olvidar que, adelantándose a una de las características del nazifascismo, los blancos aprovecharon a menudo las matanzas de comunistas para reavivar su ancestral antijudaísmo. Sin embarco, pocos historiadores contemporáneos se han ocupado de las víctimas de la contrarrevolución blanca, y la contabilidad macabra del *Libro negro del comunismo*, por ejemplo, calla sobre este punto, atribuyendo a los bolcheviques todas las víctimas de la guerra civil y de la agresión anti-soviética.

Fracasados los intentos de invasión y de guerra civil, a las potencias hostiles a la revolución no les quedó otro remedio que establecer el llamado "cordón sanitario", es decir, apoyar a Gobiernos anticomunistas en los países limítrofes con Rusia (Estonia, Lituania, Finlandia, Polonia y Turquía). Durante unos cuantos años, el resto de los Estados se negarían a reconocer al Gobierno soviético: Estados Unidos, por ejemplo, esperaría hasta 1933, tras la elección del presidente Franklin Delano Roosevelt.

A partir de entonces, el anticomunismo tendría que enfrentarse a un gran Estado y no únicamente a los movimientos periódicos que caracterizaron al siglo XIX o a las protestas sociales de las clases obreras que se desarrollaron en los países europeos a principios del siglo XX. Así, al anticomunismo se le añadió un nuevo ingrediente desconocido hasta entonces: el antisovietismo. Tras 1917, todos los comunistas del mundo

fueron identificados con el Gobierno soviético y acusados por cada actuación o comportamiento de ese solo país.

El anticomunismo nazifascista

Los años veinte estuvieron marcados, en todo el mundo occidental, por grandes sobresaltos revolucionarios. Hubo ocupaciones de fábricas, manifestaciones en las calles, experimentos de autogobierno en contraposición a la supremacía incontestable y absoluta del mercado. En una Europa postrada por la guerra, en profunda crisis económica, las clases dominantes decidieron enfrentarse a las reivindicaciones de mayores derechos y de una sociedad distinta, y apostar por el autoritarismo y la violencia. De este modo, en nombre del anticomunismo, se dió vía libre primero al fascismo en Italia, y luego al nazismo en Alemania.

Benito Mussolini no tardó en definir su fascismo como un arma contra los comunistas, y, ya en 1921, se vanaglorió de haber frenado “la oleada bolchevique”. Su objetivo, decía, era destruir el Estado bolchevique. A las clases sociales que veían en el comunismo una catástrofe social los fascistas les ofrecían la respuesta más adecuada. Por medio de sus brigadas fascistas atacaban física y políticamente todo aquello que ponía en peligro sus intereses y privilegios: las organizaciones sindicales, los partidos de izquierda, los militantes comunistas y socialistas...

Desde el punto de vista ideológico, además, el fascismo de Mussolini obtuvo el beneplácito del clero, en la medida en que se presentaba como espiritualista, es decir, como antítesis del materialismo comunista. Mussolini rechazaba la lucha de clases y acusaba a los comunistas de dar a la economía una importancia clave, mientras que el fascismo propugnaba un “heroísmo” sin motivaciones económicas. En base a estas afirmaciones y planteamientos Mussolini fue consiguiendo un importante apoyo internacional. De hecho, el propio Churchill todavía en 1933 seguía reconociendo los méritos del fascismo por haber “salvado al mundo” del peligro comunista.

Una vez en el poder, el *Duce* puso en práctica sus propósitos. En cuanto formó gobierno, Mussolini colocó al Partido Comunista en el punto de mira: clausuró sus órganos de prensa y sus sedes, mientras las brigadas fascistas volvían a adueñarse de la calle, con expediciones punitivas y

destructivas. En febrero de 1923, el Gobierno fascista ordenó miles de detenciones de dirigentes obreros: según Mussolini, era preciso “partir el espinazo a los comunistas para siempre”, fórmula infausta que más tarde aplicaría a todas aquellas naciones que deseaba invadir y someter. Umberto Terracini definiría aquellas detenciones como la gran “batida anticomunista”. En una semana fueron arrestados más de 5.000 comunistas: dieron con los huesos en la cárcel todos los secretarios de federación, todos los concejales municipales y provinciales. Embargaron todos los fondos del partido. Era sólo el comienzo de una prolongada persecución anticomunista que metería entre rejas a casi todo el grupo dirigente del Partido Comunista, incluido el secretario Antonio Gramsci. Como recuerda Cesare Bermani[5], fueron 4.596 los opositores condenados por el tribunal especial fascista entre 1927 y 1943, sumando un total de 28.643 años de cárcel y 43 penas capitales.

Adolf Hitler, por su parte, imitó a su precursor italiano e hizo del anticomunismo su propia obsesión. Con esta caza de “rojos”, los “camisas pardas”, al igual que los “camisas negras” italianos, consiguieron ganarse el aprecio de los intereses más poderosos. Sin embargo, Hitler introdujo una importante innovación que diferenció el nazismo alemán del fascismo italiano: al anticomunismo le incorporó el racismo y realizó una combinación de ambos elementos. Mussolini era declaradamente antisemita ya desde 1919, pero no había centrado su programa en el racismo ni había realizado esa identificación entre “rojos” y judíos. Hitler, por el contrario, puso en el mismo plano a marxistas y judíos; no en vano estaba en contra tanto de la igualdad entre los seres humanos y de la democracia igualitaria como de la igualdad entre las razas. Nació así la categoría de “judeobolchevismo”: el comunismo había sido creado y dirigido por los judíos que, por otra parte, controlaban el capitalismo financiero, la plutocracia.

Amo J. Mayer ha resaltado con precisión la naturaleza y la dinámica de ese combinado de anticomunismo y antisemitismo presente en la ideología y en el proyecto nazis: “Es un combinado que impregna *Mein Kampf* y los discursos y programas del movimiento nazi, *y* que, además, favoreció de forma decisiva la subida al poder de Hitler. Es más: en las redes del anticomunismo cayeron las viejas élites de Alemania, lo que les empujó a colaborar en la consolidación del régimen nazi y a pasar por alto la creciente persecución de los judíos en Alemania, Austria y Bohemia-

Moravia. Posteriormente, el antibolchevismo también valió para que esas mismas élites apoyaran la acción militar de conquista del ilimitado *Lebensraum* de Europa oriental, ignorando las terribles persecuciones y las masacres de judíos en los territorios conquistados y controlados por el Tercer Reich”[6].

En cierto modo y durante algunos años, para Hitler fue superior la obsesión anticomunista que la obsesión antisemita. En una célebre entrevista concedida a George Sylvester Viereck, y aparecida en “Liberty” el 9 de julio de 1932, Hitler no menciona el peligro judío, y centra toda su furia contra el comunismo, el marxismo y el socialismo. “Cuando yo gobierne en Alemania pondré fin al bolchevismo”, afirma. “El bolchevismo es nuestra mayor amenaza. Extirpado el bolchevismo de Alemania 70 millones de personas habrán recuperado el poder perdido”. A lo largo de la entrevista, las respuestas de Hitler van tomando un tono cada vez más violento (entre otras cosas dice que es necesario “decapitar al bolchevismo”); hasta tal punto que el entrevistador añade el siguiente comentario: “Adolf Hitler bebió de su taza de té no como si ésta no contuviera té, sino sangre fresca del bolchevismo”[7].

Hitler fue nombrado canciller del Reich el 30 de enero de 1933. Aún no había transcurrido un mes cuando, el 27 de febrero, ocurrió un episodio que luego daría lugar a una gigantesca campaña anticomunista: el incendio del Reichstag. Tras su detención, un joven holandés de izquierdas, Marinus van der Lubbe, confesó su participación. Los nazis no perdieron el tiempo y, tras asegurar que se trataba de un complot bolchevique, escenificaron un gran proceso en Lipsia, entre septiembre y diciembre de 1933. En el banquillo sentaron a uno de los máximos dirigentes del comunismo internacional, el búlgaro Georgi Dimitrov, jefe de la oficina europea del Komintern en Berlín. El proceso, sin embargo, fue en el sentido contrario al deseado por los nazis. Dimitrov consiguió convertir su autodefensa en una gravísima acta de acusación contra el nuevo régimen alemán. Los jueces se vieron obligados a absolverle, aunque van der Lubbe fue condenado a muerte y decapitado.

El régimen de Hitler desató una brutal represión contra los comunistas: los primeros campos de concentración nazis no alojaban judíos, sino disidentes políticos, principalmente comunistas. El Partido Comunista fue diezmado.

El anticomunismo nazifascista, alemán e italiano, hicieron causa común durante la guerra civil española. Tras la victoria del Frente Popular (formado por comunistas, socialistas, republicanos y anarquistas) de febrero de 1936, se sucedieron una serie de insurrecciones y levantamientos militares contra la República. Tanto los fascistas como los nazis decidieron intervenir en la guerra para hacer fracasar lo que consideraban era un peligroso experimento de un Gobierno de izquierdas. Tras asegurar el abastecimiento de las tropas de Francisco Franco, pasaron al ataque directo de sus fuerzas armadas. Por primera vez en la historia, se hizo uso de la aviación militar para bombardear ciudades y pueblos. Los aviones alemanes lanzaron innumerables bombas sobre los resistentes, causando en Gernika una terrible masacre.

A esta guerra civil la caracterizaron de “cruzada” en la que marchaban juntos y sin vacilación alguna conservadores católicos y nazi-fascistas. El 28 de septiembre de 1936, el obispo de Salamanca publicó una carta pastoral en la que se podía leer: “En el territorio español se combate un sangriento conflicto entre dos concepciones de vida, dos fuerzas que se preparan para el enfrentamiento en todos los rincones de la tierra (...). Comunismo y anarquía son los hijos de Caín, fratricidas, asesinos de los justos (...). El conflicto se configura como una guerra civil, pero en realidad se trata de una cruzada”.

El que los más famosos voluntarios a favor de Franco fueran los 700 camisas azules irlandeses del general Eoin O’Duffy sirve para ilustrar esa idea de lucha en defensa de la “civilización” contra el comunismo. En su libro de 1938 *Crusade in Spain*, O’Duffy escribe: “Rezamos para que se impida la destrucción de la civilización, para que Cristo viva y reine eternamente y para que el comunismo y el poder de Satán en la tierra sean aniquilados”[8].

La “cruzada” conseguiría derrotar a la República y Francia y Gran Bretaña no tardarían mucho en reconocer al nuevo régimen dictatorial de Franco. Así, la guerra civil española convirtió en una especie de ensayo general de las ambiciones expansionistas del nazifascismo. Precisamente por entonces se constituyó la primera alianza oficial entre Estados con la función de combatir el comunismo. Nos referimos al Pacto Antikomintern, firmado por Alemania y Japón en 1936 y al que en 1937 se incorporó Italia (con posterioridad lo harían España, Portugal y Hungría). Los documentos

del pacto subrayan una vez más el concepto de defensa de la “civilización” contra el comunismo que “constituye una amenaza para la paz en el mundo”.

Por aquellos años, Hitler estaba ya ultimando sus proyectos de conquista de Europa occidental, pero el Pacto Antikomintern anuncia ya la cruzada del Tercer Reich contra la Unión Soviética, con el objetivo de conquistar nuevas tierras al Este y asegurar así para Alemania lo llamado *lebensraum* o “espacio vital” (es decir, garantizarle materias primas y fuerza de trabajo), borrando al mismo tiempo del mapa al régimen soviético. La propaganda nazi arremetió entonces contra Rusia en nombre de la “civilización europea”, pero la decisión de lanzar un ataque militar no estaba todavía tomada. De hecho, en 1939 el Tercer Reich firmó un pacto de no agresión con la Unión Soviética, también conocido como Pacto Ribbentrop-Molotov. Éste causó una gran conmoción entre las izquierdas de todo el mundo: para los fieles partidarios de Moscú su función era poner freno a la agresividad nazi, pero para todos los demás constituía una peligrosa cesión al enemigo declarado de las izquierdas y de los comunistas.

En realidad se trataba únicamente de un paréntesis, previo al ataque. Ahí estaba precisamente Mussolini incitando a Alemania a acelerar el inicio de la guerra contra la Rusia soviética, convencido de que los pueblos de la Tierra se enfrentaban a la disyuntiva “o fascismo o bolchevismo”. El régimen fascista había reconocido a la Unión Soviética, había firmado con ella acuerdos comerciales, pero, con el paso de los años, Mussolini había llegado incluso a superar al mismo Hitler en lo que a odio anticomunista y a veleidades expansionistas se refiere. Existe una carta de Mussolini a Hitler, del 3 de enero de 1940, donde el Duce se muestra crítico con respecto al acuerdo ruso-alemán Molotov-Ribbentrop. Mussolini considera prioritario destruir el comunismo para, posteriormente, extender el totalitarismo nazifascista (“El día en el que hayamos derribado el bolchevismo, supondrá el retorno de las grandes democracias”). Esa misma carta revela también que fue precisamente el propio Duce quien instigó a Hitler a entrar en guerra contra la Rusia comunista: “La solución de vuestro *Lebensraum* se encuentra en Rusia, en ningún otro sitio”[9].

Haciendo caso a esta sugerencia catastrófica, Hitler desencadenando la operación Barbarroja, nombre con el que se conoce el ataque a la Unión Soviética del 22 de junio de 1941. Al iniciarse la invasión nazi de la Unión

Soviética, Galeazzo Ciano escribió en su diario: “La fecha del derrumbamiento del bolchevismo pasará a formar parte de aquéllas que marcan el triunfo de la civilización humana”. Esta afirmación tendría que esperar a 1991 para llegar a concretarse.

Con la operación Barbarroja las tropas alemanas consiguen por fin unir anticomunismo y antisemitismo en el campo de batalla: la invasión contra los soviéticos coincide en el tiempo con la intensificación de la eliminación de los judíos. Por otra parte, conviene añadir que el ataque nazi a la Unión Soviética fue un balón de oxígeno para los anticomunistas locales, que, convertidos en colaboracionistas, aventajaron a menudo en crueldad y violencia a los invasores. Ciertos grupos anticomunistas rusos decidieron unirse a los nazis, con la esperanza de derrocar al régimen. Así, formaron el Ejército ruso de liberación (Roa) del general Andrej A. Vlasov en el que georgianos, armenios, azerbaiyanos y osetios prestaban apoyo a las tropas alemanas en las operaciones militares de invasión y se ponían a las órdenes de los generales alemanes, que dejaban provisionalmente de lado el tradicional odio antieslavo de los nazis.

Los colaboracionistas han encontrado aceptación en el extremismo anticomunista de Alexandr Solzhenitsyn: “Aunque no sólo los ideólogos bolcheviques (junto a los vacilantes intelectualoides soviéticos), sino también Occidente (incapaz de imaginar que los rusos pudieran tener su propio objetivo en la guerra de liberación) hayan cubierto de ignominia la historia del Ejército ruso de liberación, este último entrará en la historia del País (...) y constituirá una de sus páginas más significativas y valientes”[10].

Las milicias colaboracionistas cometieron multitud de atrocidades sobre todo en los países bálticos, Polonia oriental, Bielorrusia y Ucrania, y a menudo compaginaron ejecuciones sumarias de comunistas y persecuciones antisemitas. Grupos armados anticomunistas se alinearon con los nazis también en Yugoslavia, contra la resistencia de Tito. Integrados sobre todo por croatas y eslovenos (los tristemente célebres “domobranci”, el ejército voluntario anticomunista esloveno del general Leon Rupnik), pero también por serbios y montenegrinos, estos grupos, cuando la situación bélica dió un vuelco, buscaron cobijo en Austria.

Hacia el final de la guerra, los nazis jugaron una vez más la carta del antisovietismo, e intentaron reclutar soldados también entre los rusos emigrados al extranjero. Pero ya era demasiado tarde. El coste humano que

tuvo que pagar la Unión Soviética fué elevadísimo (cerca de 25 millones de muertos), pero consiguió rechazar a los agresores y tener una contribución decisiva en la liberación de gran parte de Europa.

El anticomunismo de la Iglesia católica

Hemos visto cómo, desde finales del siglo XIX, representantes de la Iglesia católica habían emprendido una durísima polémica contra el marxismo, el socialismo y el comunismo. Sin embargo, la moderna lucha anticomunista del Vaticano empieza oficialmente en 1937 con la *Divini Redemptoris*, carta encíclica del papa Pío XI "sobre el comunismo ateo". "El comunismo es intrínsecamente perverso", sostiene la encíclica, "y es totalmente inadmisible que nadie que quiera salvar la civilización cristiana colabore con él". La Iglesia jamás escribió nada parecido ni contra el nazismo ni contra el fascismo. Y Churchill recordaba cómo, durante su encuentro con el papa, en 1926, "lo que ocupó la mayor parte de la audiencia fue el peligro del comunismo"[11].

La infravaloración que el Vaticano hizo del peligro nazifascista tiene su origen en esa obsesión anticomunista. Ilustres exponentes de las jerarquías católicas veían el fascismo con buenos ojos porque había salvado a Italia de los rojos. De hecho, el Vaticano desempeñó un importante papel en la legitimación de la Guerra Civil española, puesto que el papa, al igual que Mussolini, deseaba ante todo la derrota del comunismo. En 1929, la Iglesia firmó el Concordato con el Estado fascista de Mussolini y en 1933 con el Reich de Hitler.

Mucho se ha criticado el papado de Pío XII precisamente por la ambigüedad y debilidad mostrada ante el nazifascismo. No hay que olvidar tampoco que la Iglesia mantuvo, tanto en el Estado español como en Portugal y Croacia, una total complicidad con el fascismo en clave anticomunista. La Iglesia católica no quería alinearse abiertamente con Hitler, a quien consideraba claramente un adversario. Sin embargo, para el Vaticano el enemigo principal seguía siendo el comunismo, y el nazismo no ocupaba más que un segundo puesto. El Vaticano consideraba, en suma, que Hitler era menos peligroso que Stalin. Como era de esperar, cuando en junio de 1941 se dió inicio a la operación Barbarroja con el asalto nazi a la Unión Soviética, el Vaticano no se posicionó públicamente contra la guerra. De

hecho, vió con simpatía el enfrentamiento entre Berlín y Moscú, como lo demuestran las posiciones defendidas en aquella ocasión por monseñor Domenico Tardini, sustituto en la Secretaría de Estado. En respuesta al Gobierno italiano que pedía apoyo para la guerra contra la Unión Soviética, Tardini afirmaba: "Será motivo de gran satisfacción ver al comunismo fuera de combate. Es el peor enemigo de la Iglesia". Tardini esperaba que "de la guerra que ahora se está desarrollando en Rusia, el comunismo salga derrotado y el nazismo resulte debilitado"[12].

Nada más terminar la guerra, el papa optó por un comportamiento bastante diferente de aquél otro tan "callado" que había tenido con respecto al nazifascismo, y en un discurso del 24 de diciembre de 1945 atacó con dureza el "totalitarismo" de la Unión Soviética. Era posiblemente una de las primeras ocasiones en las que el concepto de totalitarismo, anteriormente sólo utilizado para referirse a los fascistas y los parafascistas, era empleado para definir al régimen soviético, considerado "un sistema enemigo de Dios y del bien del género humano".

La Iglesia se empleó a fondo en la lucha anticomunista en Italia, y también participó activamente en crear un clima de psicosis en los Estados Unidos. Los católicos americanos, en sintonía con el FBI de Hoover, ya se habían opuesto a la decisión de Roosevelt de entregar material bélico a la Unión Soviética, en cumplimiento del pacto entre aliados. Pero su anticomunismo se volvió más virulento en la posguerra. El cardenal americano Francis Spellman espoleó la caza de brujas, declarándose convencido de que Estados Unidos se enfrentaba a una "invasión comunista" que le estaba minando desde el interior.

Entre 1950 y 1951, además, el propio presidente Truman intentó formar una gran alianza con las religiones cristianas en contra el comunismo, de cara a dar soporte ideológico a la guerra de Corea. Se sucedieron los encuentros con católicos, anglicanos, ortodoxos y protestantes. El histórico diplomático de Estados Unidos en el Vaticano Myran Taylor consideraba imprescindible "asociarse para combatir y resistir las maléficas influencias del comunismo". En el mes de octubre de 1951, Mark Clark, embajador de Estados Unidos en el Vaticano, fue incluso nombrado general, y, en las Navidades de ese mismo año. Truman invocó a la fe y al niño Jesús como inspiradores de la guerra americana en Corea: "La victoria que lograremos nos la ha prometido el coro de ángeles que cantaba sobre Belén".

La principal preocupación del Vaticano, sin embargo, no eran los Estados Unidos, sino Italia. Pío XII estaba convencido de la proximidad de una invasión soviética de Italia. En los primeros meses de 1948 dijo al padre Lombardi: “Si quieren, que lleguen hasta aquí. Yo estoy dispuesto”[13].

En este contexto, el Vaticano, tomando como pretexto una viñeta del semanario satírico “Don Basilio”, lanzó una campaña contra los “profanadores de las cosas divinas” y contra los comunistas y socialistas “enemigos de la religión”. Hasta el punto de que un decreto del Santo Oficio, emitido en julio de 1949, conminaba a excomulgar a todos aquéllos que aceptaban, sostenían o divulgaban ideas comunistas (esta excomunión fue renovada en abril de 1959 y extendida también a aquellos socialistas y católicos que colaboraran con las izquierdas).

Para oponerse al comunismo, resucitan aspectos obsoletos de la religiosidad popular, como las estatuas de vírgenes dolorosas, y especialmente relanzan el mito de Fátima, uno de los baluartes del anticomunismo de los tradicionalistas católicos[14]. En 1927, la hermana Lucía aseguró haber hablado cuando era niña con la Virgen en Fátima, y que ésta, en su aparición del 13 de julio de 1919, le había hablado de Rusia. La Virgen le había comunicado que, para impedir la guerra, había vuelto “para pedir la consagración de Rusia a su Corazón Inmaculado y la comunión reparadora durante los primeros sábados de mes”. Además, había añadido que “si se escuchaban sus peticiones, Rusia se convertiría pero que, en caso contrario, continuaría propagando sus errores por el mundo y provocando guerras y persecuciones de la Iglesia. Los buenos serían martirizados y varias naciones resultarían destruidas”.

En el momento mismo de su revelación, en 1927, las frases fueron relacionadas con la revolución bolchevique, que en el momento de la aparición de la Virgen no había todavía ocurrido. En Portugal, tras el golpe de Estado fascista de Antonio de Oliveira Salazar en 1932, decidieron sacar provecho de las potencialidades anticomunistas del mito de Fátima, que enseguida hicieron suyas las corrientes católicas filofascistas. Mario Pirani recuerda “el uso que se hizo de las apariciones en la época de la cruzada antibolchevique de los años cuarenta y su aprovechamiento como arma del colonialismo portugués en África, así como que fue en nombre de la Virgen de Fátima que las dictaduras católicas ibéricas justificaron la represión de las organizaciones católicas liberales”[15].

Aun cuando Pablo VI intentó distanciarse de esta utilización del mito de Fátima, reactualizaron su culto en 1977, con un encuentro en Roma celebrado con ocasión del octogésimo aniversario de las apariciones. reorientando el mito contra Cuba, China e incluso contra “los Estados secularizados”.

En los años sesenta, se constituyó una corriente tradicionalista católica que no aceptaba el Concilio de Juan XXIII y no dudaba en buscar aliados en el extremismo de derechas. Tal es el escandaloso caso de monseñor Marcel Lefebvre y de una serie de grupos como el movimiento brasileño Tradición, Familia y Propiedad (Tfp) de Plinio Correa de Oliveira y del Opus Dei de Josemaría Escrivá de Balaguer. El integrismo católico de los “tradicionalistas” más extremos se unió con el anticomunismo filonazi y pagano. Sentían que peligraban su hostilidad por lo “moderno” y su llamada a la “tradición” sobre todo a causa del comunismo, considerado como una ramificación extrema de la Revolución Francesa. Ésta es la razón por la que tomarían la Vendée como punto de referencia, hasta el punto de que la asociación integrista Alianza Católica eligió como símbolo, junto al águila, el sagrado corazón cruzado de la Vendée.

El mito de los campesinos bretones de la Vendée, una zona que resistió a la Revolución Francesa en nombre del rey, de la iglesia y de la nobleza, ha servido también para unificar a los sectores de derechas y tradicionalistas, no sólo católicos, sino cristianos en general. Las dos corrientes de pensamiento tienden a identificar comunismo con modernidad y, por lo tanto, anticomunismo con antimodernidad.

Su rechazo del comunismo se traduce en rechazo total del mundo moderno. Razón por la que intentaron encontrar una Vendée de la Revolución Rusa. Así, cuando, en 1993, Alexandr Solzhenitsyn viajó a Francia para celebrar el bicentenario de la insurrección de la Vendée, afirmó: “Son muchos los métodos crueles de la Revolución Francesa que han sido aplicados de nuevo sobre el conjunto de Rusia por los comunistas leninistas y por los especialistas internacionalistas, aunque su grado de organización y su carácter sistemático han superado ampliamente a los de los jacobinos”.

El anticomunismo de los sectores más intransigentes de la Iglesia católica se vió también reforzado gracias al culto a los “mártires” del comunismo, a los curas y monjas de la llamada “Iglesia del Silencio”,

perseguidos en el Este europeo (incluso Silvio Berlusconi afirmó en julio de 2000, durante un encuentro en Cornigliano Veneto, que se hizo anticomunista en “los salesianos, tras conocer a algunos curas llegados del otro lado del telón de acero, de la Iglesia del Silencio”). La figura principal de este culto fue el cardenal húngaro Jozsef Mindszenty, que en 1958 fue acusado de alta traición por haber acaudillado a la oposición clerical-monárquica y terrateniente contra la República, en los días de la insurrección de Budapest (1956). Mindszenty se refugió en la embajada de Estados Unidos, donde vivió hasta la amnistía de 1971.

Otro personaje que encarnó el martirio de los católicos de la Europa oriental fue el cardenal polaco Stefan Wyszynski, por el que Karol Wojtyla sentía auténtica devoción. El propio Wojtyla, arzobispo de Cracovia, sería el papa que “derrotó al comunismo”.

Wojtyla autocelebró su anticomunismo en junio de 2001, viajando a Leopoli, en Ucrania, para beatificar a 28 católicos víctimas “de las infames ideologías del nazismo y del comunismo”. Como siempre ocurre cuando se mezcla el terror soviético con el nazi, el verdadero objetivo político eran los comunistas, más aún teniendo en cuenta el lugar de la beatificación, Ucrania, donde aún sigue vivo el recuerdo de la tristemente célebre División Galicia de las SS, en la que colaboraron numerosos católicos.

Según este papa, el siglo XX fue “el siglo del martirio”, una especie de apocalipsis “de la que yo mismo he sido testigo en mi juventud”. Al tiempo que ensalzaba a los mártires del comunismo, Wojtyla no dejaba de lado el pragmatismo político, y evitaba hacer alusión al respeto de los derechos humanos en Ucrania, para no irritar al presidente Leonid Danilovich Kuchma acusado repetidamente de autoritarismo.

Hoy, diez años después de la caída de la Unión Soviética, el anticomunismo de la Iglesia católica se ha diluido ante la lejanía del “peligro rojo”. Sin embargo, aún perviven algunos anticomunistas irreductibles, como Gianni Baget Bozzo, cura genovés (“Génova es la capital del comunismo, del terrorismo comunista”, declaró en “Il Lavoro”, el 25 de febrero de 2001) antes alineado con el PSI (Partido Socialista Italiano) de Craxi y ahora con Forza Italia de Berlusconi. En el sitio web de Berlusconi www.ragionpolitica.it, Baget Bozzo explica con claridad las razones de su obstinado odio hacia los comunistas. Así, en un texto titulado *¿Por qué es el anticomunismo un deber moral?* se puede leer: “El comunismo no ha

muerto con el fin del imperio soviético. Como violencia totalitaria ha desaparecido de Europa, pero sigue en pleno apogeo en China, Vietnam, Laos, Cuba y Corea del Norte. Además, sigue siendo una patraña plenamente vigente en Italia que consiste precisamente en afirmar que los comunistas ya no existen. Es evidente que esto no es así, pero la diabólica capacidad de seducción del comunismo es de tal calibre que la gente se lo cree. Ahí reside precisamente esa capacidad diabólica del comunismo: consigue que triunfe la mentira frente a la verdad probada. No es casualidad que en la encíclica *Dominum et Vivificantem* (1985), Juan Pablo II señalara al comunismo como esa forma de pecado contra el Espíritu Santo, respecto a la que Jesús dijo que 'no tendrá remisión ni en este mundo ni en el otro'". En realidad, en esta referencia a las palabras de Jesús que aparecen en la encíclica de Juan Pablo II se habla no del comunismo sino de la blasfemia contra el Espíritu Santo como pecado irremisible. Pero, claro está, a Baget Bozzo le parece justificado manipular las palabras del papa con tal de luchar contra "la capacidad diabólica" del comunismo.

Hoy día, la organización católica anticomunista más poderosa es sin duda el Opus Dei, fundado en 1928 por Josemaría Escrivá de Balaguer. Convencido de que el comunismo "enloda el mundo", Escrivá de Balaguer hizo del anticomunismo el núcleo central de sus posiciones: se puso de parte de los latifundistas cuando las revueltas campesinas en los años veinte, apoyó a Francisco Franco durante la Guerra Civil y, posteriormente, durante su dictadura. Más tarde, en los años setenta, apoyó explícitamente el golpe de Pinochet en Chile. Además, el Opus Dei se ha enraizado en casi todos los regímenes dictatoriales de América del Sur así como en las Filipinas del dictador Marcos. A pesar de las numerosas polémicas que le rodeaban y le rodean, a lo largo de los años el Opus Dei ha conseguido tener una enorme influencia sobre el poder político, los medios y las finanzas; gestiona universidades privadas e institutos de formación en todo el mundo. Si bien los papas Juan XXIII y Pablo VI intentaron poner límites a la injerencia opusdeísta, Juan Pablo II le dió legitimación al movimiento, llegando incluso a beatificar y canonizar a Escrivá de Balaguer. Desaparecido su fundador, el Opus Dei ha continuado en su línea, llegando a intervenir públicamente en ciertos importantes acontecimientos de la vida política, como fue, por ejemplo, posicionarse a favor del ultraderechista Joerg Haider o de Giulio Andreotti.

Capítulo segundo

ESTADOS UNIDOS: LA PATRIA DEL ANTICOMUNISMO

El anticomunismo en Norteamérica hasta la Segunda Guerra Mundial

En los primeros años del siglo XX, en Norteamérica se dieron grandes movimientos sociales. Surgieron importantes organizaciones sindicales, se fundaron partidos de izquierda de inspiración marxista. Y, claro está, las fuerzas políticas y económicas que se sentían en peligro, se apresuraron a tomar medidas.

El primer intento de detener el avance de los movimientos más radicales lo constituyó el *Espionage Act*, aprobado por el Congreso de los Estados Unidos en 1917, oficialmente para reprimir la oposición a la entrada de los norteamericanos en la Primera Guerra Mundial: más de 2.000 personas tuvieron que cumplir duras condenas por haberse opuesto a la guerra o al reclutamiento, pero también por haber incitado "a la traición, a la insurrección o a la resistencia activa", fórmulas perfectamente válidas para reprimir a los grupos de izquierdas. El propio presidente Woodrow Wilson acusó de "deslealtad" a quienes se mostraban críticos con el intervencionismo, eufemismo que valía para declarar sediciosa y subversiva cualquier manifestación de disidencia.

Entre las víctimas más ilustres del *Espionage Act* tenemos a Eugene V. Debs, fundador en 1905 de la organización Industrial Workers of the World (IWW) y candidato a la presidencia de Estados Unidos por el Partido Socialista. Defensor de la Revolución Soviética, en 1918 el tribunal de Cleveland le condenó a cumplir dos penas de diez años de reclusión. De nada sirvieron las peticiones de clemencia, y sólo la elección del nuevo presidente norteamericano Warren G. Harding en 1921 le abrió las puertas de la cárcel.

El *Espionage Act* fue enseguida completado con el *Sedition Act,* promulgado por el Congreso en 1918 para prohibir los "ultrajes" al

Gobierno, a la Constitución, a la bandera, al uniforme y a las fuerzas armadas estadounidenses.

Cuando el ejemplo de la Revolución Soviética empezó a agitar las calles americanas, entre conservadores se difundió el temor a un plan de infiltración comunista para derribar al Gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, les faltaba un pretexto de fundamento para desencadenar la represión. Pretexto que, en vísperas del 1 de mayo de 1919, les sirvió en bandeja el descubrimiento de algunas cartas bomba enviadas por correo a representantes gubernamentales, y el posterior atentado contra el procurador general A. Michell Palmer. El "New York Times" acusó a "los bolcheviques" y al IWW, mientras que el Departamento de Justicia creó una sección especial de la Brigada de Investigación, dirigida por J. Edgar Hoover, personaje destinado a conseguir grandes éxitos y a convertirse en el abanderado del anticomunismo norteamericano. Se dió así comienzo al primer período del llamado "peligro rojo" ("Red Scare") que asoló Estados Unidos durante más de dos años.

Comunistas, socialistas y anarquistas fueron víctimas de las "Palmer Raids" (las redadas de Palmer), llamadas así en nombre del procurador general: era suficiente ser sospechoso de pertenecer a alguna "organización radical" para terminar en la cárcel o, en el caso de los extranjeros, para ser expulsado del país. Los grupos de disidentes estaban fuertemente infiltrados por agentes secretos y en el plazo de dos meses fueron detenidos más de 50.000 norteamericanos y deportados más de 1.000 extranjeros.

Para llevar a cabo la represión se valieron del *Sedition Act*, que no revocaron hasta diciembre de 1920, lo que permitió liberar a numerosos detenidos durante los meses siguientes. Sin embargo, tendrían que pasar otros diez años para que el presidente Franklin Delano Roosevelt concediera la amnistía a los perseguidos. La propia Corte Suprema se vería obligada a reconocer que se había tratado de detenciones inconstitucionales y que se había sofocado a la disidencia violando la Primera Enmienda de la Constitución (según la cual "El Congreso no aprobará ley alguna ... que coarte la libertad de expresión o de prensa"). Los que no pudieron beneficiarse de esa amnistía de Roosevelt fueron los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. Ya los habían ejecutado en la silla eléctrica el 23 de agosto de 1927.

Sin embargo, el anticomunismo de Estado no se detuvo con el final de ese primer “peligro rojo”. La Rusia soviética continuaba siendo el “coco”, la amenaza “extranjera”. Durante la época represiva de 1919-1921, surgieron decenas de organizaciones patrióticas anticomunistas, y en 1939 se fundó el primer organismo estatal para combatir las “actividades antiamericanas”, presidido por Hamilton Fish. Su objetivo era poner fuera de la ley al Partido Comunista norteamericano y embargar las mercancías soviéticas.

Al “Comité Fish” le sucedió el “House Un-American Activities Committee” (HUAC), presidido por el diputado de Tejas Martin Dies. Las primeras iniciativas de este comité consistieron en fichar a las organizaciones filocomunistas y a los sindicatos, incluido el de escritores, acusados de estar infiltrados por los “rojos”. En 1939, llegarían incluso a detener al secretario general del Partido Comunista norteamericano, Earl Bowder.

El anticomunismo no cesó ni tan siquiera con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Los periódicos de la cadena Hearst y una serie de publicaciones filofascistas como el “Corriere d’America” o “Il progresso italo-americano” aprovecharon cualquier ocasión para acusar a los comunistas de todo tipo de delito e infamia. Dies publicó un libro en 1940, *The Troyan Horse in America* (“El caballo de Troya en América”), donde se enumeran las insidiosas maniobras de los comunistas para ir minando a los Estados Unidos desde dentro. Poco antes se había firmado el pacto Molotov-Ribbentrop, lo que permitía juntar las conspiraciones de Moscú con las de los nazis alemanes.

Desde el punto de vista jurídico, se valieron de un nuevo “Act”, similar a los promulgados anteriormente durante la Primera Guerra Mundial, para combatir todo tipo de oposición radical y comunista: el *Alien Registration Act* (Ley de Registro de Extranjeros), que consideraba delito promover la caída violenta de Estados Unidos. Sin embargo, los más perseguidos durante la guerra fueron los japoneses residentes en Estados Unidos (llegaron a deportar a unas 120.000 personas de origen japonés). Además, la invasión de la Unión Soviética por parte de Hitler hizo que los rusos se aliaran con Norteamérica y Gran Bretaña en contra de los nazis. Durante tres años, la Unión Soviética combatió al lado de Estados Unidos, y se puso un cierto freno al anticomunismo interior. Incluso Hollywood produjo películas en las que, por primera vez, se daba un enfoque positivo de los

soviéticos, en lugar de presentarlos, como era habitual, como peligrosos enemigos.

Todo ello no fue óbice para que el FBI de Hoover siguiera vigilando a los comunistas, sobre todo entre los ambientes emigrantes. En 1943, fue precisamente Hoover quien centró la investigación sobre el homicidio del anarquista Cario Tresca en torno a los comunistas italianos de América y muy en particular en torno a Vittorio Vidali. La tesis era que Moscú había buscado eliminar a un peligroso competidor en el mundo antifascista. En realidad, según las investigaciones más recientes del historiador Mauro Canali[16], a Tresca lo mató la mafia por encargo de los fascistas.

Las listas negras del "mundo libre"

Esta relajación relativa del anticomunismo norteamericano duró poco. De hecho, ya en los meses anteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, se hizo palpable el inicio de una dura pugna por el control del mundo de posguerra. Uno de los principales problemas era la existencia de la bomba atómica, lanzada por Estados Unidos sobre Hiroshima y Nagasaki. Un arma terrible que, caso de estar controlada hegemónicamente por Estados Unidos, supondría su incuestionable predominio militar. Los espías soviéticos intentaron por todos los medios hacerse con secretos relacionados con la bomba atómica, ante lo que Estados Unidos reaccionó intensificando la alarma anticomunista. Al morir Roosevelt, el nuevo presidente norteamericano, el demócrata Harry Truman, tuvo que enfrentarse a las presiones de los conservadores, que afirmaban que la lucha era entre el comunismo y "la supervivencia del estilo de vida americano". En esa supuesta superioridad del modelo de vida estadounidense se basa precisamente la llamada "doctrina Truman" para la que todo Estado con un sistema político y económico distinto del norteamericano constituye un peligro. Cualquier régimen diferente de la democracia estadounidense es considerado "totalitario" y equiparado a una especie de esclavitud. Al comunismo se le acusa, además, de ser una falsa filosofía atea. Occidente se convierte en "el mundo libre" y la Unión Soviética en el país del comunismo tiránico.

Para 1946 la alianza bélica con la Unión Soviética era ya un recuerdo del pasado. El 5 de marzo de ese mismo año, Churchill, durante una

conferencia en Estados Unidos, pronunció un célebre discurso en el que afirmó que “desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero”. El término “telón de acero” (“iron curtain”) arraigó con fuerza, y, a partir de ese momento, los países socialistas del Este europeo serían definidos como los de “más allá del telón”, como una especie de zona infernal, un “reino del mal”, separado radicalmente del “mundo libre”. Un año más tarde acuñarían otro término, el de “guerra fría” (“cold war”) que también tendría una larga vida en el lenguaje político y periodístico. Al parecer, el primero que lo empleó fue el banquero Bernard Baruch quien, en un discurso pronunciado el 16 de abril de 1947, lo utilizó para referirse al duelo entre Occidente y el bloque comunista.

Terminada la Segunda Guerra Mundial y hecho el reparto del mundo tras la Conferencia de Yalta, Estados Unidos necesitaba impedir la entrada de una serie de países en la órbita de Moscú. Para ello, se dedicó a financiar generosamente a los Gobiernos y a los partidos conservadores, a la par que instalaba bases militares en el mundo entero.

En 1947, destinaron 400 millones de dólares para ayudar a Grecia y a Turquía “a oponerse al comunismo”. La “doctrina Truman” la completaron enseguida con el Plan Marshall, en nombre del secretario de Estado norteamericano George C. Marshall que fue quien lo redactó. En el mismo, se asignaban 12 mil millones de dólares para ayudar económicamente a “contener” el comunismo en los países europeos. Este plan ponía de manifiesto la preocupación que sentía Estados Unidos por el avance del comunismo en los países debilitados económicamente por la guerra.

El Plan Marshall tenía que exportar a Europa bienes, ideología y política. Los bienes tenían como finalidad la identificación del modelo americano con la prosperidad; la ideología se nucleaba en torno al anticomunismo; en cuanto a la política, se trataba de cumplir con la condición impuesta a los países que recibían las ayudas: como contrapartida tenían que alinearse con Estados Unidos y aceptar su modelo económico y político.

Para sacar provecho propagandístico del Plan, promovieron una serie de iniciativas de alto contenido simbólico, como la bendición por parte de curas y cardenales de los envíos de ayuda norteamericana. El propio presidente Truman se refirió a la finalidad anticomunista del Plan Marshall. El 19 de diciembre de 1947, en la presentación al Congreso del proyecto de

ley del Plan, Truman afirmó que “la crisis económica que padece Europa ha intensificado la lucha política entre quienes desean seguir siendo libres y quienes pretenden aprovechar la penuria económica para instaurar regímenes totalitarios”. Con el fin de asentar esa línea, Estados Unidos promovió escisiones en clave anticomunista en los principales sindicatos europeos: entre 1947 y 1948 se produjeron escisiones en el sindicato francés CGT y el italiano CGL.

Entretanto, la política interna norteamericana siguió adoptando medidas anticomunistas. El 13 de mayo de 1947, el Senado aprobó el *Taft-Hartley Labor Act* que sometía a los dirigentes sindicales a un continuo acecho y les obligaba a jurar que no pertenecían a movimientos de izquierdas. En cuanto a HUAC, el Comité que investigaba las actividades antiamericanas, retomó con ahínco sus actividades. Durante el otoño de 1947, se dió inicio a la “caza de brujas”, centrada en un principio en Hollywood. El 20 de octubre llamaron a comparecer ante la Comisión a una serie de actores, directores, productores y guionistas. Todos ellos tenían que demostrar que no eran comunistas y, además, se les instaba a colaborar dando nombres de presuntos “rojos” escondidos en la Meca del cine. La pregunta era siempre la misma: “¿Es en la actualidad o ha sido usted miembro del Partido Comunista?” Entre quienes aceptaron colaborar y se mostraron además dispuestos a delatar a sus compañeros se encuentran unos cuantos de los personajes más famosos del “star system” como, por ejemplo, Ronald Reagan, Gary Cooper, Robert Montgomery o Robert Taylor. Dos grandes productores como Walt Disney (que luego resultó ser informador del FBI) y Jack Warner ofrecieron también sus servicios.

Durante los días siguientes desfilaron ante la Comisión los “diez de Hollywood” (Dalton Trumbo y Edward Dmytryk entre ellos), profesionales que habían contribuido a los grandes éxitos del cine norteamericano, pero que eran sospechosos de simpatizar con los comunistas. Muchos se negaron a responder amparándose en la quinta enmienda, por lo que se les acusó de “desacato al Congreso”: todos ellos perdieron el trabajo, y, dos años más tarde, ingresaron en la cárcel. En apoyo de los “diez” se movilizaron los representantes más democráticos del cine americano, y crearon un comité que fue abanderado por Humphrey Bogart. Pero el mítico “Bogey” no resistió mucho en su papel de defensor de los perseguidos y de la libertad de expresión. Presionado por la Warner Bros y para evitar ser colocado en la lista negra, se esforzó en asegurar ante la prensa que “detestaba el

comunismo”, lo que le valió el desprecio de Paul Henreid, con quien había actuado en *Casablanca.*

El mundo del espectáculo (y del deporte) continuó siendo la obsesión de los inquisidores anticomunistas. Debido a la propaganda que de sus investigaciones hacía el HUAC, cantantes y actores de izquierdas eran a menudo violentamente abucheados en sus comparecencias públicas. Sin embargo, después de Hollywood, el HUAC centró su atención sobre todo en los posibles traidores escondidos dentro del aparato estatal. La Comisión investigó diferentes asuntos de espionaje a favor de la Unión Soviética. Estalló así el caso Alger Hiss, un funcionario del Departamento de Estado acusado de entregar documentación secreta a los soviéticos. Aunque se declaró inocente, en 1950 le condenaron a cinco años de prisión.

Entretanto, en todo el territorio estadounidense el mundo del trabajo era sometido a durísimos ataques. A los asalariados federales se les obligó a jurar “lealtad” al Gobierno, bajo amenaza de despido. Se obligó a las grandes organizaciones sindicales a distanciarse de los comunistas. En 1949, doce sindicatos fueron expulsados del Congress of Industrial Organizations (CIO) acusados de tener dirigentes comunistas. Esto debilitó gravemente las luchas obreras. Muchas asociaciones progresistas, como Americans for Democratic Action (Ada), siguieron la misma política, marginando a todo aquél que estuviera directa o indirectamente relacionado con el comunismo. Los inmigrantes, considerados peligrosos “enemigos”, también fueron blanco de la persecución. Se multiplicaron las expulsiones, como la del italiano Michele Salerno, expulsado de Estados Unidos en 1950 por no haber declarado estar inscrito al Partido Comunista[17].

Con la intención de poner fuera de la ley al Partido Comunista, el 18 de mayo de 1948 el republicano Richard Nixon logró que el Congreso aprobara la existencia de un nuevo crimen: el “intento de instaurar una dictadura totalitaria”. Así, los dirigentes comunistas se vieron acusados de conspirar para derribar el Gobierno de los Estados Unidos. En 1949, once de ellos (los “Red Eleven”, es decir, los “Once Rojos”) fueron condenados a cinco años de cárcel “por haber incitado a la subversión del Gobierno norteamericano”. En 1951, se les confirmó la pena, y sólo dos de ellos consiguieron evitar el castigo.

El Subcomité de Política Exterior de la Cámara redactó el 25 de mayo de 1948 una lista de 500 dirigentes comunistas extranjeros, 40 de ellos

italianos. Se les definió como “inhumanos” (del mismo modo que hoy se definen como “Rogue States” [Estados peligrosos, malhechores] a los países considerados peligrosos por Estados Unidos). Durante los años que siguieron a la publicación de ese documento, tres dirigentes comunistas incluidos en la lista fueron víctimas de atentado: el secretario del PCI Palmiro Togliatti resultó gravemente herido delante del Parlamento; el líder comunista japonés Kyuichi Tokuda, que había estado dieciocho años en prisión, estuvo al borde de la muerte y terminó exiliándose en China; el presidente del Partido Comunista belga, Julien Lahaut, fue asesinado por un comando terrorista el 18 de agosto de 1950.

El macartismo

El 9 de febrero de 1950 Joseph McCarthy, senador republicano por Wisconsin, dió un discurso en el Republican Women’s Club en el que afirmó que el Departamento de Estado estaba repleto de comunistas.

Se trataba de un importante salto adelante del anticomunismo norteamericano y del comienzo de lo que sería conocido como macartismo o macarthismo. Ya no bastaba con sacar a la luz las simpatías comunistas de actores, deportistas y cantantes, sino que se daba a entender que el “mal” anidaba en el propio Gobierno de Estados Unidos. Incluso se le dió un carácter retrospectivo a esa “caza de brujas”. Así, acusaron a Roosevelt de filocomunismo (porque el funcionario Hiss había sido su colaborador), y MacCarthy. en un libro, llegó a afirmar que el ex-secretario de Estado George C. Marshall, artífice del célebre Plan, era cómplice de la “conspiración soviética”. Y es que toda la operación macartista iba enfocada a erradicar la herencia de Roosevelt y a sembrar la duda sobre la política del New Deal. De este modo, los años treinta y cuarenta habrían sido, en palabras de MacCarthy “veinte años de traición”. Ni tan siquiera John Kennedy, elegido congresista en 1946, se opuso al macartismo, y hasta llegó a acusar a Roosevelt de haber vendido Polonia a los “rojos”.

El 20 de febrero de 1950, en otro discurso, MacCarthy explicó los pormenores de su tesis: los comunistas estaban infiltrados entre los intelectuales y los dirigentes estatales. De este modo, el senador buscaba despertar los instintos anti-intelectualistas y populistas de la América “plebeya”. En el banquillo de los acusados sentaban ahora a “todos aquéllos que han sido tan bien tratados por esta nación”. MacCarthy afirmaba que

“no han sido las minorías ni la gente humilde quienes han vendido nuestra nación, sino aquéllos que mayor provecho le han sacado: las casas más bonitas, la mejor educación en los colegios, los mejores cargos a los que se puedan aspirar en el Gobierno. Esos jóvenes brillantes nacidos con un pan bajo el brazo han demostrado ser los peores”.

A las “listas negras” de Hollywood se sumaban ahora 57 comunistas. miembros o simpatizantes, situados en la cúpula del Departamento de Estado, y 205 funcionarios gubernamentales. Por su parte, un grupo de ex agentes del FBI publicó una lista de 151 nombres, 130 organizaciones y 17 publicaciones que supuestamente pretendían infiltrar a comunistas en la radio y la televisión estadounidenses.

El presidente Truman anunció su “Campaña de la Verdad contra la gran Mentira del comunismo” y los extremistas criterios de MacCarthy se tradujeron enseguida en leyes y disposiciones oficiales que suponían graves restricciones a la libertad de expresión. La Corte Suprema, que ya en abril de 1950 había admitido la capacidad de las comisiones del Congreso para obligar a testificar a los sospechosos de ser o de haber sido comunistas, apostó claramente por el anticomunismo al dictar una resolución que trajo consigo la condena inmediata de los dirigentes del Partido Comunista estadounidense. Como bien expresa Geoffrey R. Stone en torno a este tema: “Con una resolución aprobada por seis votos a favor y dos en contra, en 1951 la Corte determinó que los apelantes podían ser condenados por expresar sus opiniones de conformidad con el test del “peligro claro y actual” (el denominado “danger test”), aunque a continuación admitía que el peligro no era ni claro ni actual. En los años siguientes, la Corte admitió ampliar el campo de investigación contra las organizaciones y personas individuales “subversivas”, así como excluir a los miembros del Partido Comunista de las profesiones forenses, de los cargos electivos y del empleo público. Al tomar estas decisiones, la Corte daba explícitamente su consentimiento a una serie de medidas y sanciones que hoy consideramos ejemplos de macartismo”[18].

En agosto de 1950 se puso en marcha el *Internal Security Act* redactado por el senador Pat McCarren y que obligaba al registro de todos los comunistas. Cualquier organización comunista que no se inscribiera como tal cometía un crimen aunque, al mismo tiempo, declararse comunista constituía una especie de admisión de culpabilidad. Incluso el propio

presidente Truman, fogoso anticomunista, consideró peligroso el *Internal Security Act* y ejerció su derecho de veto, a pesar de lo cual el Congreso aprobó la ley. Como consecuencia de la misma, ningún comunista podría trabajar para el Estado norteamericano y ningún "miembro de una organización totalitaria" tendría permiso de entrada en Estados Unidos, ni tan siquiera como turista. Esta discriminación permanecería durante largo tiempo. De hecho, todavía en los años ochenta, para obtener el permiso de entrada en Estados Unidos había que rellenar un formulario declarando no formar parte de ninguna organización comunista (además de no estar afiliado a ningún grupo nazi y de no tener enfermedades infecciosas...). Con posterioridad, en 1954, el Congreso aprobó, con un solo voto en contra, el *Communist Control Act*, que, de hecho, proscribía al Partido comunista estadounidense.

Cuando el Gobierno impuso el juramento anticomunista a los profesores universitarios, las protestas no se hicieron esperar: se trataba de una medida que recordaba mucho a las que estaban vigentes en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini. El psicólogo Erik Erkson se negó a prestar juramento y dimitió de su puesto en la universidad de California, y el historiador conservador Ernst Hartwig Kantorowicz abandonó Berkeley por el mismo motivo.

El anticomunismo macartista estaba teñido de xenofobia, por lo que en su punto de mira estaban todos los antifascistas europeos que habían emigrado a América huyendo de Hitler. En ese contexto, todos ellos fueron investigados y acusados de comunismo. La campaña anticomunista no escatimó a nadie. Bertold Brecht abandonó Estados Unidos y se exilió a Suiza. En 1952, Thomas Mann hizo lo propio, harto de vivir en un país donde le consideraban filocomunista y a su hija Erika le acusaban de ser "agente de Stalin". Las sospechas que recaían sobre el escritor se debían a un viaje que había realizado a Alemania oriental en 1949, con motivo del aniversario de Goethe, y a que no ocultaba su posición contraria al macartismo. El FBI elaboró un dossier de 1.500 páginas sobre Albert Eisntein (que sería desclasificado en la década de los noventa) para demostrar que el científico era un agente de Moscú y que incluso había tomado parte en el secuestro del hijo de Lindbergh. El físico Robert Oppenheimer, colaborador en el Manhattan Project, fue también acusado de espionaje.

Mientras tanto, el HUAC seguía enviando citaciones con la idea de “limpiar” Hollywood de rojos. El escritor y guionista Dashiell Hammett fue condenado a trabajos forzados, innumerables colegas suyos perdieron el trabajo, otros se vieron obligados a publicar sus obras bajo seudónimo. El director Robert Losey “eligió” llamarse Joseph Watson y Howard Koch, uno de los guionistas de *Casablanca*, se ocultó tras el nombre de Peter Howard. Hubo que esperar hasta 1998 para que el Writer’s Guild, el sindicato de los guionistas americanos, “rehabilitara” a 16 guionistas incluidos en las listas negras por ser presuntos simpatizantes del Partido Comunista y que trabajaron bajo seudónimo entre 1950 y 1969. A modo de “compensación” (en muchos casos póstuma, dado que las víctimas de la persecución macartista ya habían fallecido) se propuso reinscribir los títulos de cabecera con sus verdaderos nombres.

Otra de las obsesiones de los anticomunistas fue Charlie Chaplin. En 1947 cuatro senadores republicanos le denunciaron por comunista tras el estreno de *Monsieur Verdoux*, película dirigida y protagonizada por él: delante de los cines donde se proyectaba, se organizaron piquetes con carteles en los que se leían frases como “Chaplin es filocomunista” o “¡Que se vaya a Rusia!”. En 1948, fue largamente interrogado por el Servicio de Inmigración y Nacionalización y, unos años más tarde, el FBI le llamó para declarar. Finalmente, Chaplin decidió abandonar Estados Unidos. El FBI investigó también a Groucho Marx y al director Elia Kazan que, para librarse, denunció a sus ex camaradas, lo que se le reprochará cuando, con ochenta años, le sea entregado el Oscar por su carrera profesional: muchos invitados se negarán a ponerse en pie para aplaudirle. El cantante y actor negro Paul Robeson, comprometido en las luchas a favor de los derechos civiles, vió truncada su carrera: fue perseguido durante largos años, y sus hijos llegaron a afirmar que en 1961 la CIA le drogó hasta hacerle perder la razón[19].

En 1987, se desclasificaron las listas negras de escritores “subversivos”, que incluían hasta 130 nombres. El FBI espió, entre otros, a Pearl Buck, Truman Capote, Ernest Hemingway, Norman Mailer, Gertrude Stein, John Steinbeck y Thomas Wolfe. El músico Leonard Bernstein fue investigado por el FBI durante más de treinta años. Según muestra un informe de casi 700 páginas recientemente desclasificado, ya desde 1943 le incluyeron en la lista de sospechosos. Entre sus culpas estaban la de haber cenado con el dibujante de un periódico clasificado como “diario judío comunista”, o la

de haber apoyado con su firma llamamientos antifascistas o contra el racismo. Bernstein también tendrá que padecer la “caza de brujas” durante largo tiempo, por lo menos hasta los años sesenta. En 1970, “manifestantes judíos situaron la casa de Bernstein para denunciar su amistad con los Panteras Negras. Más tarde se descubrió que aquellos ‘judíos’ enfadados eran agentes del FBI”[20].

Joe MacCarthy cayó en desgracia en 1954, cuando con sus insinuaciones se atrevió a implicar al Ejército, que decidió llevarle a los tribunales. El 2 de diciembre de 1954 el propio Senado marcó distancias con MacCarthy, y votó un documento censurando su labor. Acusado de corrupción, abandonado también por Nixon, se refugió en el alcohol y murió de cirrosis hepática tres años más tarde.

La “caza de brujas” había sobrepasado el límite permisible por el sistema político norteamericano y la caída de MacCarthy señalaba el agotamiento (aunque no la desaparición) de una etapa. Demasiado tarde, sin embargo, para salvar la vida del matrimonio Julius y Ethel Rosenberg, comunistas, acusados de espionaje en favor de la Unión Soviética. A pesar de las protestas internacionales, los Rosenberg fueron condenados a muerte y, el 9 de junio de 1953, ejecutados en la silla eléctrica.

El anticomunismo en Norteamérica después del macartismo

El sucesor de Eisenhower, el demócrata John F. Kennedy, recibió como herencia un mundo marcado por la Guerra Fría y un país todavía obsesionado por la amenaza comunista. Lo que más le preocupaba era la presencia de una avanzada comunista tan cerca del territorio estadounidense, desde que el 1 de enero de 1959, los revolucionarios de Fidel Castro derrocaran a Fulgencio Batista, Cuba era la peor pesadilla de Kennedy, que, en 1961 y con el famoso desembarco en Bahía de Cochinos, intentó una fracasada invasión de la isla. Al año siguiente, Kennedy tuvo que hacer frente a la denominada “crisis de los misiles en Cuba”. El temor a las bases de misiles nucleares que la URSS pudiera instalar a escasos kilómetros de las costas estadounidenses no pasaba de ser, como tantos otros miedos anticomunistas, una obsesión sin gran fundamento. De hecho, la amenaza de los submarinos soviéticos posicionados en el Atlántico o en el Pacífico era mucho más temible teniendo en cuenta su capacidad de

alcanzar Estados Unidos en pocos minutos. Sin embargo, fueron las fotografías de unas supuestas bases todavía no operacionales las que sembraron en la población el pánico a que el enemigo asediara su territorio y lo pusiera en peligro.

El asesinato de John F. Kennedy, el 22 de noviembre de 1963, volvió a provocar un nuevo sobresalto anticomunista. No tardaron en arrestar a Lee Oswald, ex marine emigrado a la Unión Soviética e infiltrado en los círculos anticastristas. Se trataba de un personaje ambiguo, pero cuyos datos biográficos permitían hacer pensar en un posible complot comunista. Pocas horas después de su detención, el propietario de un night club le asesinaba, en presencia de los agentes de seguridad que le custodiaban. En realidad, bajo los mismos ojos de la policía. En realidad, no ha llegado a aclararse quién o quienes mataron a Kennedy aunque las investigaciones más recientes vuelven a abonar la tesis que defiende la implicación de la mafia y de los servicios secretos estadounidenses.

Durante las presidencias de Lyndon B. Johnson y de Richard Nixon, desde la segunda mitad de los sesenta y a lo largo de toda una década, la guerra de Vietnam intensificó el anticomunismo norteamericano, identificado una vez más con el patriotismo. Al mismo tiempo, con la idea de derrotar a los comunistas, se multiplicaron las operaciones clandestinas, los abastecimientos de armas y los entrenamientos a grupos paramilitares, así como las financiaciones secretas a partidos (en Italia, en las elecciones de 1972, los servicios secretos estadounidenses se gastaron 10 millones de dólares, como consecuencia de un informe de la CIA según el cual “los sectores favorables a Estados Unidos, en el poder desde el final de la guerra, se encontraban gravemente amenazados por los comunistas”).

Durante la presidencia del demócrata Jimmy Carter, de 1977 a 1980, la pugna con la Unión Soviética se centró fundamentalmente en campañas en torno a los “derechos humanos”, para demostrar, por medio de operaciones propagandísticas, la superioridad de los valores norteamericanos. Es cosa sabida que ese interés por los derechos humanos no lo despertaban los regímenes dictatoriales de América Central y del Sur, como el de Chile por ejemplo, sino únicamente los países socialistas. Al mismo tiempo, el consejero de Seguridad Nacional, Zbignew Brzezinski, desarrolló métodos para desestabilizar a la Unión Soviética y a sus aliados. Así, impulsó el integrismo islámico con la finalidad de crear dificultades a la Unión Soviética, que tenía que enfrentarse a una fuerte presencia musulmana en su

territorio y en las zonas limítrofes. Brzezinski minusvaloraba los riesgos de un apoyo incondicional a la guerrilla islámica, afirmando que para la historia del mundo era más importante el colapso del imperio soviético que la presencia de algún que otro extremista talibán.

Estados Unidos centró su actividad anti-soviética en Afganistán donde desde 1977 gobernaba un Consejo revolucionario filocomunista. Ante el peligroso aumento de la resistencia al Gobierno, en 1979 la Unión Soviética decidió invadir el país, para impedir la caída del nuevo régimen. En apoyo de los insurrectos, musulmanes en su gran mayoría, Estados Unidos envió importantes ayudas que supusieron un fortalecimiento de los grupos fundamentalistas islámicos, incluido el que lideraba Osama bin Laden. Al mismo tiempo, ejerció un fuerte pressing político sobre la Unión Soviética, que tuvo su culmen cuando Estados Unidos y otros muchos países occidentales se negaron a tomar parte en las Olimpiadas de Moscú de 1980.

En la década de los ochenta, le correspondió al presidente Ronald W. Reagan relanzar la hegemonía norteamericana en el mundo y resucitar el repertorio anticomunista del macartismo, como complemento ideológico del liberalismo desenfrenado y de la crítica del Estado asistencial. A Reagan le debemos la denominación de “Imperio del Mal” para definir a los soviéticos (contra quienes, utilizando el lenguaje cinematográfico, pretendía desencadenar una “Guerra de las Galaxias” por medio de sofisticados misiles y satélites).

Su anticomunismo global se inspiraba sobre todo en Samuel T. Francis, autor de *Critical Issues: The Soviet Strategy of Terror,* obra publicada en 1981 por The Heritage Foundation de Washington, uno de los numerosos institutos del pensamiento conservador americano. En septiembre de 1987, en una entrevista realizada al diario de extrema derecha “Washington Times”, propiedad del reverendo Moon, el presidente Reagan recuperaba los viejos temas de los años cincuenta. Así, se declaraba convencido de que los parlamentarios y periodistas norteamericanos (definidos como “idiotas útiles”) colaboraban con la Unión Soviética gracias a una sofisticada campaña de desinformación que presentaba el anticomunismo como algo “pasado de moda”. Por ello, reconocía echar de menos al Comité de Actividades Antiamericanas.

A diferencia de muchos de sus predecesores republicanos, Reagan estaba convencido de que la guerra era inevitable, y por ello consideraba

indispensable desestabilizar a la Unión Soviética para así poder debilitarla. La “cruzada anticomunista” de Reagan se centró básicamente en América del Sur, con la invasión de Granada en 1983 contra el golpe de Estado llevado a cabo por oficiales marxistas, las ayudas a Salvador y Guatemala para sus operaciones antiguerrilla y, sobre todo, la lucha sin cuartel contra la Revolución Sandinista de Nicaragua.

Recién terminada la “era Reagan”, tras finalizar en 1988 el segundo mandato del presidente republicano, cayó el Muro de Berlín. La crisis de los países socialistas del Este europeo fue dramática. Ante la Perestroika de Mijail Gorbachov, el Gobierno estadounidense no podía hacer excesivo hincapié en su anticomunista “Imperio del Mal”, ya que era necesario apoyar al líder del PCUS en sus intentos de reforma del sistema soviético. Tuvieron entonces que buscarse un nuevo enemigo. En una especie de ensayo general para un futuro sin “amenaza soviética”, el recién nombrado presidente George Bush senior lanzó la campaña gubernamental “War on Drugs” (“guerra contra las drogas”).

Convertidos los grandes traficantes de estupefacientes en los nuevos “malos”, la campaña antidroga sustituyó a la anticomunista para seguir manteniendo la hegemonía política y militar de Estados Unidos. Una vez más, eligieron la solución bélica: en nombre de la lucha contra el régimen de Antonio Noriega (ex colaborador de la CIA), se decidió invadir Panamá y sustituir a Noriega por un nuevo gobierno de banqueros. La invasión se cobró la vida de más de 2.000 civiles, muertos durante los bombardeos norteamericanos de los barrios populares. La “guerra contra las drogas” fue también la excusa perfecta para enviar material y equipos militares a México, que en realidad los emplearía para combatir a los grupos rebeldes. El asunto era conseguir que América del Sur siguiera bajo el yugo de Estados Unidos.

La desaparición de la Unión Soviética en 1991 hizo que quedara obsoleto el viejo aparato ideológico anticomunista; aunque lo siguieran utilizando para excluir a los últimos países dirigidos por partidos comunistas, como Corea del Norte, a quienes se aplicaría el término de “Rogue States” (Estados malhechores o ilegales), acuñado por George Bush junior.

Mientras a China le dejan prácticamente fuera de sus ataques anticomunistas, gracias a su apertura al libre mercado y a su potencia

económica en vertiginoso crecimiento, a Cuba la mantienen como el último bastión del anticomunismo norteamericano. Tras los numerosos intentos de matar a Fidel Castro (con ayuda de la Mafia), y de derribar el Gobierno cubano apostando por los anticastristas refugiados en Florida, de momento siguen centrando sus esfuerzos en mantener el inhumano embargo cruel con el que quieren debilitar a la isla. Tras la desaparición de la Unión Soviética, Cuba ya no es un peligro (si alguna vez lo ha sido) para Estados Unidos: se trata únicamente de un ejemplo político muy incómodo.

Ahora el mundo ha cambiado, y el peligro rojo ha sido sustituido por otras amenazas. En la actualidad, Estados Unidos está “en guerra contra el terrorismo”. Después del 11 de septiembre de 2001, el Gobierno estadounidense ha adoptado una serie de medidas para “proteger la seguridad” que son de dudosa legitimidad democrática, como ocurría con el macartismo. En Estados Unidos han encarcelado a miles de personas, a menudo de forma secreta; el FBI ha vuelto a investigar a montones de ciudadanos en base a sus opiniones políticas y religiosas; se ha dejado la vía libre a la violación del derecho a la privacidad. En otros países, han detenido a ciudadanos estadounidenses y extranjeros, deportándolos a Guantánamo o a otras cárceles secretas, sin derecho a un abogado y a un proceso. Muchos de ellos tendrán que comparecer ante tribunales militares exentos de todo control. Y lo peor de todo, el presidente George W. Bush ha generado un ambiente peligroso, que se resume en la frase “quien no está con nosotros está con los terroristas”.

Acerca de esto escribe Ignacio Ramonet: “Bajo el nombre de ‘terrorismo’ este adversario designado, como todo el mundo sabe, es a partir de ahora el islamismo radical. A partir de este momento, las más terribles dinámicas podrían desencadenarse. Incluyendo una versión moderna del macartismo que tomará como objetivo a los adversarios de la globalización. ¿Os gustaba el anticomunismo? ¡Adoraréis el antiislamismo!”[21].

Capítulo tercero

LA GUERRA CONTRA EL COMUNISMO

La llamada Guerra Fría ha sido una guerra de verdad. Y, dado que a la historiografía contemporánea le gusta contabilizar muertos, podemos afirmar que ha sido una guerra con millones de víctimas. No han caído sólo comunistas, sino que también ha habido, como les encanta señalar, innumerables víctimas "inocentes" que no eran comunistas, pero que o bien luchaban a su lado o bien tuvieron la mala suerte de encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. Víctimas "inocentes", porque en la guerra contra el comunismo apoyar ideas comunistas o pertenecer a organizaciones comunistas era sin duda considerado un "pecado", e incluso en muchos casos un delito merecedor de la cárcel o de la pena capital. Todo movimiento independentista o popular pasaba a convertirse en títere de la "conjura comunista internacional", y cualquier agitación revolucionaria se interpretaba en términos de conspiración comunista.

Veamos lo que escriben Noam Chomsky y E. S. Herman: "Es un lugar común afirmar que las revoluciones conllevan un alto coste de vidas humanas y que todo aquél que decida seguir la vía de la revolución tendría que evaluar este coste en relación con los posibles beneficios. Se les ha dedicado bastante menos atención a las enormes pérdidas de vidas humanas causadas por las 'estabilizaciones' y por los esfuerzos contrarrevolucionarios para prevenir la revolución. Estados Unidos ha puesto en evidencia un hecho real: las contrarrevoluciones, en término medio, han sido mucho más sangrientas que las revoluciones. Lo que se hace aún más evidente allí donde se emplean directamente las modernas tecnologías en intervenciones contrarrevolucionarias. En estos casos, la violencia indiscriminada pone en marcha un proceso retroactivo de 'germinación espontánea comunista' que legitima la intervención a ojos del poder imperial, y, al mismo tiempo, le ofrece la posibilidad de un genocidio"[22].

La guerra contra el comunismo ha sido a veces convencional (en Corea y en Vietnam) y otras veces no convencional, por medio de golpes de Estado,

dictaduras militares, utilización del terrorismo...

Por otra parte, los Estados Unidos estaban incluso dispuestos a desencadenar una guerra nuclear "preventiva" contra la Unión Soviética: documentos publicados por los archivos nacionales de Washington en mayo de 2001 revelan que Eisenhower había autorizado secretamente un ataque atómico a la Unión Soviética en caso de invasión "también con medios convencionales" de los países aliados de Estados Unidos o en caso de ataque a unidades norteamericanas en aguas internacionales o en territorios extranjeros. En definitiva, Estados Unidos tenía el "derecho al primer ataque" con armas atómicas, incluso en el caso de que los soviéticos no hubieran empleado armas nucleares. Derecho que Eisenhower delegó a los comandantes de las fuerzas americanas en el extranjero y sin el conocimiento de los Gobiernos europeos.

Con el debilitamiento del macartismo la obsesión anticomunista norteamericana se desplazó del interior del país al extranjero. Y fue precisamente en esta transición de una fase a otra cuando tuvo lugar la primera guerra convencional contra el comunismo: la guerra de Corea.

Corea y Vietnam: las dos guerras convencionales contra el comunismo

En 1945, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Corea fue dividida en dos zonas al norte y al sur del paralelo 38: el Norte quedó bajo control de los soviéticos, que instauraron entonces un régimen socialista; el Sur estaba bajo dominio de los norteamericanos y en manos de un Gobierno nacionalista dirigido por Syngman Rhee, fiel aliado de Estados Unidos, donde había vivido durante mucho tiempo.

A lo largo de cinco años, se desarrolló una guerra fría de alta intensidad entre las dos Coreas. Syngman Rhee, feroz anticomunista, no escondía que su propósito era conseguir la reunificación de Corea en base a la eliminación del peligro rojo del Norte. Por su parte, el triunfo de la revolución comunista en China hizo que los norcoreanos se sintieran fortalecidos.

El 25 de junio de 1950 se pasó de la guerra fría a la guerra de verdad entre Corea del Norte y Corea del Sur. Cuando las tropas del comunista Kim Il Sung avanzaron triunfalmente hacia el sur y se hizo evidente que los nacionalistas del Sur estaban perdiendo, Estados Unidos irrumpió en el

conflicto. Se inició así la primera guerra convencional contra el comunismo y también la primera "guerra humanitaria".

Matthey Ridgway, general al mando de las operaciones en Corea, dejó bien claras las razones ideológicas que empujaron a Estados Unidos a la guerra: "En mi opinión, el asunto está muy claro. No se trata de una ciudad o de unos pueblos coreanos. Las cuestiones de territorio, en este caso, tienen escasa importancia. No se trata únicamente de salvar la libertad de nuestros aliados surcoreanos, cuya fidelidad y valor reconocemos, aunque esa libertad es el símbolo de nuestros objetivos y forma parte de ellos. Se trata de saber si la civilización occidental, que Dios ha permitido que naciera en nuestros queridos países, será capaz de desafiar y de derrotar al comunismo; si el reino de aquéllos que matan a los presos, esclavizan a sus conciudadanos y ultrajan la dignidad humana triunfará sobre el reino de aquéllos para quienes el individuo y sus derechos son sagrados; si vamos a sobrevivir con la mano de Dios que nos guía y nos dirige, o si estamos condenados a morir en la desolación de un mundo sin Dios. Si lo que he dicho es verdad, y para mí lo es, más allá de cualquier duda, entonces ya no se trata de combatir por la libertad de nuestros aliados y por su supervivencia. Se trata de una lucha por nuestra libertad, por nuestra supervivencia, por una existencia nacional independiente y honorable"[23].

Estados Unidos intervino bajo la égida de la ONU y con el apoyo de quince países, incluida Italia (que de todas formas se limitó a enviar un equipo de la Cruz Roja). Se trató de una intervención masiva: en el curso de la guerra se calcula que desembarcaron en Corea un millón y medio de soldados norteamericanos y unos cien mil británicos.

El general MacArthur fue el encargado de dirigir las operaciones: la *Eighth Army* se desplazó desde Japón y desembarcó en Corea. Tras muchos combates, Estados Unidos consiguió reconquistar Seúl, pero, cuando las tropas norteamericanas iniciaron la penetración del Norte, China entró en el conflicto, e hizo recular al ejército norteamericano. En ese momento, MacArthur propuso el bombardeo atómico de China. La guerra duró tres años, y causó millones de muertos (hubo 54.000 muertos norteamericanos y más de 100.000 heridos).

En 2000, concedieron el premio Pulitzer de Prensa a la agencia de información *Associated Press* por sus reportajes durante la guerra de Corea, en los que no ocultaron las masivas matanzas de civiles perpetradas por

soldados estadounidenses. Esto provocó una feroz polémica, pero incluso un famoso excombatiente, Stanley Weintraub, tuvo que admitir que en aquella guerra ocurrieron “cosas horribles”. De las noticias de entonces (que, al no existir todavía la televisión, tuvieron un escaso impacto en la opinión pública) se deduce que los marines no dudaron en matar a innumerables civiles inocentes y a “amigos” para eliminar cualquier posible presencia de comunistas. Los bombardeos norteamericanos no perdonaron ni ciudades, ni pueblos, ni trenes de pasajeros. Estados Unidos utilizó el napalm de forma masiva, algo que repitieron más tarde durante la guerra de Vietnam. Cuando miles de prófugos civiles atestaban las carreteras dificultando el avance de vehículos militares, los marines se abrían paso disparando a mansalva contra los que huían, mientras desde el aire ametrallaban o bombardeaban a la muchedumbre desesperada. Los nacionalistas surcoreanos también cometieron terribles delitos: de cara a detener el avance de los norcoreanos hacia Seúl, las tropas del Sur no tuvieron reparo en hacer saltar por los aires el puente sobre el río Han-gang en el momento en que lo cruzaban miles de personas. Fusilaron a miles de comunistas y opositores al régimen surcoreano y enterraron sus cadáveres en fosas comunes, descubiertas en la década de los noventa.

El que en 1953 fuera un general quien ganara las elecciones a la presidencia es reflejo de la militarización de la política estadounidense en plena Guerra Fría. En efecto. El general Dwight Eisenhower, republicano, sucedió a Truman, y, contra el peligro comunista, se formuló una nueva doctrina, la “doctrina Eisenhower”, por la cual Estados Unidos quedaba autorizado a intervenir en cualquier nación agredida por el comunismo internacional. Esto suponía apoyar militar y económicamente a regímenes y partidos reaccionarios e incluso abiertamente fascistas.

Tras su elección, el presidente Eisenhower amenazó con utilizar la bomba atómica en Corea y en China (respondiendo a las repetidas peticiones del general MacArthur y de su sucesor, el general Matthew Ridgway), aunque, afortunadamente, el 27 de julio 1953, tras una serie de difíciles negociaciones, se firmó el armisticio, quedando el paralelo 38 como línea de separación entre las dos Coreas, es decir, la misma situación territorial que existía antes de la guerra.

Diez años después del final de la guerra de Corea, estalló la segunda guerra abierta contra el comunismo. En Vietnam, hubo una fuerte resistencia contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Sin

embargo, una vez terminado el conflicto, el problema del colonialismo francés, todavía presente en Indochina, seguía sin solucionarse. Con el apoyo de Estados Unidos, Francia hizo frente desde 1946 a las luchas independentistas vietnamitas, lideradas por las fuerzas comunistas de Ho Chi Min. Tras la derrota francesa en Diem Bien Phu, Francia y Estados Unidos decidieron apoyar en el sur del país al régimen fantoche de Vgo Dinh Diem que destacó por la cruel represión y las condenas a muerte contra todo sospechoso de comunismo, además de por la corrupción y los repetidos golpes de Estado. En el norte del país, por el contrario, se instauró un Gobierno comunista.

En diciembre de 1961, el presidente Kennedy envió a Vietnam del Sur a los primeros 400 militares estadounidenses “en defensa de la independencia del país”, pero fue su sucesor Lyndon B. Johnson quien lanzó el gran ataque, en 1964, con los primeros bombardeos de Vietnam del Norte. En el Sur, mientras tanto, el general Nguyen Van Thieu sucedió a Dinh Diem, instalando un Estado aún más represivo y corrupto, con rastreos indiscriminados y ejecuciones sumarias de todo sospechoso de relación con el Vietcong (la guerrilla comunista survietnamita).

Con la llegada de Nixon al poder, la agresión militar contra Vietnam se intensificó, y en 1972 dieron comienzo a bombardeos masivos contra Vietnam del Norte. Al mismo tiempo, continuaron las matanzas de civiles indefensos, atestiguadas por la masacre de My Lai y por la llamada operación Speedy Express. A estas terribles carnicerías de inocentes, el mando estadounidense y la CIA las denominaban “operaciones aceleradas de pacificación”, y la finalidad de los bombardeos era “proteger al pueblo vietnamita del terrorismo”. Casi los mismos términos que se utilizan hoy en día para justificar la ocupación de Irak; del mismo modo que las torturas que por aquel entonces denunciaron infinidad de vietnamitas nos recuerdan imágenes actuales de prisioneros irakíes.

En la guerra se vieron implicados también Laos y Camboya. En 1965, Laos fue bombarbeado por permitir el paso de suministros hacia Vietnam del Norte. Posteriormente, se intensificaron las operaciones de comandos y las campañas secretas de bombardeos masivos sobre el campo laosiano con el empleo intensivo de defoliantes, hasta 1973. En 1970, el conflicto de extendió a Camboya en apoyo del dictador Lon Nol, acosado por los Khmer rojos comunistas. Entre 1970 y 1973, Estados Unidos descargó sobre Camboya, en particular a lo largo del Mekong, 500.000 toneladas de

bombas: los aviones norteamericanos, sólo en 1973, bombardearon durante más de 160 días.

Los socavones provocados por los artefactos lanzados desde los B-52 y el empleo de bombas químicas devastaron el campo y el medio ambiente. Las destrucciones y los daños que en el territorio y en la economía provocaron aquellos bombardeos tendrían consecuencias bastante más graves que las que posteriormente se atribuirían a los khmer rojos de Pol Pot durante sus años de gobierno. El propio Estados Unidos calculó que durante los cinco años de guerra contra Camboya murieron entre 600.000 y 1 millón de personas.

La guerra de Vietnam terminó en 1975 con la huida de Van Thieu y la entrada de los norvietnamitas en Saigón. Se calcula que el conflicto causó entre los vietnamitas la muerte de más de 2 millones, 3 millones de heridos, cientos de miles de huérfanos y unos 12 millones de refugiados.

En el territorio nacional, Estados Unidos tuvo que enfrentarse a un amplio movimiento contra la guerra (en Vietnam murieron 57.685 soldados norteamericanos y 153.000 resultaron heridos). La respuesta del Gobierno fue insistir en la insolubilidad entre anticomunismo y patriotismo, mientras en la calle la policía cargaba violentamente contra los manifestantes. La Guardia Nacional disparó en más de una ocasión y causó varias víctimas mortales. El anticomunismo que la guerra de Vietnam había necesariamente fortalecido continuó coleando una vez finalizada la contienda con las campañas de propaganda en torno a los llamados M.I.A., *Missing in Action*, es decir, en torno a los soldados norteamericanos desaparecidos en combate.

Las guerras no convencionales contra el comunismo

El anticomunismo hizo a menudo uso de las guerras no convencionales con el pretexto de instaurar la democracia, pero, la realidad es que, la mayoría de las veces, su efecto fue justo el contrario: restricciones de la libertad de expresión y de asociación, estados de excepción que permitían practicar detenciones masivas de presuntos “subversivos”, violaciones de los derechos civiles, listas negras, arrestos por simples delitos de opinión, ejecuciones sumarias llevadas a cabo por grupos terroristas, dictaduras militares...

Relegado el comunismo a un segundo plano, la civilización occidental tiene ya un nuevo enemigo: el llamado *terrorismo*. La palabra terrorismo se usa a menudo de modo incorrecto para deslegitimar cualquier tipo de oposición al nuevo imperio de hegemonía estadounidense. Es un modo fácil y sencillo de liquidar al adversario que nos trae a la memoria la denominación de “bandidos” que los nazis aplicaban a los partisanos antifascistas. Sin embargo, ha existido (y aún todavía existe) un terrorismo alimentado y potenciado por los aparatos estatales occidentales en clave anticomunista. Un terrorismo “bueno”, en suma. Del mismo modo que han existido dictaduras “buenas”, que podían permitirse no respetar ni los derechos humanos ni la democracia.

La mafia contra los comunistas. Al principio de la posguerra, se echó mano de la mafia, sobre todo en Italia y Japón, para poner en práctica el terrorismo anticomunista.

En Italia, recientes investigaciones históricas han analizado en profundidad el papel de la mafia del Sur en la lucha anticomunista. En Sicilia, el jefe mafioso italoamericano Vito Genovese, que la Italia fascista había amparado y protegido, fue posteriormente “muy bien colocado en la corte del vicegobernador de la Sicilia liberada, el americano Charles Poletti”[24], y se puso de acuerdo con el bandido Salvatore Giuliano para ir contra los comunistas. En Sicilia, bandas mafiosas subvencionadas por los terratenientes se dedicaron a asaltar sedes comunistas, empleando a menudo granadas de mano. El 1 de mayo de 1947, tuvo lugar la masacre de Portella della Ginestra, fruto (como demuestran los estudios más recientes) de la alianza entre los grupos mafiosos y los servicios secretos norteamericanos: ráfagas de ametralladora contra una manifestación de trabajadores causaron 11 muertos y 47 heridos.

En la misma época, en Japón también utilizaron un sistema parecido al de la mafia. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas de ocupación de Japón se enfrentaban al mismo problema que en Europa: derrotado el nazismo, tenían que impedir el triunfo de las fuerzas de izquierda. Con esta finalidad, se aliaron rápidamente con la derecha nipona que durante la década de los treinta había protagonizado la persecución de los comunistas y sido responsable de varios asesinatos políticos. De este modo, la posguerra japonesa se caracterizó por una feroz represión contra

los sindicatos y, muy especialmente, contra los comunistas. También en Japón el "peligro rojo" sirvió de pretexto para que los conservadores retomaran el gobierno del país y para que los ultranacionalistas, los colaboracionistas e incluso ciertos criminales de guerra se reintegraran en las instituciones. La excarcelación de estos últimos sirvió para reforzar a los grupos ultranacionalistas. Además, para hacer frente a la enorme aceptación que por entonces tenían los comunistas, la extrema derecha pidió la colaboración de la *yakuza*, la muy activa mafia japonesa. Los hombres de la mafia se encargaron de aterrorizar a los obreros en huelga y de atacar físicamente a los comunistas. Tampoco faltó una elaborada "estrategia de la tensión" con atentados y sabotajes organizados y ejecutados por la *yakuza* y luego atribuidos a los comunistas.

Los mercenarios contra los comunistas. Sin embargo, con el transcurso de los años se fue haciendo necesario recurrir a mercenarios para contrarrestar las luchas políticas en una serie de escenarios internacionales, en los que la presencia directa de las fuerzas armadas norteamericanas habría resultado engorrosa. Se multiplicaron los grupos clandestinos paralelos a los servicios secretos de los Estados amigos (como Gladio en Italia) y los apoyos a mercenarios de distintos países. Para entrenar en las "tácticas de contrainsurgencia". Estados Unidos creó también verdaderas escuelas. Las más famosas son Fort Bragg, donde brindaron instrucción a los Gladiadores italianos, y la Escuela de las Américas de Fort Benning. Por estos centros han pasado, entre otros, torturadores y terroristas de Guatemala, Salvador, Chile, Perú, Honduras, México y Colombia. Hay que señalar que en Estados Unidos existe un verdadero culto a los mercenarios, con gran difusión de revistas como "Soldier of Fortune" y grupos extremistas de derecha como los llamados Survivalists, que en los años ochenta almacenaban armas y comida en refugios de montaña para prepararse para la guerra nuclear.

En Indonesia, la masacre de 1965, que comentaremos más tarde, la llevaron a cabo las milicias paramilitares creadas desde 1958 por los programas contrainsurgentes; entre 1965 y 1973, Estados Unidos se valió de mercenarios surcoreanos para asesinar a civiles en Vietnam; los escuadrones de la muerte han actuado con total impunidad en América del Sur y Central: en Chile (Patria y Libertad), en Perú (Grupo Colina), en Guatemala (Ojo por ojo, Jaguar justiciero, MANO – Movimiento

anticomunista nacional organizado), en Salvador (Comandos Caza Comunistas), en Argentina (AAA – Alianza Anticomunista Argentina), en Honduras (donde está archidemostrada la responsabilidad del embajador norteamericano Negroponte, que posteriormente sería embajador en el Irak ocupado y en la actualidad es director de la National Intelligence, organismo que coordina todos los servicios secretos estadounidenses).

Un caso significativo es el de Filipinas, donde las persecuciones anticomunistas de Estado estuvieron durante años en manos de organizaciones paramilitares impulsadas por el dictador Marcos, como Alsa Masa, Centinelas y las Civilian Home Defence Forces: su papel era matar a comunistas y a sospechosos de simpatizar con el comunismo. Desmanteladas oficialmente en 1987 por la nueva presidenta Corazón Aquino, han sido rápidamente sustituidas por las Unidades Geográficas de las Fuerzas Armadas Ciudadanas (Citizen Armed Forces Geographical Units). El Gobierno se ha servido también de los Rebeldes Rehabilitados (RR), organización que reúne a ex opositores "arrepentidos": a éstos se les asignan sobre todo misiones de infiltración en grupos en los que militaban, y a menudo reciben la orden de ejecutar a comunistas y disidentes. Junto a estos grupos costeados por el Estado de Filipinas, son tristemente famosas otras organizaciones que conjugan anticomunismo y fanatismo religioso, como los Tad-Tad (Corta-corta: por su costumbre de decapitar a los adversarios), los Guerreros de Jesús, los Misioneros Divinos o los Pulahans. En 1989, Thierry Falise entrevistó a algunos de ellos y destacó que "llevan adelante su cruzada anticomunista en nombre de Cristo" y "no admiten matices en su misión de aniquilar comunistas". Según afirmó uno de ellos, en sólo dos años los Pulahans habían matado a 50 comunistas[25].

Sin embargo, el ejemplo más destacado de terrorismo "bueno" ("bueno" en tanto en cuanto que elimina a los comunistas) lo constituye la Contra nicaragüense, banda armada que en los años setenta y ochenta se dedicó al terrorismo de modo manifiesto. El Congreso norteamericano financió anualmente a la Contra con cantidades ingentes de dinero. Ya a partir de 1980, la Contra había activado su lucha para derribar al Gobierno sandinista, que en 1979 había conseguido derrotar a Anastasio Somoza, el dictador amigo de Estados Unidos. Los sandinistas no eran comunistas, pero se puso nuevamente en marcha el viejo método de acusar de comunista a cualquiera que no respetara las normas del sistema capitalista. En opinión de Ronald Reagan, Nicaragua era una nueva avanzadilla marxista, después

de Cuba, y quienes en el Congreso se oponían financiar a la Contra, o expresaban alguna reserva, eran acusados de ser “amigos de Moscú” o de no mostrar “suficiente anticomunismo”; a la Contra, por el contrario, se la denominaba “fuerza de la libertad” y los mercenarios eran descritos como “hombres y mujeres valientes”. Para justificar las ayudas a la Contra, Reagan sacó además a la palestra el alarmante asunto de la seguridad en la frontera con México, declarando que “los terroristas y los subversivos están a sólo dos días de coche de Tejas”.

Las financiaciones norteamericanas a los terroristas de Nicaragua las definían como “ayudas humanitarias”, expresión que hará fortuna cuando se trate de definir intervenciones en otros países o invasiones militares en toda regla. Sin embargo, las ayudas oficiales a la Contra resultaron insuficientes. Por ello, un veterano de Vietnam, Tom Posewy, puso en marcha la organización anticomunista CMA, que proporcionaba ayuda militar a los grupos terroristas antisandinistas. Otro superviviente de Vietnam dedicado a la lucha anticomunista, el coronel Oliver North, acabó siendo procesado por haber proporcionado ayudas ilegales a la Contra a pesar de la prohibición del Congreso (participando en un operativo secreto de venta de armas a Irán para poder financiar a los contras). Todo hace pensar que el propio Reagan estaba detrás de la operación de North que, en 1989, fue condenado por obstrucción a la justicia y por destrucción de documentos gubernamentales (hoy en día trabaja desde el frente iraquí para la cadena conservadora Fox News Channel).

La Liga mundial anticomunista. En el caso de la Contra está también implicada una organización político-militar internacional y ultraderechista, que ha jugado un papel importante en la guerra contra el comunismo: la World Anti-Communist League (WACL) o Liga Anticomunista Mundial, fundada en 1966 en Taipei, como pacto entre Taiwán, Corea del Sur y el Anti-Bolshevik Block of Nations, con el objetivo de crear un frente internacional contra el comunismo. Según un estudio de Scott y Jan Lee Anderson, la WACL era en realidad “un instrumento para la guerra no convencional (homicidios, escuadrones de la muerte, sabotajes) en el mundo”[26].

La subdivisión norteamericana de la Liga fue inicialmente el American Council for World Freedom (ACWF), fundado en 1970 por el

ultraderechista Lee Edwards, con el apoyo de la Iglesia de Moon. En 1975 esta sección norteamericana de la Liga pasó a ser presidida por el racista británico Roger Pearson, encubridor del médico nazi Josef Mengele y, durante los tres años de su presidencia, muchos criminales de guerra nazis croatas, eslovacos, ucranianos y de los Países Bálticos entraron en la World Anti-Communist League.

A Pearson le sucedió el general John K. Singlaub, que consiguió la adhesión a la Liga de militares como Daniel Graham, relacionado con la Iglesia de la Unificación del reverendo Moon. La figura de Singlaub es significativa. Nacido en 1921 en California, veterano de la Segunda Guerra Mundial, ex dirigente de la CIA en Corea durante la guerra de los años cincuenta y comandante de operaciones terroristas en la guerra de Vietnam (se le considera responsable del asesinato de 50.000 vietnamitas), en 1979 se dió de baja del ejército por diferencias con Carter sobre la disminución del contingente estadounidense en Corea y por las trabas puestas al desarrollo de la bomba N o bomba de neutrones. A partir de entonces, multiplicó sus actividades ocultas en América Latina (una de sus sociedades en Salvador la utilizaba la CIA), apoyando muy especialmente a la Contra en Nicaragua. Cuando Ronald Reagan fracasó en su intento de que el Congreso aprobara una nueva financiación para la Contra, decidió acudir a la World Anti-Communist League, colmándole de alabanzas y llamando a sus miembros “freedom fighters” (combatientes por la libertad).

Anteriormente, de la Liga también se había valido Nixon para combatir el comunismo en el Sureste Asiático. Por otra parte, hay que tener en cuenta que esta organización anticomunista financió a los muyaidín afganos (incluidos los guerrilleros de Osama bin Laden) al considerarlos aliados anticomunistas, y que en América Latina hizo lo propio con los escuadrones de la muerte, por medio de la Latin American Anti-Communist Confederation (CAL). Hoy la WACL, rebautizada con el nombre de World League for Freedom & Democracy (WLFD), se encuentra aparentemente en estado de letargo.

Función de la WACL era coordinar las estrategias de una miríada de organizaciones anticomunistas dedicadas desbaratar los movimientos de liberación social y política en todo el mundo, por medio de acciones de guerrilla, de sabotajes y de actividades de desinformación. En la WACL se juntaron ex colaboracionistas nazis, terroristas fascistas italianos, ex dictadores, miembros de escuadrones de la muerte sudamericanos y

propaganditas antisemitas. A pesar de ello, los Gobiernos norteamericanos no sólo toleraron su actividad, sino que la potenciaron. Y es que, al fin y al cabo, trabajar codo con codo con los fascistas siempre ha estado bien visto en la medida en que sirviera para luchar contra el comunismo.

El pogrom anticomunista en Indonesia. Indonesia, cuarto país más extenso del mundo, con cerca de 200 millones de habitantes e importantísimos yacimientos petrolíferos, fue escenario, desde la segunda mitad de los años sesenta, de un auténtico exterminio de los comunistas. La matanza fue de tal calibre que marca un sangriento hito en la memoria del anticomunismo y en la guerra de contrainsurgencia.

El PKI (Partido Comunista de Indonesia) era de tendencia claramente independentista y, tras una intensa oleada de huelgas, en 1927 lo disolvieron los holandeses, que eran quienes por entonces controlaban el archipiélago. Los comunistas eran quienes lideraban las luchas de liberación nacional, razón por la que se les reprimía y perseguía con dureza. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Indonesia proclamó la independencia y, al poco tiempo, fue nombrado presidente Achmed Sukarno, gran líder nacionalista y artífice de la independencia. El Gobierno anticolonial de Sukarno se apoyó en los comunistas, pero en 1958 las organizaciones musulmanas y pronorteamericanas llevaron a cabo toda una serie de fuertes protestas, consiguiendo retrasar así hasta 1963 la participación del PKI en el Gobierno. Fue entonces cuando Estados Unidos y Gran Bretaña urdieron un complot, con el objetivo de derrocar al Gobierno de Sukarno.

Escribe Roland Challis: “La conspiración empezó a tomar forma en 1960 cuando, como revelan los archivos nacionales de EE.UU., los departamentos de Estado y de Defensa tomaron medidas para proporcionar ayuda económica y militar a quienquiera que estuviera dispuesto a enfrentarse al Partido Comunista de Indonesia. Dos años más tarde, un documento firmado por el presidente John F. Kennedy y por Harold Macmillan afirmaba que era indispensable “liquidar” a Sukarno. Con el apoyo secreto de los estadounidenses, elementos de extrema derecha del ejército indonesio conspiraron para dar un golpe de Estado, que finalmente ocurrió el 1 de octubre de 1965. Seis generales derechistas y anticomunistas fueron asesinados y sus cadáveres lanzados a un pozo, lo que se interpretó hasta hace poco como un fallido golpe de Estado procomunista. Sin embargo, recientemente se ha descubierto que fue al parecer obra de

oficiales nacionalistas en desacuerdo con la línea anti Sukarno de sus superiores derechistas. En todo caso, lo cierto es que, de resultas del golpe, el general Suharto se hizo con el poder y desencadenó una sangrienta represión contra todo sospechoso de tener simpatías comunistas. Un agente estadounidense de la embajada norteamericana fue quien proporcionó la lista de las víctimas más "recomendables", cuyos nombres desaparecían a medida que eran asesinados"[27].

Como consecuencia del intento de golpe atribuido a los comunistas, y con la caída de Sukarno y la llegada al poder del general Suharto, el PKI fue declarado ilegal y los militares iniciaron la matanza de miles y miles de personas, mujeres y niños incluidos. Fue un auténtico baño de sangre. "Los militares se lanzaron a la caza de los comunistas, a los que mataban en plena calle o en su domicilio e incluso mientras dormían. La cacería se mantuvo durante un largo período de tiempo. En Surabaya, ciudad obrera de Java oriental y baluarte comunista, hubo una auténtica carnicería. En los pueblos de Sumatra y Sulawes, los policías locales disparaban a matar contra los comunistas, ajustando así, en ocasiones, viejas cuentas personales. Muchedumbres enfurecidas, sobre todo de musulmanes, colaboraban con los militares allá donde existían fricciones entre grupos étnicos o religiones"[28].

Según Challis[29], en un sólo mes exterminaron a más de un millón de supuestos comunistas, y durante la larga dictadura de Suharto (1967-1998) otro millón de ciudadanos resultó asesinado. En 1968 se repitieron las ejecuciones en masa; sólo en Java asesinaron a golpes a más de 3.500 presuntos comunistas. Otros muchos disidentes fueron recluidos a perpetuidad en los campos de trabajo. Como consecuencia de todo ello, Estados Unidos, según palabras pronunciadas por el general Maxwell Taylor en 1972, había conseguido "la independencia de Indonesia y su relativa liberación de una amenaza comunista interna".

Las depuraciones en nombre del anticomunismo dieron comienzo a una dictadura populista marcada por la corrupción, el poder de los militares y la agresividad hacia el exterior. En 1975, las tropas indonesias invadieron Timor Oriental, y llevaron a cabo una política de genocidio de los timorenses, de cara a anexionarse el territorio. Ni Estados Unidos ni tampoco Occidente pensó en la necesidad de intervenir contra esta manifiesta violación del derecho internacional.

Y es que Timor Oriental no era comparable, claro está, al Kuwait que invadió Saddam Hussein: a los dictadores “amigos” se les consiente lo que en modo alguno se permite a los dictadores “enemigos”.

A pesar de todos los escándalos y de la sangrienta violencia ejercida, el régimen de Suharto duró más de treinta años, y el dictador no presentó su dimisión sino tras las sublevaciones y disturbios de mayo de 1998 conocidos como la Revolución Indonesia de 1998. Sin embargo, su renuncia no impidió que destacados representantes del depuesto régimen siguieran teniendo gran influencia en Indonesia, por medio de un bloque de treinta partidos y organizaciones religiosas y derechistas, la Alianza anticomunista (AKA), encabezada por Enrico Guterres, organizador del genocidio de Timor Oriental. Como consecuencia, se reprodujeron las agresiones contra grupos de izquierda así como los asaltos a librerías y la quema de libros al estilo nazi. La prohibición establecida a partir de 1965 de exhibir productos, publicaciones, discos y películas donde aparecieran la hoz y el martillo o que contuvieran principios del pensamiento comunista siguió vigente, y, en 1995, la policía se incautó de un videojuego en el que aparecían, justamente, la hoz y el martillo.

Las dictaduras militares contra los comunistas. El ejemplo de Indonesia es la objetivación clásica de la llamada tesis del “mal menor”. Un sanguinario régimen militar de derechas, con tal de que sea pronorteamericano, es preferible a un Gobierno en el que tengan presencia los comunistas. La puesta en práctica de esta teoría ha supuesto entregar el poder a “coroneles”, a menudo entrenados y formados en Estados Unidos o por Estados Unidos, y convenientemente abastecidos de armas y dinero. Estos ejércitos, policías y mercenarios no sirven para solucionar los problemas de pobreza y de desarrollo, pero sí son útiles para ejercer la más violenta represión contra cualquier tipo de organización que Estados Unidos vea con malos ojos. Y es que Estados Unidos es un país que, lejos de impedir los baños de sangre y las matanzas, los alienta, adiestrando en las técnicas de interrogatorio y de tortura[30].

Como consecuencia, en la posguerra se instauran un gran número de dictaduras anticomunistas dotadas de similares características en los diferentes países: “Corruptora dependencia de una potencia extranjera, dominio de una elite explotadora y reaccionaria, polarización social,

degradación e inseguridad en amplias capas sociales y bajo nivel moral y cultural”[31].

Europa no dudó a la hora de apoyar a los regímenes español y portugués, las dos dictaduras fascistas supervivientes de la Segunda Guerra Mundial en Europa. En plena Guerra Fría, Estados Unidos instaló bases militares en el Estado español, y el Portugal de Salazar fue admitido en la OTAN ya desde 1949, años antes de que se permitiera su ingreso en la ONU. Estados Unidos, además, conjuntamente con fuerzas de la OTAN, apoyó el golpe de Estado en Grecia de abril de 1967, que trajo consigo los siete años de dictadura del coronel Georgios Papadopoulos, quien restableció la pena de muerte para los disidentes e hizo uso sistemático de la tortura contra los opositores.

Pero fue especialmente en América del Sur donde con mayor asiduidad se instauraron dictaduras militares como método para “combatir al comunismo”. La larga serie de arbitrariedades perpetradas en nombre del anticomunismo en Centroamérica (a la que Ronald Reagan llamaba “el patio trasero”) y en América del Sur es impresionante. Los interlocutores privilegiados de Estados Unidos eran los populistas más conservadores y las elites militares, cuya finalidad era intervenir como arma represora tanto contra los movimientos independentistas como contra los movimientos campesinos y populares.

El modelo aplicado fue similar en los diferentes países: los núcleos de poder (las multinacionales, las burguesías locales, los Gobiernos estadounidenses...) dejaron de lado a los partidos y optaron por poner la “estabilización” del territorio en manos del ejército, única institución capaz de imponer el orden por medio de las armas. Las tesis del dictador boliviano Hugo Banzer Suárez sintetizan a la perfección el anticomunismo sudamericano, tal y como escriben Scott y Jon Lee Anderson en el ya citado *Inside the League*: “1) Todos los disidentes y opositores al Estado son comunistas; 2) todos los comunistas reciben órdenes de la misma fuente y tienen como objetivo el control comunista del mundo; 3) dado que las órdenes vienen de la misma fuente, la oposición de un Estado es igual a la de los demás Estados; 4) puesto que los Estados de América Latina se enfrentan a un enemigo unido, ellos también deben unirse. Esto supone que cada Estado tiene el derecho y el deber de liquidar no sólo a la oposición a su propio régimen, sino también a la de cualquier régimen vecino”.

En base a estos axiomas, en la segunda mitad de los años setenta Manuel Contreras, jefe de los servicios secretos chilenos, diseñó junto a la CIA la operación *Cóndor* para perseguir a los exiliados y refugiados políticos de América Latina. Las expediciones homicidas contra los disidentes y los comunistas podían cruzar la frontera de cualquier país. A este plan, se apuntaron Argentina, Paraguay, Uruguay, Brasil, Perú, Bolivia y por supuesto también Chile. En todos estos países, estaba permitido secuestrar, torturar y asesinar a los opositores, con la colaboración activa de la CIA. La operación se amplió a Europa, para "hacer desaparecer" a los disidentes que habían buscado refugio en el viejo continente.

Oligarcas, latifundistas, caudillos y fascistas de todo pelaje consiguieron mantener regímenes dictatoriales gracias al apoyo de Estados Unidos, sin el cual no habrían podido sobrevivir. Estados Unidos pasó a considerar que la democracia y los resultados electorales eran algo "optativo", tal y como, refiriéndose a Chile, expresó Henry Kissinger, consejero para la seguridad nacional desde 1969 y posteriormente Secretario de Estado: "No veo razón alguna para que tengamos que quedamos con los brazos cruzados mientras un país avanza hacia el comunismo por culpa de la irresponsabilidad de su propio pueblo".

Los Estados democráticos contra los comunistas. En los países de democracia liberal, el anticomunismo puso en práctica toda una serie de medidas específicas contra el adversario. Dichas medidas fueron tanto institucionales, de Estado, como *privadas*, es decir, puestas en marcha a través de movimientos y organizaciones de derechas. El Estado se encargaba de tomar y aplicar medidas legislativas anticomunistas y de reprimir por medio de la policía; las organizaciones privadas, por su parte, utilizaban la propaganda e incluso a veces también las armas, por medio de la movilización de grupos paramilitares. En numerosas ocasiones, las dos vertientes, la estatal y la privada, se solaparon. El Estado sufragó los gastos de las organizaciones anticomunistas privadas e hizo la vista gorda ante sus actuaciones claramente ilegales, llegando incluso a colaborar directamente a través de sus servicios secretos. Las organizaciones anticomunistas, por su parte, funcionaron como auténticos servicios de inteligencia, pasando información a los aparatos estatales y fichando a los enemigos comunistas. Exenta de todo control democrático, esta alianza entre los aparatos del Estado y las organismos anticomunistas llegó incluso a superar a la "caza de

brujas” de MacCarthy, persiguiendo y reprimiendo a todo aquél que no se sometiera al status quo, aunque no fuera comunista.

Mientras el Estado aprobaba leyes de disolución de los partidos comunistas, ilegalizaba la pertenencia a organizaciones comunistas (como el *Infernal Security Act* norteamericano o el *Berufsverbot* alemán) o legitimaba la expulsión de extranjeros sospechosos de simpatizar con el comunismo, las organizaciones anticomunistas de derecha realizaban acciones de delación, intimidación o agresión armada.

Tal y como ya hemos visto, en Norteamérica, en Estados Unidos, la Guerra Fría se había convertido en una situación de emergencia permanente, lo que conllevaba de hecho la suspensión de las garantías constitucionales. La psicosis anticomunista, nunca apaciguada del todo, contribuyó a incrementar de forma desmedida el poder de los diferentes servicios secretos y del FBI. A mediados de los setenta, una comisión de investigación de las actividades de los servicios secretos, dirigida por el diputado Otis Pike, reveló datos inquietantes sobre la permanencia de un anticomunismo de Estado en Estados Unidos. Salieron a la luz informes falsificados, ineficiencias y, sobre todo, violaciones de los derechos de los ciudadanos. Durante treinta y cinco largos años, por poner un ejemplo, el FBI espió las actividades del Socialist Workers Party (SWP), pequeña organización trotskista. De 1940 a 1975, los funcionarios del FBI mantuvieron bajo estrecha vigilancia a la gran mayoría, si no a la totalidad, de los 2.500 miembros del SWP, interrogando a los caseros, patrones, jefes, colegas y parientes de los activistas. La Comisión Pike, creada en 1975 por la Cámara de Representantes, puso en práctica la utilización de cartas anónimas, amenazas y provocaciones contra los disidentes.

Europa Occidental también practicó la coacción sobre los sospechosos de simpatizar con el comunismo. Durante la primera mitad de los años cincuenta, en Italia se llevó a cabo una actividad de contrainformación (o mejor dicho, de desinformación) anticomunista coordinada por la Presidencia del Consejo y por los Ministerios de Interior, Defensa y Asuntos Exteriores. Como confirmó Edgardo Sogno en 1990, el ministro Scelba se servía de ex funcionarios de la OVRA que proporcionaban documentos secretos para difamar a los líderes comunistas, mientras la propaganda contra el PCI quedaba en manos de grupos políticos anticomunistas.

En Italia se fichaba de modo ilegal, tal y como salió a la luz con el escándalo del SIFAR (contraespionaje militar italiano), que compilaba expedientes ilegales para controlar a los comunistas y a sus posibles *cómplices*. Dichos expedientes, una vez descubierta su existencia, deberían haberse destruido y, sin embargo, acabaron en los archivos de Lucio Gelli, agente de la Italia fascista y posteriormente de la CIA y uno de los más destacados operadores anticomunistas de la Guerra Fría. También tuvo una enorme repercusión mediático-judicial el descubrimiento de las listas de empleados fichados en Fiat, en los años cincuenta, bajo la presidencia de Vittorio Valletta y con la colaboración del notorio provocador Luigi Cavallo y de Edgardo Sogno (quien declaró: "Valletta me pagaba 20 millones al mes, para hacer las labores de anticomunista"), y, más tarde, en 1971, fue también motivo de escándalo el hallazgo realizado por el magistrado Raffaele Guariniello de fichas policiales de 350.000 italianos. Todo ello demostró que Estado y empresarios trabajaban al alimón para discriminar a cualquier ciudadano que pudiera resultar molesto por sus opiniones políticas.

La intervención estatal en Alemania Occidental fue aún más notoria. El Partido Comunista fue ilegalizado en 1956, y, el 28 de enero de 1972, los ministros de todos los Lánder de la República Federal y su canciller Willy Brandt aprobaron el denominado *Decreto sobre los radicales* ("Radikalenerlass"). Según el mismo, todo aquél que trabajara para el Estado "tiene la obligación de guardar lealtad al libre orden democrático dictado por la Constitución y debe comprometerse a salvaguardarlo. Cualquier conducta contraria a la Constitución supone el incumplimiento de esta obligación". El decreto especificaba la prohibición de participar en organizaciones o partidos que pusieran en tela de juicio el orden constitucional. Como consecuencia, miles de personas perdieron el puesto de trabajo.

Ni tan siquiera la pacífica Suiza se libró de esta paranoia anticomunista. Los sindicatos suizos, por ejemplo, tras la Primera Guerra Mundial, excluyeron a los comunistas de sus filas (y, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, vetaron a los inscritos al Partido del Trabajo el acceso a cualquier cargo sindical). La Federación Patriótica Suiza, el Pacto Internacional contra la Tercera Internacional y la Acción Nacional Suiza contra el Comunismo facilitaron información a la policía federal y colaboraron con el Tercer Reich. En los años treinta y cuarenta, en muchos cantones

ilegalizaron a las organizaciones comunistas, y el anticomunismo de Estado se prolongó incluso después de la guerra. En 1950, se promulgó una disposición, en vigor hasta 1990, por la que se promulgaba el despido de todo empleado federal que fuera miembro de una organización comunista. En 1976, se supo que un grupo extremista de Zürich proporcionaba a las autoridades y a los empresarios información sobre los elementos "subversivos", categoría que incluía no sólo a los comunistas, sino también a cualquier persona etiquetada de "izquierdista". En 1989, una comisión parlamentaria de investigación reveló que el Ministerio Público de la Confederación tenía fichadas a miles y miles de personas, y que para diez mil ciudadanos suizos, clasificados como políticamente "peligrosos", tenían previsto su internamiento en caso de guerra o de crisis[32].

Capítulo aparte merecen los países del ex Pacto de Varsovia, convertidos en "democráticos" tras la caída de los regímenes dirigidos por partidos comunistas. Derribado el Muro de Berlín, desaparecidos los Gobiernos del ex bloque socialista, el historiador Aleksandr Zinoviev, destacado exponente de la disidencia soviética, comentaba: "En Occidente y en los países de la Europa oriental se le ha dado ya el pistoletazo de salida a la orgía del anticomunismo"[33].

Esta *orgía del anticomunismo* se ha traducido en el Este europeo en leyes contra los comunistas. En Polonia, con el triunfo del líder anticomunista Adam Michnik y el nombramiento de Lech Walesa como presidente, en 1990 se puso en marcha la *descomunistización* del país. En Praga, en 1990, el día de cierre de la campaña electoral, fueron arrestados, detenidos o interrogados varios ex dirigentes comunistas acusados de "graves actividades criminales". En Albania, se promulgó en 1995 una ley por la que quienquiera que hubiera formado parte de las estructuras dirigentes nacionales y locales del Partido Comunista quedaba excluido de la vida política durante seis años. Ese mismo año, tras diez días en huelga de hambre, moría en una cárcel albanesa el ex partisano y nonagenario poeta Shefquet Peci: le habían detenido por un fusilamiento ocurrido durante la guerra de liberación. Mientras los colaboradores nazifascistas eran condecorados con medallas, la viuda del ex líder comunista Enver Hoxha, mayor de setenta años, era encarcelada en régimen de aislamiento durante cinco años. En Rusia, en 1998, se creó la asociación Memorial que pide que se entable un proceso al comunismo y honra tanto a los

contrarrevolucionarios caídos en la guerra civil de 1917 como a los latifundistas expropiados. El 30 de marzo de 2000, en Bulgaria se aprobaba la ley Panev que proscribía a los comunistas y declaraba *ilegítimos* todos los actos del régimen anterior de 1944 a 1989. A este respecto, el primer ministro Ivan Kostov, posteriormente desacreditado por escándalos de corrupción, declaraba que el comunismo debía ser condenado por ley, aunque no todo el mundo estuviera de acuerdo.

El anticomunismo global: tres continentes bajo el "talón de hierro" del anticomunismo

En numerosas zonas del mundo, el anticomunismo ha sido el causante de un tipo de limpieza no *étnica* sino *política*: las organizaciones comunistas han sido diezmadas, por medio tanto de la eliminación física de dirigentes y militantes, como de detenciones indiscriminadas y de persecuciones implacables. Esta metódica labor de erradicación del *árbol comunista* ha producido una serie de efectos a largo plazo, alterando completamente la naturaleza de países enteros y dejando fuera de juego a una de las opciones políticas en liza. En este sentido, Estados Unidos, que siempre se ha jactado de exportar la democracia, lo que en realidad ha hecho ha sido obstaculizar de forma programada su desarrollo, puesto que a priori ha quitado de en medio a uno de sus protagonistas. O, mejor dicho, ha considerado que por "democracia" sólo se entiende su propio modelo político y económico, y que quienquiera que proponga una vía diferente es un enemigo a aniquilar (los comunistas muy en particular). Con la excusa de contener el expansionismo soviético, violaron sistemáticamente los derechos fundamentales de poblaciones enteras, a las que se prohibió dotarse del tipo de gobierno deseado y elegir las fuerzas políticas que consideraban mejor representaban sus intereses. Al condenar el sistema de partido único de las democracias populares, lo que en realidad se pretendía era imponer al mundo entero un modelo político único, y, muy especialmente, borrar del mapa las opciones radicales representadas por los comunistas.

A continuación, enumeraremos brevemente (y limitándonos a tres continentes) algunos de los ejemplos principales de aquella larga obra de erradicación del "árbol comunista".

En **América central** y en **América del Sur**, los instrumentos anticomunistas más utilizados han sido las dictaduras militares y el empleo de grupos armados “privados” (paramilitares).

Ha habido dictaduras militares en *Uruguay* y en *Honduras*, donde exterminaron a campesinos, a disidentes políticos y a simples ciudadanos. También en la *República Dominicana* país en el que, desde la ocupación norteamericana de 1919, los golpes de Estado anticomunistas han sido continuos. En *Ecuador*, el PC fue declarado ilegal en 1962 y hubo que esperar hasta 1969 para su reconocimiento. En *Paraguay*, en 1954, el general Stroessner dió un golpe militar en Paraguay (se mantuvo en el poder hasta 1989). *Perú* padeció diversos golpes militares acompañados por la llamada “guerra de baja intensidad contra el terrorismo” que se prolongó hasta 2000: matanzas, desapariciones, aplicación de métodos represivos ilegales, regímenes carcelarios inhumanos.... En *Bolivia*, impusieron el liberalismo económico a base de golpes de estado, que vehiculizaron la detención de todos los dirigentes comunistas y sindicales, todo ello siempre con el apoyo del Gobierno norteamericano. En *Haití*, para compensar la presencia de la Cuba comunista, Estados Unidos protegió la dictadura de François Duvalier a quien, tras su muerte en 1971, sucedió su hijo Jean-Claude. Nombrado presidente vitalicio con sólo 19 años, reprimió brutalmente todo tipo de disidencia hasta su caída en 1986, cuando Estados Unidos le retiró su apoyo militar y económico y potenció el golpe militar de Jenry Namphy.

En *Guatemala*, una junta militar filonorteamericana derribó en 1951 el Gobierno apoyado por los comunistas, eliminando a continuación la reforma agraria emprendida por éstos, y declarando a los comunistas fuera de la ley. En 1960, el propio ejército estadounidense intervino para reprimir unas presuntas “infiltraciones castristas”. A principios de los setenta, el ejército y los llamados escuadrones de la muerte exterminaron uno tras otro a todos los dirigentes del Partido Comunista y asesinaron a miles de sus militantes. En los años ochenta, se hizo con el poder el pastor evangélico de extrema derecha Efraín Ríos-Montt, apoyado por Estados Unidos de cara, una vez más, a evitar la *comunistización* de esa zona geopolítica. La *pacificación nacional* no llegó sino en 1996, tras una larga y atroz guerra civil, durante la que la dictadura asesinó a más de 200.000 civiles. En 2000, a petición de Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz de 1992, la Audiencia española abrió una investigación sobre ocho jefes de Estado y

generales de Guatemala, acusados de genocidio, torturas, terrorismo y detenciones ilegales.

En *Argentina*, el peronismo, que se mantuvo en el poder hasta los años setenta, también se implicó en la *extirpación del marxismo* (el propio Perón dió luz verde a la criminal Alianza Anticomunista Argentina [AAA], pero la verdadera persecución anticomunista (y antidemocrática) llegó con las dictaduras militares de 1976-1983. Miles fueron los entonces desaparecidos. “Con la intención de erradicar definitivamente el *terrorismo comunista*, las sucesivas juntas militares declararon *enemigo del régimen* a quienquiera que cuestionara a los *coroneles,* lo que hizo que la sangriente represión la padecieran no sólo los comunistas, sino también los ex peronistas, los montoneros y todo aquél que la dictadura militar considerara un ‘infiltrado’” [34].

En *Brasil,* en 1927, se aprobaron unas leyes represivas contra el Partido Comunista, y en los años treinta ahogaron en sangre las llamadas “rebeliones comunistas”. Destacó entonces por su ferocidad anticomunista el liberal Getulio Vargas, quien paradójicamente en 1950 sería elegido presidente al frente de una coalición de izquierdas, apoyada también por los comunistas. Sin embargo, en 1964, un golpe militar apoyado por Estados Unidos terminó con toda esperanza de libertad y democracia: comunistas, socialistas y sindicalistas fueron juzgados por la Corte Marcial, y el Partido Comunista quedó literalmente destruido.

En *El Salvador,* la ultraderecha militar y paramilitar fue la causante de una guerra civil (1980-1992) que dejó un saldo de 85.000 muertos, la mayoría civiles. Uno de ellos fue el arzobispo de San Salvador, Oscar A. Romero quien, a pesar de su declarado anticomunismo, terminó asesinado por un francotirador en 1980, debido a su creciente compromiso en el pueblo y a su cada vez mayor reconocimiento internacional. En 2004, ganaba las elecciones presidenciales el comentarista deportivo Elías Antonio Saca, candidato de la derechista Alianza Republicana Nacionalista (Arena). Derrotaba así al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), creado originalmente como organismo de coordinación de las organizaciones político-militares de izquierda durante la guerra, y convertido en partido político tras los acuerdos de paz. El ganador, Elias Antonio Saca, quien había centrado su campaña en el anticomunismo, fue proclamado presidente entre gritos de “Patria sí, comunismo no”. Una vez

más, el apoyo norteamericano fue decisivo. No en vano, durante la campaña electoral, el especialista de la guerra sucia en Latinoamérica Otto Reich, nombrado por Bush “emisario especial para las iniciativas del hemisferio occidental”, había lanzado la siguiente amenaza: “Si vence el FMLN, el país será tan inestable como la Cuba de Castro y la Venezuela de Chávez”.

Sin embargo, el caso más paradigmático es el de *Chile*. El Partido Comunista chileno ya había sido declarado ilegal en 1948, pero el verdadero “peligro rojo” apareció a comienzos de los setenta, cuando el Frente Popular, tras varios triunfos electorales, llevó a la presidencia al socialista Salvador Allende. El jefe de la CIA William Colby admitió que, entre 1970 y 1973, los servicios secretos norteamericanos se habían gastado 8 millones de dólares para maniobrar contra el legítimo gobierno de Allende. Fracasados todos los intentos de derribar a Allende, optaron por un golpe militar que, el 11 de septiembre de 1973, entregó el poder a una junta militar dirigida por Augusto Pinochet. Tras una guerra a muerte contra las fuerzas de izquierdas, causante de miles de desapariciones, detenciones y torturas, Pinochet perdió el apoyo de la industria y de las clases altas a causa del desastre económico y tuvo que renunciar.

En **Extremo Oriente**, Estados Unidos aplicó la “teoría del dominó”. Dado que, según esa teorización del “efecto bola de nieve”, si un país entra dentro del sistema comunista arrastra a otros hacia esa misma ideología, en Asia todos los países estaban a punto de caer en manos comunistas. Por ello, era preciso crear un cordón de seguridad en los países que bordean el Océano Pacífico, y evitar la expansión comunista con la creación de plazas fuertes en Taiwán y Filipinas.

En *Taiwán*, donde en 1949, tras la victoria de Mao, se refugiaron los nacionalistas de Chang Kai-shek con el apoyo de la flota norteamericana, el Kuo-mintang (responsable de muchas atrocidades anticomunistas en China) instauró una dictadura que aplastó las revueltas de los habitantes invadidos. Estados Unidos les siguió proporcionando ayudas económicas y militares (miles de soldados estadounidenses están todavía estacionados en la isla), y en 1954 incluso firmaron un pacto de mutua asistencia con Taiwán. Durante veinte años, Taiwán fue el único Gobierno chino representado en la ONU, excluyendo así a casi mil millones de personas de la China continental y ocupando además uno de los cinco escaños del Consejo de Seguridad de las

Naciones Unidas. Hubo que esperar a 2000 para que ver iniciarse una democratización de la isla.

En *Filipinas*, donde los comunistas habían sido importantes protagonistas de la lucha anticolonial y habían participado en la resistencia contra la ocupación japonesa, el Partido Comunista fue víctima, de 1948 a 1951, de una dura represión cuando se rebeló contra el gobierno de un ex colaboracionista de Japón, Manuel Roxas. En 1965, accedió a la presidencia Ferdinand Marcos, anticomunista convencido, que se ensaño tanto contra los comunistas como contra los musulmanes. Tras instaurar una fuerte dictadura en 1972 con la ayuda de unidades militares norteamericanas, impuso la ley marcial, gracias a lo cual pudo encarcelar sin mayor trámite a sus adversarios políticos. Apoyado por los ultraconservadores estadounidenses por su fíloamericanismo, y estrechamente vinculado a la Iglesia católica, se mantuvo en el poder hasta 1986, cuando fue sustituido por Corazón Aquino, quien, por cierto, mantuvo en su Gobierno a varios ministros anticomunistas.

En *Tailandia* Phibun Songkram instauró un Estado policial. Basándose en una serie de alarmas injustificadas sobre inminentes revoluciones comunistas, persuadió a Estados Unidos para que le apoyara y se convirtió así en el primer dictador de la posguerra, a pesar de haber sostenido al Eje nazifascista. Durante los cincuenta, Tailandia fue un bastión del anticomunismo, poniendo fuera de la ley a los comunistas y persiguiendo a intelectuales, estudiantes y sacerdotes. El Gobierno tailandés apoyó a Estados Unidos en la guerra de Corea, y, durante la guerra de Vietnam, permitió que los norteamericanos instalaran varias bases en su territorio, además de participar directamente con sus propios contingentes militares. Hubo que esperar hasta 2001 para que fuera abrogada la ley por la que los militares tailandeses podían detener a cualquier sospechoso de ser miembro del Partido Comunista.

Corea del Sur padeció, tras la guerra de 1950-1953, una serie interrumpida de Gobiernos autoritarios y de dictaduras militares. En base al Pacto de Mutua Defensa firmado con Estados Unidos en 1953, las fuerzas norteamericanas podían permanecer en Corea del Sur sin restricción alguna. Corea del Sur se transformó así en un gigantesco arsenal, incluso atómico. El episodio más sangriento de las dictaduras surcoreanas tuvo lugar en mayo de 1980 en Kwangju: los tanques y las fuerzas especiales reprimieron a los manifestantes que reclamaban la instauración de la democracia y la

reunificación del país. Según el Gobierno, resultaron muertas 191 personas, pero, según las estimaciones de los testigos, hubo unas 2.000 víctimas. Contrariamente a lo ocurrido con la famosa represión de la plaza de Tien An Men, Occidente jamás condenó esta matanza de la dictadura coreana. Aunque desde 1998 está en el poder Kim Dae-jung, condenado en su momento a muerte por la dictadura, según Amnesty International aún hoy hay en Corea del Sur más de 200 presos acusados de delitos ideológicos. La ley de seguridad nacional, promulgada en 1948, prevé la detención inmediata por cualquier actividad "antiestatal", es decir, por manifestarse a favor de Corea del Norte o, por extensión, por tener ideología comunista: sólo por tener un libro marxista puede uno ser condenado a varios años de prisión. En 1998 cerraron una web informática y detuvieron a su animador, acusado de filocomunismo.

Singapur también ha conocido persecuciones anticomunistas. En 1942, cuando el país fue ocupado por los japoneses, los comunistas fueron quienes más se implicaron en la resistencia. Sin embargo, a partir de 1948 se empezó a reprimir tanto a los comunistas como a los sindicalistas, y en 1956 detuvieron a los líderes comunistas.

En las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, en **Oriente Medio** reprimieron e incluso a veces erradicaron los movimientos nacionalistas y los partidos comunistas, preparando así el terreno para la aparición del integrismo islamista de nuestros días, que aparece como la última esperanza de todos esos pueblos empobrecidos y/o humillados por el neocolonialismo imperial de Occidente.

En los años cincuenta, Eisenhower intentó ganarse las simpatías del mundo musulmán de Oriente Medio, amenazado según él por el materialismo ateo de los comunistas. Fue entonces precisamente cuando se asestaron los primeros golpes a los partidos y movimientos de izquierda. El *Líbano* fue el primer país en el que, en 1957, Estados Unidos decidió participar militar y económicamente para combatir el comunismo. A partir de 1958, en *Arabia Saudita* el garante del anticomunismo sería el rey Faisal. En *Irán*, en 1953, un golpe organizado por Estados Unidos derrocó el régimen nacionalista de Mossadeq, que estaba llevando a cabo importantes nacionalizaciones petrolíferas. Estados Unidos adiestró a la policía del sah Reza Pahlevi para que torturara y eliminara físicamente a comunistas y demás disidentes. En 1965, el sah puso en marcha una

violenta represión anticomunista que supuso la condena a muerte de 13 dirigentes del Partido Comunista Tudeh. En *Irak*, en 1963, eliminaron tanto a los comunistas como a sus familiares con el asesoramiento de la CIA. Sadam Husein, tras su nombramiento como vicepresidente de Irak, alternó intentos de alianzas con los comunistas con persecuciones de los mismos. Tras aprovecharse del Partido Comunista para conseguir acuerdos con la Unión Soviética y obtener apoyos a sus nacionalizaciones, optó por su aniquilación.

África tampoco se ha librado de las obsesiones anticomunistas. Allí donde hubiera participación comunista en los movimientos de liberación, Estados Unidos intervenía para hacerles frente, de cara a impedir que zonas geopolíticamente importantes quedaran bajo la influencia de la Unión Soviética o de China. Esta práctica se acentuó en los años setenta, cuando en *Angola* Estados Unidos decidió financiar a Unita (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola) en clave anticomunista, y dirigió fuerzas mercenarias en acciones de destrucción y asesinato, mientras en *Mozambique* apoyaban financiera y logísticamente a la guerrilla antimarxista del Renamo (Resistencia Nacional de Mozambique), en colaboración con Sudáfrica y Rodesia.

Al algunos países africanos, los comunistas fueron también acusados de apoyar o promover las luchas antirracistas y contra el apartheid. La represión anticomunista fue por ello particularmente despiadada en Sudáfrica, último bastión de la supremacía blanca, donde acusaron de comunismo al African National Congress (ANC), considerado por Washington “organización terrorista”. Finalmente, ilegalizaron al Partido Comunista. El anticomunismo fue especialmente marcado durante la presidencia de P. W. Both, y tuvo su momento álgido en 1993 cuando Chris Hani, líder del Partido Comunista, fue asesinado, poco antes de la victoria del ANC de Nelson Mándela.

Capítulo cuarto

LAS CULTURAS DEL ANTICOMUNISMO

Psicología de **masas** del **anticomunismo**

Desde la Revolución de Octubre de 1917 hasta la caída del Muro de Berlín en 1989, los dos componentes principales del anticomunismo han sido la hostilidad ideológica hacia la idea comunista y el pánico ante una invasión desde el exterior o ante una subversión interior instigada desde fuera. De este modo, el antisovietismo se ha superpuesto al anticomunismo, hasta llegar a identificarse completamente con él.

A los comunistas se les criticaba por todas y cada una de las cosas que hicieran los Gobiernos de países ajenos al suyo propio, y ello aunque ya no existía ninguna organización internacional comunista rígidamente organizada. El Partido Comunista Italiano, por ejemplo, se veía en la obligación de responder de los actos, actitudes e iniciativas tomadas por los partidos comunistas en el Gobierno de otros Estados, y ello a pesar de que, a partir de 1968, se había distanciado claramente de ellos, aún sin llegar a la ruptura.

Los “miedos rojos” están marcados por diferentes momentos históricos. El primer gran miedo fue el generado por las revoluciones democráticas de mediados del siglo XIX; el segundo se desarrolló durante la segunda y tercera décadas del siglo XX, época de importantes levantamientos sociales y de impresionantes huelgas, ocurridos paralelamente a o a continuación de la Revolución Soviética.

El fortalecimiento de la Unión Soviética en los primeros años del liderazgo de Stalin y, posteriormente, la Guerra Civil española marcaron un nuevo hito en el miedo anticomunista, que quedó momentáneamente amortiguado por la Segunda Guerra Mundial y por la alianza de los países democráticos occidentales con la Unión Soviética, de cara a combatir el avance del nazifascismo.

La partición del mundo tras los acuerdos de Yalta de 1945 y el surgimiento de las llamadas “democracias populares” en el Este europeo (sobre todo en 1948, un año después de la toma comunista del poder en Checoslovaquia) dieron lugar al inicio de la Guerra Fría y del macartismo.

Por su gran valor simbólico, estupenda ocasión para una impresionante campaña de propaganda fue la construcción en Berlín, en agosto de 1961, de un muro que convirtió los sectores occidentales de la ciudad en una isla dentro del territorio de la RDA. Levantado en un momento de alta tensión internacional marcado por la decisión norteamericana de intensificar la carrera armamentista, el muro dió lugar a numerosos incidentes fronterizos que causaron varias víctimas, y que se acompañaron de denuncias en los medios occidentales acerca de las crueldades comunistas (sin poner nunca en tela de juicio el hecho de que esa “isla”, separada del resto del país y de la ciudad de Berlín, constituía en sí misma un grave problema).

Otro momento álgido del anticomunismo coincidió con la llamada Revolución húngara de 1956 y la consiguiente invasión soviética. Por lo que respecta a Chevoslovaquia y a la conocida como “primavera de Praga”, cuando los tanques del pacto de Varsovia entraron en la ciudad en 1968, la disidencia no sólo adoptó un rumbo anticomunista, sino que impulsó nuevas fuerzas de izquierda criticas con respecto a la Unión Soviética, aunque no con respecto al comunismo en sí.

Para avivar estos miedos, ponían en los altares a una serie de “mártires” del anticomunismo: Ian Palach, el joven que se suicidó tras la entrada de los tanques soviéticos en Praga; el Dalai Lama tibetano, víctima de la larga contienda entre Tíbet y China; los Montagnards, habitantes de las mesetas vietnamitas reclutada en 1961 por Estados Unidos para combatir a los comunistas en Vietnam del Norte.

En todos estos cambios de fase, el anticomunismo se dedicó a cargar las tintas sobre las supuestas amenazas del comunismo (y de la Unión Soviética), valiéndose para ello de irracionales mensajes pensados para despertar la fibra sensible de la opinión pública. El imaginario occidental (y en parte *global*) se ha visto así deformado por una permanente sobrevaloración de un presunto “complot comunista” detrás de cada reivindicación, cada protesta y cada lucha social. Ese terror inducido hacia la “hidra bolchevique” ha sido el causante de un estado emotivo de continua alarma que hacía ver espías, terroristas, traidores y saboteadores por todas

partes. Una grave e inevitable consecuencia de este alarmismo sería el fortalecimiento del militarismo y del nacionalismo patriotero.

En los años cincuenta, el enjuiciamiento de los Rosenberg y de otros *espías rojos*, el fin del monopolio estadounidense sobre el armamento nuclear, a raíz de los primeros experimentos atómicos soviéticos, la victoria de Mao en China y la guerra de Corea... todos ello provocó en Estados Unidos (y por extensión en muchos otros países del mundo) un miedo en gran medida irracional, que, según muchos observadores, tenía todas las características de la paranoia.

La guerra contra la Unión Soviética se veía como inminente e inevitable. Se llegaron a organizar cursillos de defensa contra posibles ataques nucleares, e incluso se construyeron refugios antiatómicos en viviendas particulares. Ese temor a un ataque exterior se veía agravado por el miedo a una conspiración antinorteamericana en el propio territorio. Los macartistas estaban convencidos de que "el enemigo estaba en casa", dispuesto a destruir el *American way of life* (el modo de vida norteamericano). El antisovietismo (la Unión Soviética como amenaza exterior) se mezclaba con el anticomunismo (los militantes comunistas como amenaza interna).

Este *complejo persecutorio* tuvo serias consecuencias en la cultura norteamericana (y la cultura occidental en general). Como escribía Vittorio Zucconi en 1989: "El anticomunismo y, por consiguiente, también el antisovietismo, no son unos superficiales elementos accesorios que condimentan el bagaje menta] del norteamericano medio, sino que constituyen los pilares que de su propia imagen tiene, y que ha sido construida desde la infancia"[35].

En Estados Unidos han utilizado todos los medios para difundir el anticomunismo: películas (como la muy famosa *I Married a Communist*, "Me casé con un comunista", de 1949, que en Italia de modo muy púdico tradujeron por *Esclavo de la violencia)*, reportajes periodísticos en los principales diarios y revistas, panfletos de los que se hacían grandes tiradas, novelas populares (como *Red Rape!*, "Violación roja", de 1963), novelas policíacas (con héroes anticomunistas como los de Mickey Spillane), tebeos (como el titulado *Is This tomorrow: America Under communism*, "Es éste el futuro: América bajo el comunismo", de 1947), emisiones de televisión (el especial *Red Nightmare*, "Pesadilla roja", producido por el Departamento de Defensa y por la Warner Bros en 1962).

Este macartismo mediático acuñó numerosos *lugares comunes* anticomunistas que también sirvieron para conformar el imaginario de otras zonas del mundo. Mencionamos a continuación doce de esos lugares comunes, seis de ellos antisoviéticos y los otros seis anticomunistas:

- Los comunistas soviéticos están empeñados en la carrera armamentista y se están preparando para la guerra contra Norteamérica.
- Los comunistas soviéticos roban por medio de sus espías informaciones secretas vitales para los Estados Unidos.
- Los comunistas soviéticos son expansionistas y son los impulsores de todas las revueltas que en el mundo ocurren.
- Los comunistas soviéticos condenan a todos los disidentes a trabajos forzados.
- Los comunistas soviéticos oprimen al pueblo ruso y todos quisieran escaparse de allí.
- Los comunistas soviéticos instrumentalizan la infancia y lavan el cerebro a los jóvenes.
- Los comunistas son todos siervos de Moscú, y, por lo tanto traidores a su propio país.
- Los comunistas son totalitarios, por lo que hay que considerarles enemigos de Norteamérica, lo mismo que a los nazis alemanes.
- Los comunistas tienen planes secretos.
- Los comunistas están en contra de la religión.
- Los comunistas son mentirosos por definición y se disfrazan de demócratas.
- Los comunistas se esconden en los sindicatos.

Como sucede a menudo, los “cruzados” del anticomunismo empleaban precisamente los medios y métodos que imputaban al adversario. Pero todo quedaba justificado por esa visión maniquea, según la cual Estados Unidos representaba (y representa) el *Bien* y la Unión Soviética el *Mal*.

Acusaban a los soviéticos de valerse de la policía política para perseguir a los ciudadanos. Sin embargo, con el pretexto de la amenaza soviética, fueron creando una atmósfera de sospecha y de delación que desembocó en la tristemente famosa *caza de brujas*. Denunciaban la naturaleza sediciosa del comunismo, mientras organizaban sediciones y complots en todo el mundo para destruirlo. Condenaban las financiaciones que los partidos comunistas recibían de Moscú, pero, al mismo tiempo, financiaban a los partidos de centro y de derecha contra el comunismo (el presidente

norteamericano Gerald Ford justificó las financiaciones contra el presidente chileno Allende diciendo que "la Unión Soviética hace lo mismo").

El siguiente ejemplo es sobradamente demostrativo de esta *simetría* entre acusados y acusadores. Se ha acusado repetidamente a los comunistas de adoctrinar a los niños, de envenenarles con ideología ya desde los pupitres de la escuela. Y el caso es que en Estados Unidos utilizaron hasta los chicles en sus campañas anticomunistas: en 1951, incluyeron en la envoltura de los chicles los cromos de la serie *Children's Crusade Against Communism* ("Cruzada de los niños contra el comunismo"), con rostros de amenazantes líderes comunistas internacionales y dibujos de familias soviéticas aterrorizadas.

Este adoctrinamiento en un nuevo pensamiento único anticomunista sigue vigente hoy en día. En 1990, el profesor Amold Schrier de la universidad de Cincinnati declaraba: "Examinados en retrospectiva, nuestros textos escolares hasta 1985-1986 eran pura propaganda". Y Richard Ravich, director de marketing de la editorial Heath and Company, añadía: "Hemos podido comprobar que hasta los libros de geografía están impregnados de anticomunismo visceral. No hemos sido nunca un pueblo de grandes matices. Es un asunto que debería llevamos a reflexionar. No quisiera que pasara lo mismo con nuestros nuevos enemigos, Irán, Irak, Libia, Cuba, etc.*"*[36].

Así, en Francia, el coordinador de *El libro negro del comunismo*, Stéphane Courtois, se congratulaba porque en 2000 "los liceos organizaban cursos sobre el totalitarismo nazi y comunista"[37]. En el mismo periodo, en Italia, el liceo científico estatal Copemico de Prato alentaba a sus estudiantes a participar en el seminario de historia "Los crímenes del comunismo", dirigidos por Marco Messeri. Y, cuando Anne Applebaum ganó el premio Pulitzer por su libro *Gulag*[38], el historiador Michael Ledeen, extremista neocon (neoconservador), propuso que se usara en las escuelas "para que nuestros hijos empiecen a comprender los horrores del comunismo y la grandeza de nuestra victoriosa guerra en su contra". El pensamiento de Applebaum queda perfectamente reflejado en esta frase, a propósito de la Guerra Mundial: "Hemos derrotado a un asesino de masas (Hitler) con la ayuda de otro (Stalin)". [39]

Manipulando el consenso

A menudo, han acusado al comunismo de ser una religión. Sin embargo, en opinión de Noam Chomsky y de Edward Herman[40], es precisamente el anticomunismo el que, en el siglo XX, se convirtió en una religión, además de en un eficaz mecanismo de control social. Quienes mostraban desafecto a la religión anticomunista eran desacreditados y acusados de filocomunismo. Cualquier política considerada dañina para los intereses de las empresas privadas, cualquier política que aspirara a un control público de la economía, era tachada de comunismo. En la penetración de esta religión los medios jugaron un papel decisivo. Periodistas y redactores de otros medios asumieron el papel de agit-prop (activistas en agitación política), de *funcionarios de partido*, que hacían propaganda de la *línea política* que mejor convenía a la clase dominante. Para ello, no era preciso que nadie les diera instrucciones, porque actuaban movidos por una especie de reflejo condicionado. Las masivas campañas de propaganda contra el comunismo (o, actualmente, en favor de la política exterior norteamericana) no son fruto de un gigantesco esfuerzo para *comprar* a los periodistas, sino, en gran medida, producto de una germinación espontánea. Son muchos los profesionales de la información que están alineados, que son militantes.

A pesar de ello, a menudo han tenido que crear o potenciar bajo manga una serie de medios de difusión dedicados a hacer propaganda anticomunista. Es el caso de la emisora *The Voice of America*, fundada en 1942 para propagar mundialmente los puntos de vista del Gobierno de Estados Unidos, o el de revistas culturales como la alemana *Der Monat*, la francesa *Preuves* o la italiana *Tempo Presente*, financiadas secretamente por Estados Unidos para formar a los intelectuales europeos en la cruzada anticomunista. Sin embargo, la más célebre de las publicaciones anticomunistas fue sin duda *Encounter*, revista mensual británica creada por la CIA en los años cincuenta, a través del *Congress for Cultural Freedom* (Congreso a favor de la Libertad Cultural) de James Bumham, consejero del Departamento de Estado y partidario de la guerra preventiva contra la Unión Soviética. La afirmación de que la publicación era íntegramente financiada por la CIA no es ninguna insinuación malévola de los rojos, sino una realidad reconocida por los propios funcionarios de los servicios norteamericanos de inteligencia, con ocasión de un juicio contra la revista, celebrado en 1966. Entre los ex directores de *Encounter* tenemos también a Irving Kristol, padre espiritual del neoconservadurismo actual. Allen Dulles, futuro director de la CIA, también prestó todo su apoyo a

Encounter, para que se posicionara permanentemente contra las ideas marxistas y la Unión Soviética, pero se abstuviera de expresar crítica alguna con respecto a la política norteamericana. Finalmente, la revista fue clausurada en 1991: desaparecida la Unión Soviética, la CIA no tenía interés alguno en gastar dinero en una publicación antisoviética.

Entre las puntas de lanza editoriales del anticomunismo estadounidense hay que incluir también el *Reader's Digest*, la revista que presume de ser "la más leída del mundo" (48 ediciones, 19 idiomas, más de 100 millones de lectores). Conocida en Italia como *Selezione*, siempre ha hecho del anticomunismo uno de sus caballos de batalla. La publicación trimestral *The Russian Review*, por su parte, iba dirigida a un público más selecto, que en la segunda página de todos sus números declaraba que su objetivo era "interpretar los reales deseos y aspiraciones del pueblo ruso en contraposición a los que proponía el comunismo soviético". Sin embargo, fue precisamente esta revista anticomunista la que se vió obligada a denunciar en 1966 la falsedad de muchos materiales que en torno al tema antisoviético circulaban por entonces. *The Russian Review* criticó muy particularmente la profusión de memorias falseadas de personajes rusos, escritas por George Bessedovsky, tránsfuga ruso asentado en París[41].

Por una de esas curiosas paradojas de la historia, mientras el antisemitismo y el anticomunismo habían confluido hasta culminar en la terrible tragedia de los campos de concentración nazis, durante la posguerra no fueron pocos los intelectuales hebreos que se pusieron a la cabeza de la lucha anticomunista, en el plano ideológico. Ejemplo de esto serían las revistas *Commentary* y *The New Criterion*, ferozmente anticomunistas y financiadas por el American Jewish Committee. La primera de ellas, cuyo editor era Norman Podhoretz, ilustre antepasado de los actuales neocon, no sólo condenó la política norteamericana de distensión y el Tratado de No Proliferación Nuclear, sino también la homosexualidad, la política asistencial del Estado y el feminismo. Hasta tal punto que otra revista judía, *Tikkun*, tuvo que recordar en 1986 que *Commentary* y los intelectuales que escribían en sus páginas no expresaban los sentimientos políticos de la mayoría de los judíos americanos, "sino únicamente la de aquéllos que ven rojos por doquier". No es fruto de la casualidad el que fueran bastantes los colaboradores de *Commentary* que pasaron a formar parte del equipo de Reagan, ni tampoco que Podhoretz se convirtiera en abanderado de esa posición ideológica que identifica la civilización occidental con el

capitalismo norteamericano, y llegara incluso a acusar de utópicos a los autores de *El fracaso de un ídolo* por no haberse alineado en este sentido.

Exhibiciones de anticomunismo

A partir de los años cincuenta, se ha desarrollado una forma singular de anticomunismo. Consiste en organizar exposiciones y museos en los que se exhiben hechos y hallazgos realizados en países gobernados por partidos comunistas.

El prototipo de estas exposiciones de anticomunismo es italiano. En 1953, la Democracia Cristiana organizó la *Exposición del más allá,* bajo la dirección de su responsable de propaganda, Giorgio Tupini.

El nombre dado a la exposición es ya de por sí suficientemente elocuente y es una muestra clara de astucia antisoviética: con la expresión *el más allá* se hace referencia a la gran región geopolítica allende el *telón de acero,* pero también se sugiere una relación simbólica entre muerte y comunismo, es decir, se viene a equiparar comunismo con muerte física y muerte civil.

El museo se articulaba en pabellones pensados para sugestionar a los visitantes. En el vestíbulo, se proyectaba en circuito cerrado una película en la que un obrero explicaba los métodos del comunismo para la toma del poder: al principio prometían libertad, pero el resultado final eran un autoritarismo a ultranza y un claro empobrecimiento del pueblo. Se daba la señal de alarma sobre la preocupante posibilidad de que los comunistas tomaran el poder no ya utilizando la insurrección y la violencia, sino ganando unas elecciones. Sin embargo, las fotos de la exposición sugerían que se trataría de elecciones trucadas, en las que agentes armados controlarían a los electores, que sólo podrían elegir entre el sí y el no. Unos paneles con textos explicaban las leyes que se pondrían en marcha para someter a los medios de comunicación, y ofrecían la lista de los libros que se prohibirían.

De este pabellón visual se pasaba a otro sonoro, tras atravesar un pasillo en penumbra en el que sólo destacaban dos gigantescos ojos luminosos que miraban fijamente al visitante. Unos altavoces ocultos repetían sin parar: “¡Te vigilan constantemente! ¡Te vigilan constantemente! ¡Te vigilan constantemente!”. Al final del pasillo, hay un mapa de los campos de concentración que contiene una lista de los fútiles motivos por los cuales

uno puede ser deportado (llegar tarde al trabajo, por ejemplo) y reproduce una serie de sentencias contra los disidentes y los derechos de los trabajadores. Se subrayaba también que en los *gulags* (todavía no los llamaban así) los perros comían mejor que los internos.

En el “pabellón de los teléfonos”, bajo las fotos de algunos prófugos, había unos veinte teléfonos desde los que se podían escuchar terribles testimonios. Para entrar en el pabellón de la “Iglesia del Silencio”, había que atravesar una barrera de cadenas. En la oscuridad, otros altavoces emitían voces masculinas y femeninas que repetían ininterrumpidamente: “Podría también ocurrir en Italia”.

En el último pabellón, se podían leer frases de personalidades italianas contra el comunismo y una gigantesca inscripción aconsejaba: “Defiéndete con tu voto”. La exposición, al estilo de los museos animados anglosajones, acogía también una placa giratoria donde se exponían algunos objetos de uso común, de producción soviética, con el ticket de su precio y la explicación de la cantidad de horas de trabajo que un ciudadano soviético necesitaba para poderlos adquirir.

No faltó las polémica y *L’Unitá* dejó al descubierto que las fotografías de los “esclavos del comunismo” habían sido obtenidas en Roma. El diario comunista localizó también a las personas retratadas, descubriendo, por ejemplo, que al cura “prisionero de los rojos” le habían hecho la foto en la calle Lucchesi de Roma. *Il Popolo*, diario de la Democracia Cristiana, replicó refiriéndose a un “furibundo ataque” por parte de la “prensa bolchevique” (término en desuso, pero que al parecer seguían considerando eficaz).

Cincuenta años después, con ocasión de la campaña electoral de 2000, Silvio Berlusconi encargó una réplica en pequeño de la *Exposición del más allá*. Bautizó la exposición con el nombre de *El muro que en Italia no ha caído*, y se exhibió la misma en el barco electoral de Forza Italia *(Azul: el barco de la Libertad).* Grandes paneles exponían fotos en blanco y negro de gulags, redadas, persecuciones, niños mutilados, calaveras humanas, con títulos como “¿Cuántos inválidos? ¿Cuántas familias destrozadas?”. En otros carteles, aparecían los nombres escritos en cirílico de los dirigentes del ex PCI (el retrato de Walter Veltroni, por ejemplo, introducía la sección “La muerte como método de gobierno”).

Sin embargo, quienes han copiado a lo grande la dicha *Exposición del más allá* han sido algunos países ex socialistas de Europa oriental. En 2001, en Lituania, se abrieron las puertas del *Grutas Park*, subvencionado por el multimillonario Viliumas Malinauskas. Conocido enseguida como la *Disneylandia anticomunista,* este parque temático expone estatuas de Lenin y Stalin en un parque que acoge también la reconstrucción de un gulag y de una casa del pueblo al estilo soviético. Malinauskas pretendía además transportar a los visitantes al parque en carros de ganado, pero el Ministerio de Cultura le echó atrás el proyecto. El multimillonario lituano tiene ahora en proyecto transformar el parque en un *museo del genocidio de los Países bálticos,* en el que poder adoctrinar a los niños, aprovechando que ya hay escuelas que llevan a sus alumnos a visitar este *museo de los horrores* en clave política. Se puede por tanto afirmar que lo que tanto se imputaba a los comunistas, es decir, el adoctrinamiento de grandes y pequeños, lo intentan hacer ahora los nuevos ricos del postsocialismo, sólo que al revés.

En Budapest, en marzo de 2002, a pocos días de las elecciones húngaras, inauguraron la *Casa del terror*, un museo donde se exhiben conjuntamente los crímenes del nazismo y los del comunismo. En un palacio del centro que fue sede de la policía, repintado de gris para hacerlo parecer más lúgubre y en cuyo techo aparece escrita la palabra *Terror* entre la cruz flechada de los fascistas y la estrella roja de los comunistas, se puede ver una especie de reposición modernizada y tecnológica de la democristiana *Exposición del más allá*. En el patio, un tanque soviético apunta a los visitantes, flanqueado por fotos de 3.600 víctimas estampadas sobre una placa de metal. De la sala de la *Doble Invasión,* la soviética y la alemana (como podemos intuir, al período de la ocupación nazi le dedican escasa atención), se pasa a la sala *Gulag* que simula un vagón para deportados a Siberia. En los sótanos, se ven reconstrucciones de los calabozos de la policía secreta y una horca se yergue, amenazadora. Finalmente, la exposición termina con las imágenes de los *culpables*, que incluyen retratos de dirigentes del partido que aún viven. Todo ello mejorado con la ayuda de ordenadores y de efectos sonoros.

Esa misma equiparación entre cruz gamada y hoz y martillo se puede ver también en el *Museo de las ocupaciones,* inaugurado en julio de 2003 en Tallin, Estonia. Este colocar al mismo nivel a nazis y a soviéticos, esta comparación simplista entre el Tercer Reich y la Unión Soviética, sería algo de por sí muy discutible, pero de hecho no ocurre. Basta con visitar la web

del museo para comprobar, por ejemplo, que todas las galerías fotográficas hacen únicamente referencia a los años de la posguerra. Es decir, se trata, en definitiva, de una exposición dedicada al antisovietismo y que, en el más puro estilo revisionista actual, minimiza al máximo las responsabilidades nazis.

Finalmente, en 2004, Moscú también inauguró su propio museo, un palacio completo de cuatro pisos puesto a disposición por el Ayuntamiento y financiado por el Estado. Un patio con fotos de los desaparecidos en campos de trabajo y 3.000 metros cuadrados de escaparates dedicados a exhibir recuerdos del gulag, todo ello rodeado de alambre de púas. Antón Antonov-Ovseenko, director del museo, explica con toda claridad las intenciones ideológicas de la iniciativa: “El comunismo transformó a la Unión Soviética en un inmenso gulag, en el gran genocidio. El terror abarcaba a todos, y todos estaban condenados al miedo desde el nacimiento. El diseño de Lenin y Stalin no consistía simplemente en perseguir a los disidentes, sino básicamente en planificar limpiezas étnicas, exterminios en masa, deportaciones de fuerza de trabajo, aniquilaciones raciales... Durante demasiado tiempo, Occidente ha preferido cerrar los ojos ante esta realidad”[42].

Y, por supuesto, en esta era de internet en que nos encontramos, no podía faltar un museo virtual del anticomunismo. Se llama *The Cold War Museum* (“El museo de la Guerra Fría”), es norteamericano y se encuentra en la dirección www.coldwar.org.

Las biblias del anticomunismo

En la posguerra, el anticomunismo necesitaba de una especie de Biblia que recogiera los fundamentos de la hostilidad al comunismo, que, como hemos dicho, se identificaba con la Unión Soviética de Stalin. Tuvieron gran éxito dos obras de George Orwell: la primera, *Animal Farm* (“Rebelión en la granja” en su versión castellana), escrita en 1945, y en la que los cerdos alientan a los demás animales a rebelarse a los hombres, y crean un sistema de gobierno propio que acaba convirtiéndose en una tiranía brutal; la segunda y principal, *Nineteen Eighty-four* (*1984*), publicada en 1949, considerada un clásico de las antiutopías y en la que describe una sociedad del futuro gobernada por una despiadada dictadura,

un siempre presente y vigilante Gran Hermano, que apunta claramente a la Unión Soviética.

Lamentablemente para el buen nombre de Orwell, en junio de *2003 The Guardian* desveló una serie de informaciones que enturbiaban su figura. En ellas se desvelaba que, en 1949, Eric Arthur Blair, alias George Orwell, había enviado a los servicios secretos británicos una lista de 135 personas culpables según él de *criptocomunismo* o de ser *simpatizantes* del comunismo. El personaje más famoso de la lista (que todavía hoy es en parte secreta) es Charles Chaplin, pero en ella aparecen también Orson Welles, los escritores John Steinbeck, G. B. Shaw y J. B. Prestley, el actor Michael Redgrave, los historiadores E. H. Carr e Isaac Deutscher y varios otros periodistas y escritores. Por cierto que los defensores a ultranza de Orwell han justificado su delación diciendo que lo hizo por amor a una funcionaria del Foreign Office.

De todos modos, los libros de Orwell eran demasiado literarios para convertirse en textos de referencia de las campañas anticomunistas. De hecho, durante al menos unos veinte años, la verdadera Biblia del anticomunismo fue el libro *The God that failed* (“El fracaso de un ídolo” en su versión castellana) editada por Richard Crossman con textos de Arthur Koestler, Ignazio Silone, Richard Wright, André Gide, Louis Fischer y Stephen Spender[43].

Los ensayistas eran ilustres ex comunistas decepcionados por la experiencia soviética, y la obra, además de encontrar un amplio eco, introdujo la idea de que el comunismo había fracasado, aunque se propagó cuarenta años antes de la desaparición de la Unión Soviética. Por tanto, dado que, cuando se publicó la obra, el principal enemigo a combatir, la Unión Soviética, estaba todavía en plena vigencia, la operación ideológica que suponía esta recopilación de artículos anticomunistas logró mantener una cierta dignidad *combativa,* a pesar de los ataques que recibió por parte del histórico dirigente del PCI Palmiro Togliatti, entre otros.

En 1973, los anticomunistas sustituyeron como libro de mesilla *El fracaso de un ídolo,* perteneciente ya a una época lejana, por *Archipiélago Gulag* de Alexander Solzhenitsyn, quien definió el comunismo como una *ideología infame.* En favor de las tesis de Solzhenitsyn acudió también el hecho de que los soviéticos se vieran en la obligación de contrarrestar las

afirmaciones del escritor por medio de una gran campaña en su contra, en la que incluso colaboró su ex mujer.

Tras la caída de la Unión Soviética, el comunismo quedó prácticamente relegado, por lo que tener éxito con una obra anticomunista era mucho más sencillo: había menos controversia y, sobre todo, mucho menor competencia. La última biblia del anticomunismo, el *Livre noir du communisme* ("El libro negro del comunismo")[44], editado por el ex maoísta Stéphane Courtois, se pudo aprovechar, desde su aparición en noviembre de 1997, de una hegemonía indiscutible en las tesis anticomunistas. En los tiempos de Gide, Koestler y los otros cuatro ensayistas de *El fracaso de un ídolo*, la Guerra Fría estaba en su punto álgido. Las obras de Solzhenitsyn se publicaron en un momento de fuerte antagonismo entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Por contra, cuando, en 1997, los autores de esta nueva Biblia anticomunista editaron su libro, la coyuntura hizo posible defender cosas que, en 1950, los seis autores de *El fracaso de un ídolo* no se habrían atrevido a defender, ni tan siquiera seguramente el propio Solzhenitsyn unos cuantos años después; como, por ejemplo, equiparar comunismo y nazismo.

Escrito por una serie de autores coordinados por Courtois, que fue quien vehiculizó en los medios el mensaje político de la operación editorial, el *Libro negro del comunismo*, gracias a una intensa campaña de promoción, ha vendido centenares de miles de copias en los Estados francés y español, y también en Italia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. Más que un libro de historia parece una unilateral requisitoria de un enjuiciamiento que, por un lado, reduce el comunismo a su puesta en práctica en los países socialistas y en la Unión Soviética, y, por otro, limita su desarrollo histórico en los países socialistas y en la Unión Soviética al autoritarismo y a la represión. Se trata además de un juicio sin abogados defensores, puesto que hasta los comunistas supervivientes prefieren a menudo renunciar a polemizar con estos radicales liquidadores de la experiencia soviética, para evitar que les marginen aún más. Y, por si esto fuera poco, la posible controversia queda con frecuencia diluida en la pura y simple condena del estalinismo[45].

El *Libro negro del comunismo* se basó en las tesis de Richard Pipes, profesor de Harvard, que, durante los años de la Guerra Fría, redactó diversos materiales contra el comunismo, hasta que entró a formar parte del equipo del presidente Reagan. Sus tesis las ha resumido en un texto de

reciente publicación, *Communism: a Brief History*[46], en el que se complace en redactar la *esquela* de su antiguo adversario. Pipes conecta anticomunismo con antiilustración, y pone en tela de juicio el concepto de igualdad. El historiador parte de una defensa absoluta de la propiedad privada ("El hombre es lo que tiene"), que ponen en peligro quienes promueven la igualdad ("La objeción principal al comunismo es precisamente su defensa de la igualdad, puesto que la realización de ésta conduce inevitablemente a la desigualdad"). Según esto, el comunismo (que Pipes identifica lógicamente con los Estados socialistas de modelo soviético) no ha caído por culpa de sus propios errores, sino por su propia naturaleza: "El comunismo no ha sido una buena idea que ha fracasado: ha sido una mala idea".

La operación política del *Libro negro* va en un sentido similar. Stalin no era el único criminal; Lenin también lo era. Es más, los gulags surgieron con Lenin, y su sucesor se limitó a perfeccionarlos. Más aún: el comunismo es criminal por naturaleza. Por lo tanto, su propia génesis es criminal, lo que implica la liquidación del marxismo en su totalidad, incluido su fundador Karl Marx. Los más extremistas, como Pipes, van aún más allá y llegan a denunciar a la Ilustración y a la Revolución Francesa "jacobina" como fuente de todos los males.

En su macabra contabilidad, el *Libro negro* calcula entre 85 y 100 millones las víctimas del comunismo, de las que cuales sólo 20 millones corresponden a la Unión Soviética. Estos cálculos de Courtois los corroboró Alexander Yakovlev, ex dirigente del PCUS y rápidamente convertido al anticomunismo en 1991 (Boris Yeltsin le nombró presidente de la Comisión de Rehabilitación de las Víctimas de la represión soviética). En efecto, este ideólogo de la *glasnost* afirmó en 2003 que el *terror rojo* soviético había causado entre 20 y 25 millones de víctimas, a pesar de que reconocía que no existía documentación fiable. Solzhenitsyn superó ampliamente las cifras de Courtois y de Yakovlev, al afirmar que habían sido 60 los millones de muertos en la Unión Soviética, incluidos los fallecidos durante los períodos de escasez.

Este recuento de las víctimas tiene en realidad un objetivo fundamental: reevaluar los horrores del nazismo y colocar al comunismo en el primer puesto de la crueldad del siglo XX. En este sentido, el historiador húngaro Frangois Fejtó pedirá que Stalin sea considerado "el mayor criminal del

siglo”[47], mientras que Richard Pipes, jugando al alza, definirá a Stalin como “el mayor criminal de la humanidad”[48].

Ante semejantes colecciones de infamias del comunismo, era inevitable que se terminara pidiendo un nuevo Proceso de Nüremberg, pero esta vez contra los comunistas. Esta reivindicación recibió inmediatamente el aplauso de los neofascistas, como modo de “liquidar” definitivamente las cuentas pendientes del nazismo y de sus cómplices. En el mes de agosto de 1997, el periodista francés de extrema derecha Martin Peltier declaraba: “Después de Nüremberg, ha quedado un único excluido, un único demonizado: el nazismo, y, por extensión, el fascismo y el racismo, y también toda ideología que defienda la Nación. Si Le Pen está fuera de juego es debido a que todavía no se ha procesado al comunismo (...). Hay que terminar con esta mentira histórica que ha creado un único demonio (...). Para liberar por fin al sistema político francés, para liberar a los espíritus, para liberar a los franceses, hay que denunciar y repetir que el comunismo es la más mortífera máquina de muerte y de esclavitud”[49].

En junio de 1999, en una sala gentilmente ofrecida por Confindustria (Confederación General de la Industria Italiana), tuvo lugar en Roma un encuentro internacional bajo el título amenazante de *Sumario preliminar del Juicio al Comunismo mundial*, promovido por la Fundación Europe-Liberté. Los “testigos de la acusación” eran un verdadero ejemplo de imparcialidad: de Stéphane Courtois a Giulio Andreotti, pasando por el profesor Lee Edwards, ex jefe del tristemente célebre American Council for World Freedom (ACWF), rama de la Liga mundial anticomunista de la que nos hemos ocupado anteriormente, y ligado a la John Birch Society, conocido grupo de extrema derecha, abiertamente filofascista.

Los comunistas, peor que los nazis: el revisionismo histórico

El *Libro negro* se configura, por tanto, como lo más extremo del llamado revisionismo histórico, que a menudo ha funcionado como una variante más refinada del *negacionismo*, comúnmente utilizado por las derechas para quitar a Hitler la etiqueta de antisemita y racista. Si los comunistas son los únicos y auténticos criminales, quedan perfectamente justificados todas las actuaciones también ilegales que Occidente ha emprendido en su contra. Si, como afirma la versión anticomunista, los comunistas eran unos auténticos

monstruos sedientos de sangre, en ese caso no cabe dudar de la licitud de todas las conductas y todas las acciones violentas o represivas ejercidas contra ellos. Una vez emprendida esta cuesta abajo ideológica, la rehabilitación del nazifascismo parece inevitable. De este modo, quienes llevan décadas intentando quitar legitimidad al antifascismo, encuentran en esta nueva hegemonía anticomunista la ocasión para afirmar que el anticomunismo es piedra angular de las democracias europeas y occidentales.

Con *La guerra civil europea (1917-1945). Nacionalismo y bolchevismo*[50], Ernst Nolte planteó una tesis que tendría numerosos seguidores: el nazismo ha sido una "respuesta al comunismo soviético", del que ha reproducido muchos elementos, aunque invirtiendo sus signos. Por ello, entre los numerosos errores de los comunistas hay también que incluir el de estar en el origen del nazifascismo y haberle proporcionado un modelo a imitar. Según Nolte, 1917 es el año que marca el comienzo de la guerra civil mundial. La llegada al poder de Hitler la causó la expansión del comunismo, y, siempre en opinión de Nolte, el nazismo es "una forma extrema de nacionalismo defensivo, una forma extrema de antibolcheviquismo... un anticomunismo que ha tomado prestado del adversario sus formas y sus métodos, a partir de sus propios medios terroristas".

En la misma onda se mueve François Furet. En *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*[51], este historiador francés elabora un análisis comparado de fascismo y comunismo, y defiende que entre ambos existe "una mutua dependencia", que son dos experiencias políticas que se relacionan, se realimentan y se modifican recíprocamente. Basándose en conceptos como "exterminio biológico" (nazi) y "exterminio social" (comunista), Furet concluye que los dos grandes enemigos del siglo XX son en realidad especulares: Lenin y Mussolini no son sino las dos caras de la misma moneda. El comunismo, además, se ha aprovechado de la caída del fascismo, sobreviviéndole y haciendo del antifascismo su característica fundamental. Es lo que siempre ha afirmado Giorgio Almirante, fundador del mayor partido neofascista italiano, el MSI (Movimento Sociale Italiano).

Por cierto que Italia también contribuye a esta equiparación entre comunismo y nazifascismo. Ahí tenemos, por ejemplo, *L'utopia*

reazionaria (“La utopía reaccionaria”) de Paolo Bellinazzi[52], en donde intenta hacer una historia comparada de la filosofía comunista y de la nacionalsocialista para demostrar que se trata de “movimientos retrógrados que buscan una vuelta atrás”, entregando el poder a restringidas oligarquías. Retoma así Bellinazzi la teoría del anticomunismo tradicionalista, según la cual Lenin es una prolongación del jacobinismo: tanto el comunismo como el nazismo son enemigos de la Ilustración, inspirados por Rousseau y por los enemigos del individualismo burgués.

De acuerdo con las tesis de Nolte y Furet se muestra también el teórico de la *nueva derecha* Alain De Benoist, con su amplio artículo *Nazismo e comunismo: una comparazione possibile?* (“Nazismo y comunismo: ¿Una comparación posible?”)[53]. Tras contestar positivamente a la cuestión de si los dos regímenes son comparables. De Benoist pasa luego a demostrar que la *unicidad* del genocidio de los judíos “es, de hecho, una argumentación metafísica” y que es necesario protegerse del “antifascismo póstumo, anacrónico o residual”.

En esta carrera de demonización del comunismo, se apuntan al método comparativo una serie de discípulos dotados de una fantasía desbordada: los comunistas ya no son únicamente los equivalentes de los nazis, sino que además son sus cómplices. Nada más salir a la calle el libro de Thierry Wolton sobre este tema[54], “Le Fígaro magazine” le dedica dos amplias páginas bajo el expresivo título de *Comment Staline a aidé Hitler á faire la guerre* (“Cómo Stalin ayudó a Hitler a hacer la guerra”): además de dar origen al nazifascismo, el comunismo es corresponsable del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de sus múltiples variantes, el revisionismo anticomunista tiene una serie de características comunes:

- el fascismo y el nazismo surgieron como respuesta al peligro comunista, por lo que cumplieron una función *defensiva*;
- el término *genocidio*, que en el imaginario moderno nos evoca el exterminio de los judíos y nos recuerda unos horrores sin comparación posible, puede ser perfectamente aplicado al comunismo;
- las víctimas provocadas por el comunismo son numéricamente muy superiores a las que causó el nazifascismo, por lo que el verdadero monstruo del siglo XX no es Hitler sino Stalin.

Estos tres axiomas se basan en unas tesis bastante discutibles. En primer lugar, se utiliza impropiamente el término genocidio para referirse a las víctimas del comunismo soviético gracias a un juego de palabras: el genocidio de los nazis habría sido un genocidio racista, mientras que el de los comunistas habría sido clasista. De este modo, se consigue atenuar la responsabilidad nazi por la persecución y muerte de centenares de miles de personas únicamente por su origen étnico, crimen éste sin parangón en Europa y que no es comparable a las víctimas del estalinismo.

El concepto de totalitarismo se emplea de forma arbitraria. Fue Hannah Arendt quien primero lo utilizó, y lo hizo para referirse tanto al régimen hitleriano como al régimen estalinista. Sin embargo, los revisionistas omiten el hecho de que Arendt nunca afirmó que el comunismo como tal fuera totalitario. Y omiten asimismo, lo cual es fundamental, que el término *totalitario* no pertenece al lenguaje de los marxistas y los comunistas, mientras que sí que era utilizado con orgullo por el fascismo (Mussolini, por ejemplo, declaraba el 5 de enero de 1925: “Cumpliré mi feroz voluntad totalitaria con una ferocidad incluso mayor”).

No es éste el lugar más apropiado para impugnar las tesis revisionistas. Sin embargo, conviene recordar que son numerosas las argumentaciones bien razonadas que dejan claro que las ideas, los valores y los sistemas económicos del régimen soviético y del régimen nazi son completamente distintos y antitéticos. De hecho, son bastante más numerosas las diferencias (radicales muchas de ellas) que las analogías (el nazismo era antiigualitario, por ejemplo, y el comunismo no). Además, siguiendo este método comparativo, podríamos también invertir el discurso y llegar a conclusiones embarazosas para los anticomunistas. Quedarían, por ejemplo, al descubierto las semejanzas entre nazismo y democracias parlamentarias occidentales. Ambos regímenes, en efecto, se fundamentan, desde el punto de vista económico, en el capitalismo y, desde una perspectiva cultural, en el anticomunismo. El totalitarismo nazifascista no se opuso a la libre empresa; es más, los grandes grupos industriales financiaron y apoyaron los movimientos de Hitler y Mussolini desde sus comienzos, y sus negocios prosperaron durante los regímenes alemán e italiano. La Iglesia católica firmó concordatos con Hitler y Mussolini, y no ha excomulgó a ninguno de los dos. Y podíamos seguir dando ejemplos y más ejemplos... Sin embargo, ocurre que la interpretación dominante del nazismo es relacionarlo con la *locura*, con lo que consiguen ocultar sus orígenes económicos y sus

relaciones con la empresa capitalista (en la que supuestamente se basa el concepto de libertad en Occidente). Quizá, si se profundizara un poco seriamente en esas relaciones, se descubrirían bastantes más similitudes entre la maquinaria autoritaria del nazismo y nuestras sociedades de democracia parlamentaria (sobre todo las actuales, teniendo en cuenta que nos encontramos en una fase de neoimperialismo norteamericano) de las que pudieran existir entre el Tercer Reich y la Unión Soviética.

Incluso admitiendo una descripción de la Unión Soviética en la que esa experiencia de setenta largos años queda reducida a una terrible pesadilla, sin diferencias entre sus distintas fases (Lenin, la NEP o Nueva Política Económica, el estalinismo, el kruschevismo, el breznevismo, la perestroika), se pueden lanzar algunas preguntas a los anticomunistas.

La Historia no se construye con los “sí, pero... ¿y si...?. Pero, preguntémonos: ¿en qué se habría transformado la Unión Soviética si las potencias occidentales no hubieran puesto todos los medios a su disposición para combatir la Revolución en cuanto ésta se produjo? ¿Qué desarrollo habrían tenido las experiencias de los Estados socialistas si no hubieran tenido que enfrentarse a “cordones sanitarios”, embargos y sabotajes? ¿Qué otros modelos de socialismo habrían nacido, en América del Sur por ejemplo, si no hubieran reprimido a sangre y fuego cualquier forma de oposición? ¿Qué experiencia original habría sido la de una Italia en cuyo Gobierno hubiera podido participar el PCI?

Capítulo quinto

EL ANTICOMUNISMO EN ITALIA

El anticomunismo ha condicionado gravemente la vida política italiana, con todos los medios, legales algunos, ilegales la mayoría. Estos últimos años han salido a la luz incuestionables documentos sobre el papel de la OTAN y de la CIA para *impedir* elecciones democráticas autónomas en los países europeos: a las ayudas económicas ocultas a los partidos centristas y derechistas, hay que añadirle la organización de grupos militares clandestinos, no sólo para evitar el acceso al poder de los comunistas, sino también para contener el avance de los propios socialistas, tanto en Italia como en Europa[55]. Hay quien ha bautizado el caso italiano con el nombre de *democracia bloqueada*, pero quizá sería mejor definirlo con el de *democracia imposibilitada.*

Italia era considerada país fronterizo *(de la línea del frente)*, próximo a la frontera oriental, en el que, además, se había desarrollado el mayor partido comunista de Occidente, el PCI, protagonista principal de la liberación de su país del fascismo y en la redacción de la Constitución, y que, por lo tanto, Estados Unidos había repudiado por considerarlo *quinta columna* soviética. La preocupación principal, para mantener el país en el campo occidental, era la de "estabilizar el sistema", recurriendo a cualquier medio, aunque éste fuera ilegal: financiaciones secretas a partidos y medios de difusión, operaciones clandestinas de *inteligencia*, organización de bandas armadas y apoyo oculto a grupos terroristas y golpistas.

En Italia, por tanto, interaccionaron una pluralidad de redes clandestinas y de poderes ocultos, entre los que se encontraban empresarios, supervivientes de Saló (la república fascista implantada en el norte de Italia [1943-45], sometida al ejército alemán y al sector más reaccionario del fascismo), extremistas de derechas, masones, contrabandistas, jefes mafiosos, agentes de los servicios de inteligencia, periodistas, senadores, curas, oficiales de los *carabinieri* y del ejército.

1947-1948: la ruptura de la unidad antifascista

Al finalizar la guerra, el PCI tuvo presencia en los primeros Gobiernos de la República, lo que desagradó extremadamente a Washington. Los pasos previos al *viraje* anticomunista empezaron en otoño de 1946, por medio de campañas propagandísticas; la primera, en torno al llamado *tesoro u oro de Dongo* (es decir, el incalculable tesoro que Mussolini supuestamente llevaba en su huida hacia Suiza y que incautaron los partisanos comunistas); la segunda, en relación con la presunta existencia de una organización clandestina filosoviética, paramilitar y armada, a la que se añadiría enseguida la polémica sobre los *fondos de Moscú* de los que supuestamente disfrutaba el PCI, y otra con respecto a "los presos italianos en Rusia". Éstos fueron los caballos de batalla del anticomunismo italiano, que, por cierto, resucitarían medio siglo más tarde. Su objetivo era deslegitimar todo aquello que tuviera relación con la Resistencia y, de paso, lanzar guiños de complicidad a los nostálgicos fascistas, que de hecho aprovechaban la coyuntura para reaparecer en apoyo de esas campañas.

El 5 de enero de 1947, el primer ministro italiano Alcide De Gasperi viajó a Washington a bordo de un avión del ejército norteamericano. Se reunió con el presidente Truman, y en la catedral de San Patricio de Nueva York escuchó a un prelado denunciar el "comunismo ateo con su puño mortal". Tras volver de Estados Unidos, De Gasperi dimitió, y la crisis de mayo 1947 trajo consigo el *desalojo* de los comunistas del Gobierno (desalojo que se prolongaría hasta la disolución del partido, medio siglo más tarde) y el primer Gobierno monocolor de la Democracia Cristiana.

Esos acontecimientos de 1947 hacían presagiar ya el enfrentamiento del año siguiente, en el que se celebrarían las elecciones políticas bajo el lema del choque frontal entre la izquierda y el centro derecha. El ministro del Interior Mario Scelba prohibió las asambleas en las fábricas, declaró ilegal la utilización de altavoces en las fábricas e incluso intervino en la radio afirmando que el PCI no había "desechado de su programa la conquista violenta del poder y la instauración de una dictadura totalitaria de tipo fascista". En resumen, el antiguo aliado de la Democracia Cristiana, cuya contribución había sido decisiva a la hora de derrotar al fascismo, se veía ahora equiparado con los que poco antes habían sido sus enemigos. Como era de esperar, los fascistas reanudaron los ataques contra las sedes del PCI en el norte y en el sur del país. Sería precisamente en el sur donde mayor éxito alcanzaría esta gran operación anticomunista, asestando un golpe casi mortal a las izquierdas que, sin embargo, habían ganado por medio de un

amplio consenso (en las elecciones regionales el triunfo había sido para el Blocco del popolo [Frente Popular]). La importante revista *Civiltá cattolica*, en su número de abril de 1947, arremetió contra la CGL (Confederación General del Trabajo), sindicato "que defiende los principios y el espíritu de la nefasta ideología marxista". Poco después, se produciría la escisión del sindicato y surgiría la CISL (Confederación Italiana de Sindicatos de Trabajadores), apéndice de la DC y marcadamente anticomunista (hasta el punto de provocar una escisión en el Partido Socialista, que pierde a parte de su ala derecha).

Las elecciones del 18 de abril de 1948 se desarrollaron en un clima muy tenso. Estados Unidos e incluso el Vaticano (siguiendo órdenes de Washington) inyectaron secretamente ingentes cantidades de dinero a la Democracia Cristiana. Como escribía John Comwell:

"Los fondos procedían de la venta de excedentes de material bélico americano, que Washington enviaba al Vaticano para que los invirtiera en actividades anticomunistas. Tras la victoria de los democristianos, el cardenal Francis Spellman de New York informó al papa de que el Gobierno norteamericano había entregado bajo manga 'grandes sumas de dinero negro a la Iglesia católica italiana'"[56].

El Plan Marshall entró en vigor el 5 de abril de 1948, a escasas dos semanas de las elecciones, y la Democracia Cristiana contó con el decisivo apoyo de los Comités cívicos de Luigi Gedda, que, con la bendición del Vaticano y de la CIA, puso en marcha a 18.000 de esas organizaciones laicales parapolíticas y movilizó a 300.000 activistas para conseguir hacer votar a todos los electores anticomunistas. Las arengas radiofónicas del padre Lombardi, apodado "el micrófono de Dios", también tuvieron su influencia en la *movilización* anticomunista que llevó al triunfo a la Democracia Cristiana. Tal era el clima de creciente alarmismo anticomunista (acrecentado por el ministro Scelba con su supuesto descubrimiento de un misterioso "Plan K" de los comunistas para la toma del poder), que el propio Giuseppe Dossetti (líder de la corriente de izquierda católica en el seno de la Democracia Cristiana) se consideró en la obligación de alertar sobre los peligros de un anticomunismo *enloquecido*. Finalmente, esta tremenda movilización del mundo católico contra el comunismo produjo sus efectos, logrando la derrota del frente popular

socialcomunista. Se anunciaba así la que sería característica inequívoca de la década de los cincuenta: un asfixiante anticomunismo de Estado.

Los años cincuenta

En la Italia de los años cincuenta, el enfrentamiento entre comunistas y anticomunistas tuvo su reflejo afable e incluso sarcástico en aspectos de la vida del común de las gentes. Los italianos se dividieron entre defensores de Peppone (alcalde comunista) y seguidores de Don Camillo (cura de pueblo), los famosos personajes cinematográficos creados por Giovannino Guareschi que simbolizaban el conflicto entre las dos culturas encontradas. Hasta en el *Giro* se reflejaba esa pugna: los católicos apoyaban a Gino Bartali (miembro de la Acción Católica), mientras que los aficionados de izquierdas eran hinchas de su más directo rival, Fausto Coppi, que jamás ocultó su izquierdismo.

Sin embargo, el enfrentamiento en la vida real fue duro e incluso sangriento. Scelba reprimió con dureza las protestas políticas y sindicales, policías y *carabinieri* dispararon en varias ocasiones contra la multitud, causando víctimas. La confrontación fue tan extrema que se estuvo a punto de disolver el Partido Comunista.

En 1954, el Departamento de Estado estadounidense, con la aprobación del presidente Eisenhower, preparó un plan para la ilegalización del PCI y la detención de su presidente Togliatti[57]. Sería la CIA quien detuviera el proyecto, preocupada por las repercusiones que una decisión de este calado podría traer consigo. Ese mismo año, el propio Scelba paralizó otra iniciativa en el mismo sentido. En 1998, el historiador Mario del Pero encontró en el National Archives de Washington unos documentos desclasificados; muy en particular el acta de un encuentro de 1954 entre dos funcionarios del Ministerio del Interior italiano y un agente de los G2, servicios de inteligencia del ejército norteamericano. Los dos funcionarios explicaban que en el Viminale, sede del Ministerio, tenían preparado un plan para ilegalizar al PCI y detener a sus líderes. El expediente era extraño: habrían tenido que aplicar una ley de la época fascista sobre “delitos contra el Estado” al comportamiento de los diputados comunistas durante el debate sobre la Comunidad Europea de Defensa. “Trastornar la actividad legislativa” podía suponer condenas de hasta treinta años de cárcel, pero los

dos funcionarios explicaban que era preferible desterrar a los comunistas a las islas de Lipari y Ponza. Conseguirían así neutralizar a toda la dirección del PCI. El Departamento de Estado, en la persona de Robert Murphy, encargó a la embajadora Claire Boothe Luce que se entrevistara con el ministro Scelba para garantizar el apoyo estadounidense “a una serie de actuaciones enérgicas contra el Partido Comunista de Italia”. Sin embargo, Scelba temía las consecuencias sociales que una acción de este tipo podría acarrear y rechazó el plan.

Si durante aquellos años alguien destacó por su implacable anticomunismo fue precisamente la embajadora norteamericana en Italia, Clare Boothe Luce, quien ocupó su cargo en Roma en 1953. Haciendo caso omiso de la necesaria prudencia diplomática, tomó parte activa en la vida política italiana, intentando importar el macartismo y oponiéndose incansablemente a cualquier posibilidad de formación de un Gobierno de centro izquierda. Multimillonaria, elegante y juerguista, fue la precursora de las actuales fiestas *vip*, con sus recepciones en el renacentista Palazzo Taverna. En su calidad de ferviente católica, puso sus esperanzas en Pío XII para vencer al comunismo en Italia, aunque éste no estaba del todo de acuerdo con su extremismo. Obsesionada por el peligro rojo, dejó Italia convencida de que el país había estado a punto de caer en manos de los comunistas[58].

En los años cincuenta, si algo caracterizaba a la Democracia Cristiana era su anticomunismo, del que también participaban sus corrientes de izquierda (como reflejaba, por ejemplo, el semanario *Iniziativa democrática)*. Si el McCarthy italiano fue sin lugar a dudas Mario Scelba, a los Comités cívicos de Gedda les correspondió movilizar el voto anticomunista, mientras que, en el campo, el activismo contra el *monstruo* comunista quedó en manos del poderoso Paolo Bonomi, presidente de 1944 a 1980 de Coldiretti, la importante organización nacional de agricultores.

El anticomunismo y el miedo a la secularización eran los dos elementos básicos de consolidación del voto católico. Como explica Marco Follini, el anticomunismo fue el eje de la política y del éxito de la Democracia Cristiana, y sirvió para mantener unido al partido, a pesar de la permanente lucha entre corrientes que a menudo lo amenazaba con la escisión. Los democristianos no le hacían asco a llegar a acuerdos parlamentarios con el PCI, pero, por lo que respecta a la propaganda, sobre todo en vísperas

electorales, los comunistas eran siempre el enemigo que había que demonizar[59].

Gladiadores contra el comunismo

Gracias a la desclasificación de documentos secretos, ha salido recientemente a la luz el llamado Plan X, preparado por Estados Unidos en diciembre de 1947. El plan contemplaba proporcionar material bélico a la Democracia Cristiana, así como subvencionar y armar a los movimientos anticomunistas y fascistas para que realizaran misiones de sabotaje y guerrilla, y cometieran atentados que posteriormente se atribuirían al Frente Popular. El ministro de Defensa Pacciardi consiguió que las armas llegaran antes de las elecciones, armas que se sumaron a las que los democristianos conservaban de los tiempos de la Resistencia. El senador democristiano Paolo Emilio Taviani[60] y otros representantes católicos de esa época han declarado repetidas veces que los partisanos del grupo democristiano *Volontari della liberta* conservaron las armas hasta las elecciones de 1948 (es más, las entregaron a la policía, por indicación de la dirección democristiana, sólo algunos meses después de las elecciones del 18 de abril).

Sin embargo, esta estrategia de la tensión para entorpecer la actividad de los comunistas también con las armas siguió adelante. En agosto de 1950, el ministro Scelba propuso a Edgardo Sogno que organizara fuerzas paramilitares para apoyar a las fuerzas del orden en caso de movimientos insurreccionales, enfrentamientos políticos, huelgas, etc. Entre los objetivos de dichos *colaboradores* de la policía, los *carabinieri* y el ejército, se incluían la sustitución de cuadros administrativos, políticos y militares poco fiables, la vigilancia permanente de los comunistas con la recogida y transmisión de las correspondientes informaciones, y la propaganda anticomunista. Sogno afirmó que, por aquella época, Scelba le propuso nombrarle gobernador de Florencia para desde allí dirigir una red clandestina de guerrilla anticomunista.

El 26 de noviembre de 1956, el servicio secreto SIFAR (Servizio Informazioni Forze Armate) y sus colegas norteamericanos pusieron en marcha, bajo el nombre de Operación Gladio, un *Stay-Behind*, es decir, una red clandestina de espionaje, desestabilización e injerencia. que tenía como

objetivo prepararse ante una eventual invasión soviética, pero que, “de paso”, actuaba como agencia paralela de espionaje y provocación. En 1959, la CIA envió a la estructura Gladio una partida de armas y explosivos para que los pusiera a buen recaudo. Este material sería descubierto en los años setenta.

Además de funcionar como guerrilla en caso de enfrentamiento armado con la Unión Soviética, la trama Gladio tenía que realizar labores de contrapropaganda, agitación y sabotaje. En la sentencia de absolución de los responsables de Gladio se puede leer: “En documentos posteriores a 1956, se hace referencia a una posible utilización de la Estructura también en caso de ‘disturbios internos’. Tal expresión aparece en las Actas de las reuniones de los días 26-28 de octubre de 1958 entre representantes italianos y representantes americanos, cuando se informa de que el representante italiano, al describir las tareas de Stella Alpina, agrupación sucesora de la disuelta Organización ‘O’, las define como sigue: ‘a) en tiempos de paz: control y neutralización de las actividades comunistas’”[61].

Labor de los Gladiadores era, por tanto, “controlar y neutralizar” las actividades comunistas, incluso en ausencia de guerra con la Unión Soviética.

En 1972, Gladio recuperó la importancia, como revelan algunos documentos del servicio secreto SID (Servizio Informazioni Difesa): “Ese año, la CIA impuso y financió una revitalización de la estructura. Los hombres de Langley (sede de la CIA) recordaron a los agentes de Vito Miceli (director del SID) que, en tiempos de paz, los gladiadores debían dedicarse muy especialmente a realizar actividades informativas y a seguir los movimientos del enemigo interior. No cabe duda de que el enemigo interior eran los comunistas y las nuevas izquierdas”[62].

Las actividades de los Gladiadores se mantuvieron hasta 1979, por lo menos: en mayo de 1991, la fiscalía de Roma entregó a la *Commissione Stragi* (Comisión de Sabotajes) un informe de treinta páginas, fechado en 1979, y firmado por el *gladiador* Antonino Melis para el departamento R (del que dependía Gladio), que contenía numerosas fichas de periodistas, sindicalistas, miembros de partidos (incluido el entonces presidente Francesco Cossiga), etc. En el punto de mira estaban claramente el PCI, la CGIL (Confederazione Generale Italiana del Lavoro), los *profesores agit-prop* (que supuestamente realizaban labores de agitación y propaganda de

izquierda desde las aulas), el *sector intelectual*, etc., responsables todos ellos, según el dossier, de bombardear con un *incesante adoctrinamiento ideológico* y de estar imbuidos de una *conciencia roja*.

De todos modos, al parecer Gladio no ha sido el único grupo clandestino anticomunista relacionado con los servicios secretos. En noviembre de 2000, se descubrió la existencia de otra estructura paralela con sede en Milán, compuesta por 164 personas y creada al finalizar la guerra a partir del propio servicio de inteligencia de Mussolini. Esta trama, que no fue disuelta hasta 1990, era algo así como un SID paralelo, una organización sin nombre, definida en la documentación como "el conocido servicio", y que disponía de dinero y armas, ocultas en un cuartel de *carabinieri*. En un documento reservado del 4 de abril de 1972, se puede leer cuáles eran sus objetivos: "Tarea del servicio fue siempre obstaculizar el avance de las izquierdas e impedir una modificación sustancial de la situación política italiana" y "poner los medios para que el PSI se orientase hacia posiciones de claro anticomunismo". La estructura habría proyectado y a veces realizado atentados y secuestros de personas, representantes de la izquierda socialista y democristiana demasiado cercanos al PCI.

La existencia de Gladio no salió a la luz pública hasta 1990, y todavía son muchos los detalles que se desconocen sobre su papel en los sucesos más sombríos de la historia de la República.

Los intentos golpistas

Roma, mayo de 1965. En el hotel *Parco dei Principi* tiene lugar un congreso sobre la *guerra revolucionaria*, promovido por el Instituto de Estudios Históricos y Militares Alberto Pollio, y con la participación de empresarios, periodistas y militares[63]. Muchos consideran que fue precisamente durante la celebración de este congreso cuando se preparó la *estrategia de la tensión* y se admitió la legitimidad de recurrir al golpe de Estado para detener el progreso del comunismo.

El informe introductorio, realizado por Enrico De Boccard, superviviente de la República de Salo (el Estado creado por Mussolini en el norte de Italia), concluía con las siguientes palabras: "Cualquier violación consumada por los comunistas en el marco de su guerra revolucionaria como, por ejemplo, entrar a formar parte de una nueva mayoría,

aprovechando alguna situación de debilidad del Gobierno de un país, o, peor aún, lograr algún puesto en un gabinete ministerial, por secundario que sea éste... constituiría un acto de agresión contra el *espacio político* vital del Estado de tal gravedad que requeriría una respuesta inmediata contra ellos dentro de un plan de *defensa total.* Es decir, una intervención directa firme y determinante de las fuerzas armadas del país en cuestión. Lo contrario implicaría que esas fuerzas armadas renuncian, en la práctica, a su más sagrado deber: custodiar, del modo más eficaz y con la más extrema pero también la más eficaz de las razones, la independencia y la libertad de su nación".

De Boccard proponía la puesta en práctica del *terrorismo preventivo* contra el comunismo, además de la utilización de la tortura y el golpe de Estado, que llevarían a cabo el ejército y las milicias civiles. Esta misma obsesión paranoica con los *rojos* se trasluce en el informe de Pino Rauti (*La táctica de la penetración comunista en Italia*), conocido representante del partido neofascista MSI (Movimiento Social Italiano) y fundador de Ordine Nuovo: "La dificultad actual para combatir el comunismo en Italia tiene básicamente que ver con el hecho de que los comunistas no están a la vista. Su omnipresencia es comparable con su invisibilidad. Podéis ir a los barrios más *rojos* de Roma; podéis ir a las zonas más rojas y subversivas de Toscana y Emilia, en las que los comunistas llevan muchos años consiguiendo la mayoría absoluta (60-70% de los votos); podéis visitar Sesto S. Giovanni, conocida como la *Stalingrado italiana*; podéis viajar a zonas agrícolas de Apulia o de Molise (en las que es palmario que los comunistas controlan la situación)... pero jamás veréis a nadie portando una insignia comunista en el ojal. Esto lo digo para evidenciar que los comunistas pretenden conquistar el Estado a través de la conquista del poder". Rauti continuaba su informe explicando que los comunistas son insidiosos porque han optado por "infiltrarse en el corazón mismo del Estado, renunciando a recurrir a la violencia". Son pues peligrosos *per se*, incluso aunque no hagan nada ilegal; y lo son por la "minuciosidad con la que desarrollan su acción política".

En el congreso, se habló también sobre con quién convenía aliarse para impedir el acceso del PCI a cualquier sector del Gobierno: los tradicionalistas católicos más extremos, y, sobre todo, los militares. Las intervenciones de Fausto Gianfranceschi y Alfredo Cattabiani se centraron en la necesidad de unir paganismo nazifascista y catolicismo integrista.

Guido Giannettini, periodista fascista relacionado con los servicios secretos, presentó también una ponencia titulada *Variedad de técnicas en la dirección de la guerra revolucionaria*. En 1996, Giannettini y Rauti publicaron *Le mani rosse sulle forze armate*, texto clave para preparar un clima golpista en Italia.

Los militares seguían centrando la atención de la derecha subversiva. Esta llevaba tiempo reclamando un ejército profesional, por entender que sería más fácilmente manipulable. Rauti resumía el porqué de esta preferencia: "Es preferible que los militares tomen el poder, si se trata de evitar que lo hagan los comunistas"[64]. En una carta escrita en 1972, Lucio Gelli, agente de la Italia fascista y de la CIA, y uno de los operadores anticomunistas más conspicuos de la Guerra Fría, se expresaba en parecidos términos: "Es preferible que gobiernen los militares a que el PCI entre en el Gobierno."

De las palabras se pasó a los hechos, como demuestra el descubrimiento de tres proyectos de golpe de Estado para impedir un desplazamiento a la izquierda del marco político: el Plan Solo de 1964. el intento de golpe de Junio Valerio Borghese de 1970 y el proyecto de golpe de Edgardo Sogno de 1974.

La primera intentona golpista corrió a cargo del general Giovanni De Lorenzo, comandante de los *carabinieri* y jefe del SIFAR (servicio de información de las fuerzas armadas) de 1955 a 1962. Hoy, la tesis más acreditada es la que defiende que el golpe de De Lorenzo no pasó de ser una intentona, es decir, que fue un acto intimidatorio cuyo objetivo no era necesariamente hacerse operativo, sino más bien presionar para que la política estatal se desplazara a la derecha, y condicionar los recién estrenados Gobiernos de centro izquierda. No obstante, se trataba de un aviso extremadamente peligroso, puesto que el Plan Solo contemplaba la ocupación de los cuarteles, de la RAI (Radiotelevisión Italiana), de las centrales telefónicas y de las sedes de partidos y de periódicos, además de tener prevista la detención de los representantes políticos más destacados, que serían trasladados a los correspondientes campos de castigo.

No cabe duda de que la segunda intentona golpista no fue tan *blanda*. Puesta en marcha y posteriormente suspendida en la noche entre el 7 y el 8 de diciembre de 1970, su responsable fue el aristócrata Junio Valerio Borghese, ex oficial de la brigada fascista X MAS y, en la posguerra,

presidente honorario del MSI. El golpe se interrumpió, seguramente, porque no obtuvo el apoyo de los altos mandos militares de la OTAN.

El tercer intento golpista tuvo lugar en 1974, en un momento en que el PCI de Enrico Berlinguer estaba logrando crecientes éxitos electorales. Su instigador Edgardo Sogno, aunque resultó absuelto en el proceso que siguió al descubrimiento del golpe, admitió que el plan tenía como objetivo instaurar una república presidencial, y eliminar también físicamente a los políticos comunistas y filocomunistas. Al morir Sogno, en 2000, el ex jefe de Estado Francesco Cossiga lo definió como "un gran patriota"; el ex confidente de la CIA y posteriormente miembro del Gobierno Berlusconi Giuliano Ferrara le calificó de "héroe"; el presidente de Alianza Nacional Gianfranco Fini dijo de él que había sido "un hombre injustamente perseguido por sus ideas"; y el propio Silvio Berlusconi afirmó: "Sogno ha padecido a lo largo de su vida una atroz injusticia y una vergonzosa persecución política, cuando su único pecado fue ser un fiel servidor de la Patria y un combatiente por la Libertad. Su ejemplo ha servido para ilustrar el tipo de infamias y de bajezas de las que se ha valido la ideología comunista, también en Italia".

La estrategia de la tensión

Entre las víctimas del anticomunismo, hay que incluir sin duda a los que cayeron en Italia como consecuencia de la *estrategia de la tensión.* Como ha escrito Michele Serra, los sabotajes, las bombas en los trenes, en los bancos y en las plazas fueron "las fobias del anticomunismo italiano"[65].

Para impedir el acceso de las izquierdas al Gobierno del país, desde finales de los años sesenta se disparó en Italia la típica *guerra de baja intensidad,* basada en sabotajes y atentados (que quedaban sin reivindicar o que eran atribuidos a la extrema izquierda). El objetivo era generar inseguridad y miedo, y, de ese modo, fomentar la demanda popular de un Gobierno *fuerte,* y bloquear así el avance de las izquierdas.

En opinión de Giovanni Pellegrino, presidente durante largos años de la Comisión de Investigación de Sabotajes, en Italia se desarrolló, con la colaboración del MSI (Movimiento Social Italiano) y de grupos subversivos, un "anticomunismo de Estado", a todas luces inconstitucional pero que cumplía órdenes internacionales. El propio Giulio Andreotti,

puesto en tela de juicio en numerosas ocasiones por su intervención en todos los acontecimientos oscuros de la República, declaró que "una parte de los servicios tenía la convicción de estar tomando parte en una auténtica guerra santa, y de que cualquier actuación estaba justificada en nombre del anticomunismo."[66].

Por tanto, el anticomunismo funcionó como aglutinante de toda una serie de estructuras y grupos, decididos a colaborar en la estrategia de la tensión: aparatos del estado; grupos de extrema derecha como Ordine Nuovo, Avanguardia Nazionale, Europa Civiltá y Terza Posizione; personajes del crimen y la delincuencia como la banda de la Magliana; la mafia y los servicios secretos norteamericanos... Todos ellos unidos en el diseño subversivo, y todos ellos bien a cubierto gracias a una política de permanente ocultación y encubrimiento de las investigaciones en torno a los sabotajes y demás atentados.

El balance final de esta estrategia de la tensión es ciertamente grave. Todo empezó en la primavera y verano de 1969 con una primera serie de atentados que culminaron el 12 de diciembre de ese mismo año cuando una bomba colocada en el Banco Nacional de Agricultura de la plaza Fontana de Milán causó 17 muertos y 88 heridos. La estrategia de la tensión prosiguió el 22 de julio de 1970, con el atentado en la estación de Gioia Tauro en el que 6 personas murieron y otras 72 resultaron heridas. El 31 de mayo de 1972, un coche-bomba colocado en Peteano provocaba la muerte de 3 *carabinieri*. El 17 de mayo de 1973 una bomba colocada en la comisaría de Milán mataba a 4 personas y dejaba 46 heridos. El 28 de mayo de 1974, en Brescia, mientras se celebraba un acto antifascista en plena calle, un nuevo atentado dejaba un balance de 8 muertos y 103 heridos. El 4 de agosto de 1974, nueva matanza en el tren Italicus entre Bolonia y Florencia, con un balance de 12 muertos y 44 heridos. Las consecuencias del atentado del 20 de agosto de 1980 en la estación de Bolonia son aún más sangrientas: 85 muertos y 200 heridos. A estos episodios trágicos hay que añadir otros numerosos atentados, a menudo contra trenes, y toda una larga serie de asesinatos políticos del terrorismo y de las brigadas fascistas.

Estructura fundamental de esta estrategia de la tensión fue sin duda la logia masónica P2 (Propaganda-2) de Lucio Gelli, personaje clave del anticomunismo italiano. Las tramas en las que la P2 aparece involucrada

son casi infinitas, como numerosísimos son los procesos en los que se menciona el nombre de Gelli.

Tras jugar a dos bandas durante la Resistencia contra el fascismo, en la posguerra Gelli tuvo una estrecha relación con los servicios secretos italianos y occidentales. Amigo de los dictadores argentinos, entró en la masonería cuando, como resultado de la conexión entre los masones italianos y los norteamericanos, en la asociación secreta predominaba la ideología anticomunista, reaccionaria y neofascista. Gelli siempre tuvo estrechos vínculos con el extremismo atlántico, incluida la derecha del Partido Republicano de Estados Unidos. Cuando Ronald Reagan presentó su candidatura a la presidencia de Estados Unidos frente al demócrata Jimmy Carter, Gelli hizo campaña en la comunidad italo-americana en favor de Reagan. De hecho, Gelli y su socio Francesco Pazienza fueron invitados a la ceremonia de investidura de Reagan.

Por su ideología y sus contactos, era pues el personaje ideal para convertirse en el gran patrón de la P2, organización político-militar internacional creada por el *stay-behind* para vehicular la guerra política y las operaciones especiales. Esta logia secreta reunía en su seno a miles de personalidades del mundo político, de las finanzas, de la Iglesia, de las fuerzas armadas, del aparato del Estado, etc. con un objetivo primordial: impedir el acceso al Gobierno del PCI y potenciar una república presidencial de tipo autoritario. Cuando, en marzo de 1981, la magistratura ordenó el registro de villa Wanda, en la que residía Gelli, descubrieron una lista de 963 nombres de personas pertenecientes a la P2, entre los que figuraban: Silvio Berlusconi, el golpista Edgardo Sogno, el periodista y presentador Maurizio Costanzo, el vicepresidente de Forza Italia Fabrizio Cicchitto, el política de Alianza Nacional Gustavo Selva o Víctor Manuel de Saboya. Detenido en Suiza, Gelli consiguió fugarse el 9 de septiembre de 1983, pero fue nuevamente capturado. En la actualidad, se encuentra en situación de arresto domiciliario. Sin embargo, son numerosos los observadores que consideran que ha conseguido realizar en gran parte su plan de “renacimiento democrático”, plan que, sin lugar a dudas, tiene muchos puntos en común con el proyecto político de Berlusconi.

El anticomunismo *craxiano*

Fracasados todos los intentos de eliminar completamente al PCI de la escena política, incluida la utilización de armas o de otros medios ilegales (Bill Casey, jefe de la CIA, admitió la existencia de un fondo secreto pagado por los saudíes para operaciones clandestinas, una de las cuales consistió en obstaculizar el avance del PCI en las elecciones de 1985), quedaba la denominada *convenrio ad excludendum:* cualquier partido que quisiera acceder al Gobierno del país tenía necesariamente que suspender sus vínculos con los comunistas. El secretario del PSI, Bettino Craxi, fue el máximo exponente de esta estrategia, utilizando el anticomunismo para excluir al PCI del Gobierno, y también para hacerse con los favores del establishment político-económico. En opinión de Gad Lerner, lo de Craxi era un anticomunismo *reformista*; por el contrario, Claudio Martelli, ex brazo derecho del líder socialista, le definía en 2000 como “un anticomunista duro e intransigente”.

Craxi intentó justificar teóricamente su anticomunismo y, para ello, en 1978 concedió una entrevista a “L’Espresso” titulada *Tenía razón el viejo Proudhon.* En la misma revalorizaba el anticomunismo libertario de Pierre-Joseph Proudhon para, a continuación, sumarse a las críticas contra un hipotético modelo de sociedad estatalista y colectivista, que proyectaba en el socialismo de Estado de la Unión Soviética y del PCI. Esta entrevista constituiría el principal capítulo del intento de Craxi de retomar figuras del pasado e instrumentalizarlas en clave anticomunista.

El anticomunismo del PSI funcionaba por medio de campañas, en las que la revista “Mondoperaio” (Mundo Obrero) tenía un papel preferente. Surgió así la polémica sobre el concepto de hegemonía de Gramsci, reducido a una variante de la dictadura del proletariado, y se recrudecieron los ataques contra el líder del PCI e impulsor del eurocomunismo Palmiro Togliatti, convertido en un mero títere de Moscú. El debate con Togliatti se prolongó durante varios meses y terminó en marzo de 1988, en un congreso en el que también participó el anticomunista Randolfo Pacciardi. El historiador del fascismo Renzo De Felice (para quien el fascismo era una ideología política válida, no algo que pudiera rechazarse, sin más, en base a “simplistas definiciones marxistas”) también aprovechó la ocasión para dar un paso más adelante en su revisionismo y afirmar que la Unión Soviética no jugó ningún papel en la derrota de Hitler.

En el equipo dirigente de Craxi, había también otra serie de personajes que practicaban un anticomunismo caricaturesco, como Ugo Intini, a quien

Michele Serra apodaría Ugo *Palmiro* Intini por su obsesión por recordar una y otra vez los *incontables* errores del dirigente comunista Palmiro Togliatti. En 1996, Intini acusaba de leninismo al PDS, el partido que poco antes había sustituido al PCI, y lo definía como expresión de una "izquierda reaccionaria, jacobina, trasnochada". Los caprichos de la historia harán que Intini tome parte en la coalición electoral de centro-izquierda L'Ulivo (El Olivo), junto a los tan menosdespreciados ex comunistas del PDS, aliados además de Rifondazione Comunista (Refundación Comunista), el otro partido surgido tras la desaparición del PCI.

En 1992, los jueces italianos daban comienzo al histórico proceso de limpieza del sistema político italiano. Bajo el nombre de *Mani pulite* (Manos limpias), la operación se inició en Milán, conocida ya de antes como *Tangentopoli* ("ciudad de la mordida") y convertida en símbolo de una República basada en la corrupción, la extorsión y la financiación ilegal de los partidos. Para su desgracia, el propio Benito Craxi se convirtió también en símbolo de Tangentopoli (que, por extensión, terminó por significar el propio sistema corrupto), lo que finalmente trajo consigo su caída y, como consecuencia, no hizo sino acrecentar el furor anticomunista entre los miembros de su grupo, para quienes el PCI era el máximo responsable de su desgracia.

El anticomunismo de Silvio Berlusconi

A partir de la década de los noventa, con la entrada en la escena política de Silvio Berlusconi, propietario de un gigantesco imperio empresarial, el anticomunismo se pone inesperadamente de moda. Se trata de un anticomunismo integral, de características paranoicas, que ve *rojos* por todas partes (en 2004, durante su visita a Estados Unidos, Berlusconi llegó a culpar a los *comunistas* del ataque contra las Torres Gemelas de Nueva York).

El anticomunismo de Berlusconi es una operación de marketing basada en iniciativas espectaculares y simbólicas, como la de abrir el congreso de Forza Italia, el 18 de abril de 1998, coincidiendo con el cincuentenario de la victoria de la Democracia Cristiana sobre los comunistas; o la de escoger el 25 de abril, día de la liberación del fascismo, para homenajear al golpista y ex partisano Edgardo Sogno; sin olvidar el golpe de efecto con el que consiguió superar por la derecha a la neofascista Alianza Nacional cuando,

en febrero de 1998, durante el congreso de ésta en Verona, regaló 5.000 ejemplares del *Libro negro del comunismo* entre sus delegados. Sin embargo, el momento álgido del anticomunismo berlusconiano fue cuando, en 2000, en el meeting celebrado en Rimini por la organización integrista católica Comunión y Liberación, definieron el anticomunismo como un "deber moral".

De hecho, el anticomunismo de Berlusconi se dirige al inconsciente y, por tanto, simplifica los conceptos como hacen los anuncios televisivos. El ministro de Defensa Antonio Martino, buen conocedor de Berlusconi, hacía referencia, en una entrevista a *La Stampa,* al origen de Forza Italia: "El objetivo fundamental de Berlusconi era impedir que los comunistas accedieran al Gobierno, convencido de que sin libertad política tampoco existiría libertad económica. Y, en este sentido, defendiendo a sus empresas defendía a todas las demás, y, por tanto, defendía el interés general".

A la pregunta de cuáles fueron los elementos que determinaron la victoria de Forza Italia, Martino no duda en responder que "el principal fue el anticomunismo. Este país siempre ha sido anticomunista y la idea de que Berlusconi era capaz de impedir que los *rojos* vencieran tuvo un peso decisivo"[67].

Para Berlusconi, anticomunismo es sinónimo de antiestatalismo. Su *guerra a los impuestos (el atraco fiscal*) le lleva a identificar comunismo con defensa del Estado social y del papel público en la economía. De este modo, a través de Berlusconi, los anticomunistas dejaban claro, una vez más, que el verdadero motivo de su hostilidad hacia los *rojos* era el temor a un control de la economía, a una política de intervención en el libre mercado. En opinión de Berlusconi, la mentalidad iliberal consiste precisamente en el "odio que las ideologías totalitarias les tienen al mercado y al capitalismo". Y, a la postre, su idea de la libertad humana *sin condiciones* no es sino la libertad absoluta del capitalismo salvaje, que, por ser lo que es, no puede admitir condición alguna.

Berlusconi sintetizó muy bien su anticomunismo en una entrevista concedida a la revista "Liberal"[68]: "La identidad de Forza Italia está clara: somos una fuerza democrática y antitotalitaria, una fuerza de libertad, y, por lo tanto, antifascista y anticomunista. Es un hecho que, durante demasiado tiempo, el término anticomunismo ha tenido problemas para formar parte del vocabulario compartido por la nación. Y aún hoy en día no la acepta

todo el mundo como horizonte común de nuestra democracia (...). Incluso los partidos que han luchado por la libertad italiana en contra de la aplastante presencia del comunismo, han terminado por aceptar que fuera sólo el antifascismo el que permaneciera como fundamento ideológico ‘oficial’ de la República”.

En opinión de Berlusconi, Italia es el único país de Occidente donde se da esta anomalía: “la ideología del antifascismo”, en definitiva, habría “contaminado durante mucho tiempo la cultura italiana”. Este posicionamiento está en perfecta consonancia con el del antiguo partido neofascista de Giorgio Almirante, el MSI (Movimiento Social Italiano), y el de toda la derecha neofascista que, durante toda la posguerra, luchó precisamente contra “la ideología del antifascismo”.

Berlusconi recicla en su totalidad el repertorio del anticomunismo, incluida la equiparación entre nazismo y comunismo, dos ideologías emparentadas por “sus inauditos crímenes contra la humanidad” (“las ideologías del siglo XX que han destruido la política y la cultura humanistas, decretando la muerte de Dios y arrojando la idea de Europa al abismo de lo inhumano”). Berlusconi recicla también materiales del revisionismo histórico más reciente, afirmando, como Furet, que mientras que el nazismo defendía la centralidad de la *raza*, para el marxismo-leninismo la *clase* era el elemento clave.

Se ha reescrito la Historia en base a versiones ideológicas y a dramatizaciones *ad hoc* (la Guerra Fría, por ejemplo, sería la época en la que “Estados Unidos y Europa occidental se expusieron al riesgo de la destrucción nuclear con tal de no permitir que las tropas soviéticas atravesaran la frontera del Elba y del Adriático”); hasta el punto de que llegar a trasmitir el convencimiento de que Italia estuvo sometida a los comunistas, redactores de una Constitución *soviética*. Sobre esta reescritura de la historia italiana escribe el gran periodista Eugenio Scalfari una pequeña joya de sátira política titulada *De qué forma dominan los comunistas este país*[69].

Gracias a Berlusconi y a su control sobre un gigantesco imperio multimedia a través del que difunde su mensaje, se ha ido conformando una imagen de la Italia de posguerra: de ser un país que durante medio siglo excluyó al PCI del Gobierno, se ha convertido en un *régimen comunista*

cuyos herederos son los actuales opositores de izquierda, porque los comunistas “siempre lo seguirán siendo, aunque cambien de nombre”.

Sin embargo (siempre, claro está, según esa reescritura de la Historia), gracias a la llegada del salvador Berlusconi, el curso de la historia habría dado un vuelco total. “Soy un hombre feliz, he liberado a Italia del comunismo”, dijo el autoproclamado *presidente obrero* en junio de 2001, durante una cena oficial. Lo que no es óbice para que, de forma intermitente, los berlusconianos se olviden de esta victoria, y afirmen que Italia sigue padeciendo un clima de opresión comunista, debido principalmente a las *togas rojas* de la Magistratura democrática, y que el país sigue sometido a la censura, por culpa de la traicionera labor de los periodistas comunistas. Los agit-prop de Forza Italia ocultan el determinante papel del PCI en la derrota de la lucha armada de los *años de plomo,* y acusan a los comunistas de “estar en el origen de las Brigadas Rojas”. Todo ello, al tiempo que fomentan campañas de relativización y culpabilización de la Resistencia, y acusan a la izquierda italiana de haber sido cómplice del *comunismo internacional.* Han llegado incluso a propagar la idea de la existencia de un Gladio rojo (es decir, de una estructura paramilitar secreta ligada al PCI, y que habría estado en funcionamiento desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta 1955); asimismo, han abierto una comisión parlamentaria de investigación concerniente al *dossier Mitrokhin* (archivero de la KGB que tenía la lista de todos los espías de la URSS en Europa, que pasó a Gran Bretaña en 1992. La lista relativa a Italia se vió, al parecer, misteriosamente recortada y el Gobierno Berlusconi formó supuestamente la comisión para aclarar qué nombres faltaban y quién los había borrado).

El objetivo perseguido por toda esa serie de campañas era básicamente uno: alentar a las izquierdas (lo que en buena parte parecen haber conseguido) a adoptar la ideología anticomunista (“hasta que la izquierda no supere todos los tabúes y se declare tanto antifascista como anticomunista, su evolución democrática seguirá siendo forzosamente ambigua”).

Y Berlusconi sabe perfectamente, porque la experiencia histórica del anticomunismo así lo demuestra, que lo importante es hacer creer que la libertad y la prosperidad están en peligro. De ese modo tan lábil consigue responsabilizar a los comunistas de todos los males de Italia, en la medida en que son “gente que odia a los empresarios, que está en contra de la

escuela privada, de la sanidad privada, de la propiedad privada (...), mercenarios que no luchan por un ideal o una bandera, sino a los que les basta con tener un enemigo que combatir, y que hoy identifican con mi persona, para seguir conservando el poder”.

La historia reescrita

El conocido filósofo italiano Norberto Bobbio afirmaba en su *Diálogo en torno a la República* que “el anticomunismo acoge al fascismo, y el antifascismo al comunismo”[70]. No es de extrañar por lo tanto que, recientemente, el antifascismo haya estado en el punto de mira de los anticomunistas.

Los anticomunistas veían con muy malos ojos la unidad de las fuerzas antifascistas que había conducido al país hacia una Constitución republicana, porque consideraban que suponía la legitimación del PCI como partido democrático. Su objetivo era, por tanto, la disolución de la unidad antifascista, y, fundamentalmente, la ruptura total de la relación existente entre comunistas y católicos democráticos. Todos los democristianos que se opusieron a renunciar a este *sentimiento común* de origen antifascista se vieron perseguidos por este anticomunismo específicamente italiano, sobre todo a partir de que el varías veces primer ministro Aldo Moro iniciara la aproximación de la Democracia Cristiana al PCI, lo que sería muy mal visto por Estados Unidos.

Ya situándonos en épocas más recientes, las revisiones históricas han servido, por un lado, para atenuar las responsabilidades del fascismo italiano, y, por otro, para acusar a los comunistas de crímenes durante la Resistencia. Desde esta perspectiva, se rebasan incluso las tesis de Renzo De Felice, en quien algunos ven un mártir y un perseguido. Paolo Mieli le define como “mi maestro boicoteado”[71], y llega a afirmar que merecería un resarcimiento por el ostracismo del que ha sido víctima. Al afirmar esto oculta, claro está, que a De Felice le publicaba Einaudi, cuando esta editorial no era todavía propiedad de Berlusconi y era considerada *comunista.*

Es en este contexto en el que, incluso superado el umbral de 2000, se recuperan las viejas campañas contra los partisanos. Vuelven a saltar a la palestra el *Uomo Qualunque* (“El hombre de la calle”) de Guglielmo

Giannini, que aumentaba las cifras de las víctimas fascistas de la Resistencia, y la campaña de 1956 de deslegitimización de la Resistencia en base al *caso Moranino* (el ex partisano comunista condenado a cadena perpetua por crímenes de guerra, y posteriormente indultado por el presidente de la República Giuseppe Saragat). Renacen las polémicas en torno al *triángulo de la muerte* o *triángulo rojo*, donde los partisanos comunistas habrían supuestamente cometido atrocidades, y también en torno al famoso atentado antinazi de vía Rasella en Roma, en el que murieron 33 soldados alemanes, lo que provocó la inmediata respuesta de Hitler y el asesinato de 335 italianos en las Fosas Ardeatinas, unas minas abandonadas (en 1997, el juez Maurizio Pacioni reclamó al fiscal estudiar la posibilidad de procesar por *acto ilegítimo de guerra* a 3 supervivientes partisanos)... Todo ello bendecido teóricamente por el conocido escritor Gianpaolo Pansa quien en su *Il sangue dei vinti* ("La sangre de los vencidos")[72], se apunta a la moda revisionista y, entre otras cosas, iguala a todos los muertos de la guerra.

Esta versión italiana del revisionismo se dedica también a retomar los temas tratados en las obras extranjeras más afamadas y a adaptarlos a la situación italiana. Así, por ejemplo, en julio de 1990, el presidente Cossiga equipara a comunistas y nazis. Por el contrario, en mayo de 1998, el diplomático Sergio Romano rehabilita la figura del dictador Francisco Franco: según el ex embajador en Moscú, el franquismo impidió que surgiera en el Estado español "la primera democracia popular de Europa". Esta arriesgada tesis llegó incluso a provocar la indignación de periodistas como Piero Ostellino, según el cual "no se puede combatir un régimen iliberal adoptando otro régimen iliberal". Sólo un mes después de esta polémica, el famoso cronista Indro Montanelli usa su pluma para poner por las nubes al Portugal del dictador fascista Salazar.

El leitmotiv de toda esta polémica es sin embargo siempre el mismo: hacer una comparación entre nazismo y comunismo, para llegar a la ineluctable conclusión de que el segundo es peor que el primero.

Tras la publicación de *Tiranni* de Antonio Ghirelli[73], en la que se equipara a Hitler con Stalin, a Mussolini con Mao y a Pinochet con Pol Pot, el periodista de "La Stampa" (y, en la actualidad, presentador de TV) Pierluigi Battista llega a las librerías con *La fine dell'innocenza. Utopia, totalitarismo e comunismo*[74]. La inocencia a la que hace referencia en el

título sería aquella de la que habrían podido disfrutar los comunistas, y a la que, sin embargo, no tuvieron acceso los nazis, sometidos por sus crímenes a un proceso mundial. En opinión de Battista, comunismo y nazismo son de hecho comparables por ser ambas ideologías utopías *exterminacionistas*, cegadas por la utopía, que "históricamente siempre ha estado ligada al crimen". Tras confirmar que Pinochet y Castro son equivalentes, el autor concluye liberando al nazismo de su primacía negativa y reduciéndolo a la categoría de *ilusión mortífera*.

Ni tan siquiera el periodista y politólogo Mario Pirani se libra de tan temerarias e irreflexivas equiparaciones, yéndose incluso más a la derecha que otros compañeros de profesión al afirmar que "El fascismo fue una dictadura de tres al cuarto en comparación con el gulag, los exterminios, el terror y las privaciones a las que fueron sometidos durante setenta años los pueblos de la Unión Soviética"[75]. Sergio Romano corrobora la afirmación de Pirani: "El régimen nazi fue menos totalitario que el régimen comunista" porque no abolió el derecho de propiedad. Por lo que respecta al franquismo y al salazarismo no fueron ni fascistas ni totalitarios, sino únicamente autoritarios[76].

Parece predominar, sobre todo en la prensa, una especie de pensamiento único anticomunista que justifica cualquier revisión histórica. El fundador y director de "La Repubblica", Eugenio Scalfari, ha llegado a afirmar que "todos los diarios de la época que va desde 1946 hasta hoy, el 'Corriere della Sera', 'La Stampa', 'Il Messaggero' por nombrar los tres más importantes, han ejercido durante cincuenta años un legítimo, necesario y conveniente anticomunismo"[77]. Curiosamente, ahora que la Unión Soviética ya no existe, no sólo no han cedido en su anticomunismo, sino que éste conoce ahora una intensidad sin precedentes.

En 1997, un periódico fascista y antisemita de muy baja tirada, de nombre "Ruski Poriadok", publica unas supuestas cartas de Lenin de las que se deduce que el jefe de la Revolución de Octubre se acostaba con Zinovev e incluso con Trotski. Poco después, el 3 de octubre del mismo año, el periódico italiano "La Nazione" le dedica un sesudo artículo al tema, subrayando que se trata de una "publicación que los entendidos hasta el día de hoy no han puesto en tela de juicio".

Un libro enciende la polémica acerca de los bombardeos ingleses que asolaron ciertas ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. El

“Corriere della Sera” le dedica entonces al tema un artículo titulado *Apocalisse in Germania. Ultimo regalo a Stalin – Bombardamenti spietati per aiutare l’Urss* (“Apocalipsis en Alemania. Último regalo a Stalin – Despiadados bombardeos para ayudar a la Unión Soviética”) (9 de marzo de 2003). De donde resulta que hasta la destrucción de Dresden es culpa de los comunistas.

En este contexto de reescritura de la Historia, se producen nuevas *revelaciones* sin cesar. En el artículo de Luigi Offeddu titulado *E Stalin sognó un secondo Olocausto (“Y* Stalin soñó con un segundo Holocausto”)[78], por ejemplo, se nos descubre “el plan diabólico del Kremlin”, a saber, el exterminio de 4 millones de judíos, con lo que Hitler pierde la exclusiva de “exterminador antisemita” que hasta entonces poseía. El título de otro de los artículos de Offeddu es ya de por sí lo suficientemente expresivo: *Stalin e i suoi picciotti, tra vodka e pallottole. Al Cremlino una congrega paramafiosa, dominata da un capo volubile e feroce* (“Stalin y sus chicos, entre vodka y balas. En el Kremlin, una pandilla paramafiosa, dominada por un jefe voluble y feroz”)[79].

Este revival anticomunista llega incluso a adquirir tintes grotescos. El 13 de enero de 1998, el “Corriere della Sera” titula la reseña de un concierto dado en Roma *Dalla Russia con dolore. Shostakovich sui misfatti dello stalinismo* (“Desde Rusia con dolor. Shostakovich en torno a las fechorías del estalinismo”). Su autora Mya Tannenbaum define la Sinfonía n° 13 de Dimitri Shostakovich como “un ininterrumpido y lúgubre lamento en torno a las fechorías del estalinismo”. Lamentablemente para ella y su teoría, esta sinfonía es una versión musical de cinco poemas de Evguéni Evtuchenko, uno de los cuales, *Babi Yar,* narra la masacre ocurrida en 1941, cerca de Kiev, en la que los ocupantes nazis asesinaron a 33.000 civiles, judíos la gran mayoría.

De todos modos, en este cúmulo de despropósitos, la palma se la lleva Ernesto Galli Della Loggia, quien llega a poner a uno de sus artículos en el semanario “Sette” el siguiente título: *Non esistono comunisti “buoni”* (“No existen comunistas *buenos*”) [80]. El pretexto es el caso de Arthur London, dirigente del PC checoslovaco condenado a cadena perpetua en un proceso de corte estaliniano, pero que, a su vez, fue también un perseguidor. El título no lo refleja, pero el mensaje es claro y fuerte.

Como conclusión, un comentario un poco más trivial. Uno de los temas preferentes del anticomunismo actual es afirmar que de los gulag nadie ha podido hablar durante décadas, debido al opresivo manto impuesto por el PCI a la cultura italiana. Lo cual no es sino una mentira totalmente fantasiosa y orwelliana. La polémica anticomunista se ha nutrido siempre de la denuncia de los gulag siberianos, hasta el punto de haberse convertido en un tópico sobre el que se hacen hasta chistes. Pongamos por ejemplo una publicación de la Democracia Cristiana de junio de 1953 a la que, haciendo un juego de palabras con *La settimana enigmistica* (conocidísimo semanario italiano de crucigramas y pasatiempos – “enigmistica” significa en italiano el arte de resolver crucigramas), llamaron *La settimana comunistica*. Se trataba de una sátira política que reproducía de arriba abajo ese tipo de publicaciones, y cuyos crucigramas y jeroglíficos estaban todos pensados en clave anti-PCI y anti-URSS. En su interior, un anuncio simulado publicitaba: “¡Vacaciones en Siberia! Clima fresquísimo en invierno, clientela internacional (rusos, polacos, checoslovacos, alemanes, yugoslavos, húngaros, albaneses, rumanos, búlgaros), vagones blindados funcionales y seguros, paisajes a través de barrotes”.

APÉNDICES

Breve selección de intelectuales anticomunistas italianos

El diario *La Repubblica* levantó una enorme polémica cuando, en enero de 1998, publicó un “mapa del anticomunismo”, en el que se representaba esta tendencia político-cultural como un gran árbol articulado en trece ramas. Lo cierto es que, del mismo modo que el comunismo ha sido siempre plural y ha estado subdividido en múltiples corrientes y tendencias, el anticomunismo tampoco ha sido nunca homogéneo, a pesar de haber manifestado una serie de constantes y afinidades. Ha habido anticomunistas de derechas y de izquierdas, anticomunistas católicos y anticomunistas fascistas.

Es obvio que, conforme al planteamiento de este libro, no consideramos anticomunistas a quienes han polemizado y criticado la política del PCI, sino únicamente a los que han utilizado el anticomunismo para intentar liquidar una tendencia política molesta, valiéndose de la criminalización y demonización del adversario.

A continuación, haremos un breve repertorio de los anticomunistas italianos, que no es en absoluto exhaustivo, sino que está más bien pensado como un pequeño ejercicio de memoria.

Los reaccionarios

El primer personaje de posguerra que hizo exhibición de un anticomunismo abiertamente reaccionario fue Guglielmo Giannim. Comediógrafo, director de cine y periodista, fundó el movimiento “Como Qualunque” (“El hombre de la calle” en traducción no literal), que se convirtió en representante de los antiguos fascistas y de los decepcionados por los partidos democráticos. Sin embargo, su éxito quedó limitado a las elecciones del 2 de junio 1946: tras el viraje dado por De Gasperi en 1947 y la expulsión de los comunistas del Gobierno, Giannini se encontró con que la Democracia Cristiana le ganaba en anticomunismo. Agotada así su función, Giannini quedó marginado del juego político y terminó invitando a un congreso a los temibles comunistas, llegando a abrir un debate con ellos.

El santuario del pensamiento anticomunista ha sido, durante varias décadas, el periódico “Il Borghese”. En sus inicios, era de ideología liberal-conservadora, y tenía a Giuseppe Prezzolini y Leo Longanesi como directores. Sin embargo, al morir este último, pasó a manos de un superviviente de Saló, Mario Tedeschi, y adoptó una línea más marcadamente neofascista. Entre los colaboradores de “Il Borghese” se encontraba Giovanni Guareschi, el famoso creador de los personajes de Camilo y Peppone, de ideología claramente proclerical y anticomunista.

Edilio Rusconi también participaba en el periódico. Creador de un pequeño imperio editorial ultraconservador, cuyo buque insignia era el semanario “Gente”, uno de los de mayor difusión de la Italia de posguerra, Rusconi odiaba la “sangrienta y sanguinaria Revolución Francesa” y veía comunistas por todas partes (los Verdes, por ejemplo, eran para él “hijos tardíos del viejo estalinismo”). Uno de los directores de la editorial Rusconi fue, por cierto, Alfredo Cattabianchi, ponente en el congreso de 1965 sobre la “Guerra revolucionaria”, en el que se dedicó a alabar a los católicos integristas lefebvrianos (el obispo católico romano Lefebvre se hizo famoso por oponerse radicalmente a las reformas que el Concilio Vaticano II introdujo en su iglesia).

Entre los reaccionarios, podemos incluir también a dos personajes implicados en intentonas golpistas, Edgardo Sogno y Randolfo Pacciardi, quien en 1964 fundó el partido Nuova Repubblica.

En la década de los setenta, el número uno del anticomunismo fue, sin lugar a dudas, Gustavo Selva. Este periodista y político fue, durante una larga temporada, director y comentarista de la cadena de radio Gr2, desde donde lanzaba unos “editoriales” extremadamente incendiarios. Famosos eran sus comentarios diarios obsesivamente anticomunistas, que alcanzaban su punto álgido cuando se trataba de cuestiones como la guerra de Vietnam. Democristiano de derechas en los tiempos en que trabajó en la Gr2, hoy en día, y no por casualidad, Selva ocupa uno de los escaños de los postfascistas de Alianza Nazionale.

Entre los pensadores de extrema derecha, merece la pena citar a Julius Evola, para quien “es preciso extirpar el cáncer comunista a hierro y fuego”. Autor de varios textos, en su *Gli uomini e le rovine* (“Los hombres y las ruinas”)[81], incluyó un prefacio del futuro golpista Junio Valerio Borghese. El Movimento sociale italiano (MSI), por su parte, no sólo ha

sido el más claro exponente de la cultura neofascista de posguerra, sino que, además, el eje del extremismo anticomunista. Su objetivo era convertir a la derecha en “el caldo de cultivo de la oposición al comunismo”, como en 1975 afirmó el líder del MSI Giorgio Almirante[82]. Aún hoy, de entre los numerosos legados dejados por el viejo MSI, y cuyo sucesor directo, Alleanza Nazionale, no renuncia a reivindicar, cabría destacar precisamente el del anticomunismo. Y es que, tal y como en 1998 declaró el parlamentario Ignazio La Russa, “el anticomunismo lo llevamos dentro, es nuestro ADN”.

Los liberales

Máximo exponente del anticomunismo liberal sería el político y filósofo Benedetto Croce, quien definía el comunismo como “la rougeole du siécle”, el sarampión del siglo. Tras escribir en su juventud una serie de análisis polémicos contra el marxismo (*Materialismo storico ed economia marxistica; Come nacque e come morì il marxismo teorico in Italia* – “Materialismo histórico y economía marxista; como nació y como murió el marxismo teórico en Italia” según la edición castellana), Croce se anticipó a las tesis sobre la equivalencia entre fascismo y comunismo frente a la *religión de la libertad*, afirmando que ambos eran regímenes dictatoriales y totalitarios equivalentes. Esa desconfianza con respecto a los comunistas es precisamente la que explica por qué tardaron tanto los liberales en enfrentarse al régimen fascista. En el caso de Croce, hay que decir que, si sus primeras aproximaciones críticas al socialismo de 1898 eran elegantes, a partir de 1945 definiría el marxismo como “un evangelio destructor de todo idealismo de la vida humana”.

En la posguerra, salieron a la calle las revistas “Il Mondo” y “Nord e Sud”, contrarias al comunismo pero indiscutiblemente antifascistas, seguramente porque en ellas a menudo tomaban parte ex miembros de Giustizia e Libertá y del Partito di Azione que, como sabemos, eran organizaciones antifascistas que, durante la guerra, fueron muy activas en organizar bandas partisanas. Fueron los años de Nicola Chiaromonte, Aldo Garosci, Mario Pannunzio, Ernesto Rossi, Gaetano Salvemini o Leo Valiani, quienes, aunque abiertos a menudo a debatir con el PCI, se mostraban sin embargo totalmente intransigentes con respecto al comunismo soviético.

El anticomunismo de los radicales italianos, escindidos en su momento del Partido Liberal, es también proverbial. Y ello a pesar de que su líder Marco Pannella afirmaba en 1976 que “los dirigentes del PCI nos conocen bien y nos temen desde hace ya veinte años: saben perfectamente que no somos anticomunistas en absoluto, sino que, por el contrario, somos la única fuerza política que, desde 1959 hasta hoy, sin titubeos y sin miedos, ha luchado en favor de una alternativa de izquierdas a la Democracia Cristiana, una alternativa al régimen actual, en unión con el PCI”[83].

Los católicos

El anticomunismo católico lo han personificado básicamente una serie de representantes del clero (el cardenal Alfredo Ottaviani, el padre Riccardo Lombardi, el arzobispo de Genova Giuseppe Siri o don Gianni Baget Bozzo) y del clericalismo (Luigi Gedda y sus Comités cívicos, Gabrio Lombardi, artífice del referéndum contra el divorcio...).

Paladín del anticomunismo era y sigue siendo el movimiento eclesial “Comunione e Liberazione” (CL) de don Luigi Giussani. Desde su mismo nacimiento ha hecho del anticomunismo su bandera y aplaudido fervorosamente la declaración de Silvio Berlusconi de que “el anticomunismo es un deber moral” realizada en su mitin de Rimini de 2000.

No faltan, claro está, los seguidores italianos de Lefebvre, entre los que cabría destacar el periódico “Cristianitá” y el grupo “Alleanza Cattolica”, fundado por Giovanni Cantoni y Agostino Sanfratello con el objeto de instaurar el reino de María y la majestad de Cristo también en las sociedades humanas, derrotando al comunismo y al laicismo. Exponentes destacados de “Alleanza Cattolica” se alinean hoy con las diferentes fuerzas políticas de la derecha, desde Forza Italia de Berlusconi hasta Alleanza Nazionale, pasando por Forza Nuova. En “Alleanza Cattolica” militan tanto abogados defensores de una serie de fascistas como intelectuales como el especialista en nuevos movimientos religiosos Massimo Introvigne, que aparece hoy sí y mañana también en los talk shows televisivos.

En el ámbito democristiano, no han faltado los que han alternado anticomunismo y diálogo con los comunistas y las izquierdas. Ahí tenemos, entre otros, a Giuseppe Dossetti, Giorgio La Pira, Paolo Emilio Taviani y Oscar Luigi Scalfaro (que fundó con Scelba el semanario “Il Centro”,

dirigido por Guido Gonnella, para oponerse a una izquierda en el Gobierno).

Susanna Tamaro también merece mención especial, en particular por su novela *Anima mundi*, repleta de lugares comunes anticomunistas [84].

Los socialistas

Los intelectuales socialistas se vuelven anticomunistas a partir del nombramiento de Bettino Craxi como secretario general del partido. Agrupados básicamente en torno a la revista "Mondoperaio", su exponente más extremo es Luciano Pellicani. Este teórico del anticomunismno craxiano afirma en una serie de libros y artículos que los orígenes ideológicos del gulag se encuentran en Marx y Engels, y sigue hablando del "holocausto rojo" [85]. Aún más imaginativo es el anticomunismo de Armando Verdiglione, que tuvo una gran acogida durante la fase álgida del craxismo.

Posteriormente, ha habido intelectuales socialistas como Luciano Cafagna que han hecho una revisión crítica del anticomunismo craxiano: "El anticomunismo de Craxi se había convertido en su única bandera, y esa bandera era cada vez más ineficaz, tras el colapso del imperio soviético"[86].

De todos modos, no hay que olvidar que entre los socialistas también ha habido figuras que han marcado distancias con el craxismo y matizado su anticomunismo. Entre éstos, podríamos mencionar al periodista y escritor Giorgio Bocea, quien se ha autodefinido como un "anticomunista curado".

Algunos dirigentes y representantes de grupos extraparlamentarios de izquierdas fueron madurando un sentimiento de odio anti-PCI que, unido a un fuerte arribismo, les llevaría a aproximarse al PSI de Craxi y, finalmente, al anticomunismo a secas. Se trata de sectores y personas disconformes con el PCI desde la izquierda, como, por ejemplo, Valerio Riva (quien declaró a Claudio Sabelli Fioretti: "Para mí la verdadera izquierda era el anticomunismo" [87]) o el editor Giulio Savelli, quien, tras hacerse simpatizante de Craxi, se hizo de la Liga de Berlusconi. Son numerosos también los ex dirigentes de Lotta Continua (la más conocida e importante formación de la izquierda extra-parlamentaria, junto a Potere Operaio) que

hoy imparten lecciones de anticomunismo: Paolo Liguori, Paolo Mieli o Giampiero Mughini, Cario Rossella, entre otros.

Los ex comunistas

Son multitud los ex comunistas (los *conversos*, en palabras de Claudio Magris) incorporados a las filas del anticomunismo italiano.

Entre los pioneros, podríamos mencionar a Angelo Tasca quien, tras ser expulsado del Partido Comunista, renegó por completo del marxismo y colaboró en Francia con el Gobierno colaboracionista de Vichy. Llamativo es también el caso de Ignazio Silone, quien, tras ser dirigente del PCI durante el fascismo, se pasó al anticomunismo y llegó a ser director de la publicación mensual “Tempo presente”, financiada por la CIA. Las investigaciones de Darío Bocea y Mauro Canale publicadas en 2000 en el bimensual “Nuova storia contemporánea”, han revelado que Silone era un informador del régimen fascista, ante la incredulidad de sus partidarios.

El propio Enzo Bettiza, exponente del Partito Socialista Italiano, y comentarista de “Il Giornale” famoso por su feroz anticomunismo, llegó a ser miembro del PCI durante unos meses, tras integrarse en el partido durante el infausto año de 1948 (infausto porque, tras las elecciones de abril, se afianzó el modelo potenciado por Estados Unidos, que potenciaba a la Democracia Cristiana y dejaba definitivamente al Partido Comunista en la oposición). Otros abandonaron el partido con ocasión de la crisis de Hungría de 1956; el escritor y editorialista Mario Pirani, por ejemplo, quien hoy defiende que el marxismo-leninismo en la Unión Soviética fue más “totalitario y persecutorio” que la propia Inquisición.

Massimo Caprara y Ruggero Guarini son otros dos de los que abandonaron el comunismo por el anticomunismo. Entre los filósofos ex marxistas tenemos a Lucio Colletti, que, con su *Entrevista político-filosófica* de 1974, abandona el marxismo para reaparecer más tarde como diputado de Forza Italia; y a Armando Plebe, que se afilió directamente al MSI.

En 1991 ocurre el famoso “viraje de Occhetto”, conocido así por el giro que, tras la caída del Muro de Berlín, decide dar el entonces secretario general del PCI, Achille Occhetto, quien, considerando terminada la experiencia del comunismo, apoya la disolución del PCI y la creación de un

nuevo partido, el Partido Democrático de la Izquierda, más próximo a las tesis de la socialdemocracia europea. En ese momento, numerosos dirigentes del ex PCI se destapan como anticomunistas. De repente, proliferan como hongos los “herederos de Togliatti” que hacen gala de un pedigrí anticomunista sin tacha, con lo que, según el viejo socialista Gaetano Arfe, no hacen sino “convertirse inútilmente a un anticomunismo postumo que recuerda los tiempos de la Guerra Fría”[88]. Ahí tenemos a Ferdinando Adornato, director en su juventud del semanario de la Federación Juvenil Comunista, y hoy alineado con Forza Italia (“Antifascismo, siempre. Pero también anticomunismo”) [89]; o a Giuliano Ferrara, dirigente del PCI en Turín, posteriormente consejero de Craxi y, en la actualidad, ayudante de Berlusconi; o, siguiendo la cuesta abajo de la degradación política, a Federigo Argentieri, ex colaborador del Centro de Estudios del PCI para Política Internacional, y, en la actualidad, convencido defensor de la idea de que el comunismo “es peor que el nazismo, porque pretende tener objetivos nobles” [90].

En esta lista también podríamos incluir al actual alcalde de Roma Walter Veltroni, quien, tras ocupar durante años puestos dirigentes en la FGCI (Federazione Giovanile Comunisti Italiani) y en el PCI, tras la caída de la Unión Soviética descubrió, al parecer, que había sido anticomunista toda su vida[91].

Los periodistas

Indro Montanelli ha sido sin duda la figura más conocida del periodismo anticomunista italiano. En la década de los cincuenta, colaboró con “Il Borghese” y fue el creador de los círculos que el semanario fundó en varias ciudades italianas para influir como movimiento político. A mediados de la década de los setenta, fundó el diario “Il Giornale”, para contrarrestar la supuesta *izquierdización* del “Corriere della Sera”. En 1994, tras la primera victoria de Berlusconi, Montanelli abandonó “Il Giornale” y creó “La Voce”, pero sin éxito: “Calculaba arrastrar conmigo a las tres cuartas partes de los lectores de ‘Il Giornale’. Pero ha resultado que todos esos lectores estaban mucho más a la derecha que yo. He sido un símbolo del anticomunismo. Me han etiquetado de fascista. Pero mi anticomunismo era liberal. El suyo era y es fascismo disfrazado”. Y añadía a continuación:

“Recibo decenas de cartas de personas cultas, de médicos, de ingenieros, etc., que están convencidos de haber vivido todos estos años bajo un régimen de ‘rojos’ (...). La verdad es que este tipo de anticomunismo (se refiere al de Berlusconi) es una estupenda coartada para justificar una política autoritaria y represiva”[92].

Anticomunista irreductible es también Alberto Ronchey, a quien el presidente de la FIAT Gianni Agnelli encargó dirigir “La Stampa” de Turín en los años de plomo. Este editorialista y ex ministro se hizo célebre por inventar la fórmula política conocida como “Factor K”, que imposibilitaba que una oposición liderada por comunistas pudiera jamás acceder al poder institucional en Italia. Hoy en día, el anticomunismo de “La Stampa” lo encama Barbara Spinelli, para quien el comunismo es una “teología totalitaria” como el nazismo[93] al que, además, le es inherente una “naturaleza esotérica, profundamente sectaria”[94].

El anticomunismo de Vittorio Feltri es un anticomunismo de los de antes, que hoy en día desarrolla desde el diario “Libero” y que anteriormente desarrolló con mordacidad desde las páginas de “L’Indipendente” (donde, a principios de los noventa, Maurizio Molinari, actualmente especialista en política internacional, también despuntó por su feroz anticomunismo).

Entre los comentaristas, el anticomunismo es el tema central de Sandro Viola y Angelo Panebianco, y, muy especialmente, de Ernesto Galli della Loggia, profesor universitario y, desde 1993, editorialista del “Corriere della Sera”. En su opinión, Europa tiene que ser antifascista y anticomunista, y sería importante reconocer “el papel positivo y necesario desarrollado por el anticomunismo tanto en la historia de Italia como en la de otros países”[95].

También Enzo Biagi, por mucho que hoy sea un moderado y se encuentre en la lista negra de Berlusconi, tiene en su activo artículos y libros de un antisovietismo extremo.

Finalmente, no podemos olvidar a los historiadores revisionistas, discípulos o defensores de las tesis de Renzo De Felice, que son constantemente adulados por la prensa.

Diez retratos de anticomunistas

Plinio Corrêa de Oliveira

Plinio Corrêa de Oliveira (1908 – 1995), nacido en Brasil, profesor emérito de la Universidad Pontificia Católica de San Paolo, es el fundador en 1960 del movimiento “Tradición, Familia, Propiedad” (TFP), que rápidamente funda sedes en una veintena de países, sobre todo en América del Sur, Estados Unidos y Europa. Objetivos de las TFPs son defender los “valores de la tradición” y luchar contra “la difusión del comunismo en el mundo”.

En *Revolución y Contra-revolución*[96], la obra más importante de Corrêa de Oliveira, se puede leer: “En los países en que existe una TFP o alguna organización afín, su finalidad es luchar sin tregua contra la Revolución, es decir, más específicamente, en el ámbito de lo espiritual, combatir el progresismo, y en el ámbito de lo temporal, el comunismo. Dentro de esta batalla a librar contra el comunismo, incluimos también la lucha contra los diferentes tipos de socialismo, porque éstos no son sino etapas preparatorias o formas larvadas de comunismo”.

Gracias a los fondos puestos a disposición por los empresarios y la aristocracia “clerical”, el profesor brasileño tenía por costumbre adquirir páginas de pago en los principales periódicos del mundo. En 1981, por ejemplo, publicó en los diarios de todos los continentes uno de sus ensayos, que ocupaba seis páginas de periódico. Se trataba de un manifiesto contra Francia y el socialista François Mitterand, a quien acusaba de ser una *cabeza de puente* del comunismo. En marzo de 1900, Corrêa de Oliveira adquirió dos páginas enteras del “Corriere della Sera”, y de algunos periódicos estadounidenses y brasileños, para publicitar su trabajo *Comunismo y anticomunismo en los umbrales de la última década del milenio.* En Italia, lo publicó justamente el día en que se inauguraba el congreso nacional del PCI, con la intención de demostrar que el peligro comunista seguía vivito y coleando, y que hay que desconfiar tanto de la democratización en los países ex socialistas del Este, como de los partidos comunistas occidentales.

La TFP de Corrêa de Oliveira ha apoyado siempre las corrientes más tradicionalistas de la Iglesia católica. Llegó a oponerse al Concilio Vaticano II, por no condenar el comunismo con suficiente energía, lo que le hizo obtener el respaldo del cardenal Joseph Ratzinger y de monseñor Marcel Lefebvre.

Desaparecida la Unión Soviética, hoy el movimiento TFP ha sustituido la obsesión anticomunista por las cruzadas contra la homosexualidad.

Luigi Gedda

Militante de Acción Católica desde los años treinta, Luigi Gedda (1902 – 2000) quería que esta organización implicara directamente en la política italiana, defendiendo un anticomunismo unido a la oposición al laicismo y al catolicismo liberal. Socio perfecto de Pio XII, su interlocutor privilegiado era el cardenal Alfredo Ottaviani, jefe del Santo Oficio, y artífice de la excomunión de los comunistas de 1949.

El momento de máximo esplendor del anticomunismo de Gedda fue el año 1948, cuando consiguió sostener a De Gasperi en la batalla electoral contra las izquierdas. Por aquel entonces era vice-presidente de Acción Católica Italiana, y, con gran habilidad propagandística, organizó unos comités cívicos para las elecciones del 18 de abril, estructurados territorialmente a imitación de la actividad capilar de las células y de las secciones del PCI. Los comités cívicos consiguieron involucrar a los jóvenes de Acción Católica, y Gedda los movilizó en multitudinarias manifestaciones convocadas en defensa de la cristiandad amenazada por el comunismo. En su himno, los jóvenes geddianos se autodefinían como un *ejército,* como *soldados de la fe* y *heraldos de la Cruz.* Este activismo de los comités cívicos obtuvo sus resultados: la Democracia Cristiana consiguió en las elecciones casi 5 millones de votos, derrotando así al frente de las izquierdas. Sin embargo, hubo mucha controversia en torno a la labor de los comités cívicos, y Gedda fue acusado de llevar a votar a ancianos y a enfermos que no estaban capacitados para decidir su voto de forma consciente.

Tras las elecciones, Gedda intentó inútilmente aprovechar la popularidad conseguida durante la cruzada de 1948 para desplazar aún más a la derecha el eje político de la Democracia Cristiana. Su intransigencia anticomunista,

opuesta a cualquier tipo de colaboración con las izquierdas, hizo que los comités cívicos fueran *silenciados* por la DC (en palabras del propio Gedda). "Nuestra diferencia de fondo con los democristianos", decía Gedda, "era que ellos estaban convencidos de que era ineludible que el comunismo conquistara el poder, por lo que el problema consistía en buscar desde el principio formas de coexistencia con el futuro vencedor"[97] .

Presidente General de la ACI hasta 1959, Gedda se dedicó posteriormente sobre todo a actividades religiosas y a la enseñanza universitaria.

Giovanni Guareschi

El monárquico Giovanni Guareschi (1908 – 1968), alias Giovannino, tras pasar el fin de la guerra recluido en un campo de prisioneros alemán, se convirtió al finalizar el conflicto en el símbolo del antiantifascismo y, posteriormente, del anticomunismo. En 1945, hizo su aparición en los kioscos el semanario "Candido", por él fundado y dirigido. Si bien al principio se caracterizó por su línea filo-monárquica, enseguida se convirtió en plataforma de la sátira anticomunista del propio Guareschi, con sus historietas sobre el cura Don Camillo y el alcalde comunista Peppone que, ambientadas en la Baja Padana, serían llevadas con éxito a la gran pantalla. El modo en que satirizaba a los comunistas era feroz: famosísimas eran sus viñetas tituladas "Obediencia ciega, rápida y absoluta", donde definía a los comunistas como "trinarigudos" (la tercera nariz les servía para dejar salir al cerebro y dejar entrar en su lugar las directivas del partido).

Guareschi terminó en la cárcel, pero no por culpa de los odiados comunistas, sino tras ser acusado de difamación por la Democracia Cristiana. En 1954, "Candido" publicó dos cartas de 1944 atribuidas a Alcide De Gasperi, líder incontestable de la Democracia Cristiana, en las que se pedía a los norteamericanos que bombardearan la periferia de Roma para instigar a los ciudadanos a la rebelión contra los alemanes. El tribunal dictaminó que las cartas eran falsas y condenó a Guareschi a un año de cárcel. En 1950 ya había sido condenado a ocho meses de cárcel por una viñeta considerada difamatoria dedicada al entonces presidente Luigi Einaudi.

Entretanto, “Candido” se había ido aproximando hacia tendencias fascistas. En 1957, Guareschi abandonó la dirección, en 1961 dejó de colaborar con el semanario y se pasó a “Il Borghese”. Poco después, “Candido” dejaría de salir a la calle.

J. Edgar Hoover

J. Edgar Hoover (1895 – 1972) fue jefe del FBI de 1924 hasta su muerte. Nombrado con sólo veintinueve años responsable del Bureau of Investigations del Ministerio de Justicia, se dedicaría desde entonces a construir metódicamente su imagen de primer policía de América. A él le debemos algunos *lugares comunes* difundidos por el imaginario hollywoodiense, como la rivalidad entre el FBI y la CIA o la mítica persecución de Dillinger, el bandido más buscado del mundo en las listas del FBI.

En nombre del anticomunismo, mandó recopilar dossieres sobre miles de personas, en los que se recogían indiscreciones y sospechas no sólo relacionadas con opiniones políticas, sino también con actividades sexuales, debilidades, enfermedades y *vicios* de los fichados. Contra el comunismo escribió ensayos y libros, y trabajó en colaboración con Joe McCarthy en la *caza de brujas*. Los presidentes norteamericanos no le querían, por su arrogancia y propensión al chantaje y, sin embargo, consiguió mantenerse en la cumbre del FBI hasta la edad de setenta y siete años.

La estrella de Hoover había empezado a declinar algunos meses antes de su muerte con el descubrimiento, por parte de una subcomisión de la Cámara de Representantes, de miles de dossieres del FBI relacionados con senadores y diputados norteamericanos. Durante los años siguientes, fue quedando en evidencia que Hoover había basado su inmenso poder en el chantaje, y las autoridades estadounidenses decidieron destruir su archivo privado, que contenía información sobre prácticamente toda la clase política del país.

Las biografías publicadas tras su muerte no han sido indulgentes que digamos. En ellas se afirma, entre otras cosas, que, a pesar del odio que sentía hacia los *diferentes* (comunistas, extranjeros, negros, gays...) él era homosexual y, además, padecía de manías sicóticas[98].

Marcel Lefebvre

El obispo francés Marcel Lefebvre (1905 – 1991) dirigió en los años sesenta el movimiento integrista Cité Catholique, caracterizado por un odio feroz hacia la modernidad. El primer puesto de su doctrina lo ocupaba el anticomunismo, lo que le convirtió en punto de referencia de la derecha tradicionalista católica de Europa entera. La suya era una doctrina de guerra, de choque frontal entre el reino de Dios y las fuerzas de Satanás. En Francia, además, ofreció su apoyo a los sectores más extremos del Gobierno durante la guerra de Argelia, considerándola una cruzada contra el Mal. Se trata probablemente del primer caso en el que odio antiárabe y anticomunismo quedaron equiparados, o, por lo menos, fueron *analizados* bajo los mismos esquemas.

Lefebvre se opuso también al Concilio Vaticano II, propugnó mantener la misa en latín y consiguió entrar en conflicto directo con la Iglesia, a la que desafió ordenando sus propios curas y obispos. A partir de entonces, su Iglesia paralela entró en declive, aunque sus teorías *contrarrevolucionarias* han seguido inspirando a sectores del integrismo y del neofascismo tradicionalista. No es casualidad, por ejemplo, que una de las ponencias del congreso de Roma que, en 1965, promovió la extrema derecha golpista acerca de la *guerra revolucionaria* girara precisamente en torno al movimiento de Lefebvre.

Padre Riccardo Lombardi

El jesuita Riccardo Lombardi (1908 – 1979) se distinguió en la posguerra por su intransigencia anticomunista, que llevó hasta tal extremo que le hizo entrar en conflicto con la propia Democracia Cristiana de la época. Le definieron como *el micrófono de Dios* porque desde la radio predicaba contra el comunismo (“los comunistas son monstruos de fealdad” era uno de sus argumentos), y porque había activistas que organizaban escuchas públicas de sus prédicas en calles y teatros. En 1952, luchó, sin éxito, por conseguir una alianza entre la Democracia Cristiana y las derechas más extremas para evitar que los comunistas se hicieran con el ayuntamiento de Roma. Sin embargo, tras duras polémicas, fue el propio Alcide De Gasperi quien le bloqueó el proyecto. Riccardo Lombardi intentaría, más tarde, obstaculizar por todos los medios a Giovanni Battista

Montini, el futuro Pablo VI, a quien consideraba demasiado blando con los comunistas y favorable a gobiernos de centro izquierda. Asimismo, se opuso al deshielo con Moscú que proponía Juan XXII, enfrentándose abiertamente al Concilio y provocando con uno de sus libros la condena del papa.

Sin embargo, en los últimos años de su vida, Lombardi sufrió una grave crisis existencial que le llevó a modificar parcialmente sus antiguos convencimientos, y a defender ante Juan Pablo II la celebración de un concilio de todas las religiones del mundo.

Hay que decir también que su hermano Gabrio Lombardi tomó el relevo del *micrófono de Dios* en los años setenta. Profesor universitario e integrista católico, promovió nuevos comités cívicos para sacar adelante el referéndum contra el divorcio. Sin embargo, el 12 de mayo de 1974, los electores le dieron la espalda.

Sun Myung Moon

Sun Myung Moon, nacido en Corea en 1920, fundó en 1954 en Seúl la Asociación del Espíritu Santo para la Unificación del Cristianismo Universal, más conocida como Iglesia de la Unificación, una verdadera multinacional religiosa con millones de fieles en todo el mundo. La Iglesia de la Unificación existe también en Italia, desde 1965, gracias a la norteamericana Doris Walzer, y tiene sede en varias ciudades del país.

El meollo de lo que predica Moon lo constituye una mezcla de fanatismo religioso, anticomunismo y sentido empresarial. El brazo financiero de la iglesia, el holding Tongil, comercia con ginseng, fabrica componentes para coches y posee grandes industrias en Corea del Sur. Además, desde 1991 ha iniciado relaciones comerciales con la odiada Corea del Norte. Moon tiene también influencia en los medios y es propietario del diario norteamericano de derechas “Washington Times”. La secta ha tenido también un papel decisivo en la tan controvertida Liga Anticomunista Mundial (WACL), junto a generales americanos, criminales de guerra nazis y mercenarios.

Las acusaciones contra la Iglesia de Moon han sido numerosas y variadas: lavado de cerebro a los adeptos, trata de menores, e incluso el haber supuestamente manipulado a Emmanuel Milingo, conocido arzobispo exorcista, en su boda con María Sung, miembro de la secta Moon, que fue

quien organizó la ceremonia. La Iglesia de Moon se ha hecho famosa por celebrar matrimonios masivos, en los que se unen en matrimonio, en estadios o plazas de todo el mundo, multitud de parejas que no se conocían con anterioridad. El culto a la personalidad de Moon y su familia quedó bien patente en 1992, cuando Moon y su esposa Hak Ja Han afirmaron ser los nuevos Adán y Eva, es decir, formar la primera pareja en recibir la bendición total de Dios y en poder dar nacimiento a hijos libres del pecado original. La suegra y un hijo difunto de Moon, por su parte, envían por medio de una médium mensajes desde el paraíso, mensajes que luego se debaten en simposios de pago.

En 1994, tras la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética, el Reverendo Moon declaró cumplida la primera fase de su iglesia, que transformó en la *Family Federation for the Unification and World Peace.* En la actualidad, su actividad se concentra en la familia y en moralizar las costumbres. Sin embargo, el anticomunismo de los seguidores de Moon se mantiene, aunque ahora con un tono bastante tosco y grosero: basta con leer su website http://www.weltfamilie.at/, donde aparecen las *declaraciones* de 120 líderes comunistas difuntos que, desde el más allá, han supuestamente hecho saber a la secta de Moon su arrepentimiento. Lo cierto es que la página es entretenida de leer, dentro, claro está, de su involuntario y demencial humorismo. A pesar de todo, sigue habiendo anticomunistas y antilaicistas de antiguo cuño que dan credibilidad a la Iglesia de Moon. Así, por ejemplo, en opinión del experto en nuevos movimientos religiosos Massimo Introvigne “ciertos ataques contra la Iglesia de la Unificación” son causados por los “partidarios de una laicidad concebida como el triunfo del secularismo”[99].

Papa Pío XII

Eugenio Pacelli (1876 – 1958) inició muy joven su carrera curial. En 1917, fue nombrado nuncio en Mónaco y posteriormente en Berlín. Su función era mantener la unidad de Alemania, en peligro a causa de la guerra, como “baluarte frente al bolchevismo y antídoto contra el laicismo masónico”. Por aquel entonces, ocurrió un episodio que supuestamente sirvió para alimentar “el íncubo del anticomunismo” de Pacelli. El 30 de abril de 1919, un grupo de revolucionarios espartaquistas invadió la nunciatura y amenazó a los presentes. Según la leyenda, Pacelli, a quien

estaban apuntando en la sien con una pistola, hizo huir a los agresores diciendo: “Yo estoy en manos de Dios. No os temo y ningún acto de prepotencia conseguirá que me mueva ni un solo paso”.

Estudios posteriores han redimensionado el episodio. Emma Fattorini, autora de un texto importante sobre Pacelli, escribe: “De los documentos que hemos podido consultar, no hay ninguno que confirme el relato de Sor Pascalina sobre cómo ocurrió el asalto a la nunciatura. Pacelli quedó marcado de por vida y, cuarenta años más tarde, mientras agonizaba, al parecer murmuraba: ‘Nos asaltaron, tenían armas’”[100].

Elegido papa el 2 de marzo de 1939, escogió el nombre de Pío XII. Durante la guerra, evitó hacer una condena explícita del fascismo y el nazismo, y arrinconó el borrador de una encíclica antinazi que estaba preparando su antecesor Pió XI, al tiempo que hacía la vista gorda ante los campos de exterminio. Posteriormente, en nombre del anticomunismo, permitió que ciertas organizaciones eclesiásticas ayudaran a huir a numerosos criminales nazis.

En la posguerra, alineó a la Iglesia católica con Occidente y en contra de la Unión Soviética. De hecho, su rígido anticomunismo desembocó en la excomunión de los comunistas y de sus colaboradores. Poco antes de su muerte, la muy fiel Sor Pascalina Lehnert destruyó todo su archivo.

Edgardo Sogno

Al conde Edgardo Sogno Rata del Vallino (1915 – 2000) se le ha definido como “el italiano más anticomunista del siglo XX”. Personalidad contradictoria, participó en la Guerra Civil española del lado de los franquistas. Sin embargo, en 1941 y de acuerdo con los servicios secretos británicos, decidió combatir el nazifascismo, haciéndose merecedor de una medalla de oro al valor militar.

Monárquico convencido, en la posguerra colaboró con el espionaje italiano y desempeñó diversas actividades clandestinas, durante la sublevación de Hungría de 1956, por ejemplo, o también organizando iniciativas anticomunistas para el ministro Scelba y la Fiat. Nombrado embajador, se comprometió políticamente con el PLI (Partido Liberal

Italiano), al tiempo que aumentaba su obsesión por el *peligro comunista,* que, en su opinión, se veía agravado por lo dispuesta que se mostraba la entonces dirigente Democracia Cristiana a pactar acuerdos con el PCI. Para escapar de los tentáculos de lo que él llamaba “la mordaza católico-comunista”, decidió fundar los grupos anticomunistas Paz y Libertad y, posteriormente, los Comités de Resistencia Democrática.

En mayo de 1976, el juez de Turín Luciando Violante ordenó su detención bajo la acusación de haber intentado un golpe *blando,* pero Sogno fue posteriormente absuelto por la magistratura de Roma. En un libro en el que se le entrevista poco antes de su muerte[101], Sogno confirma sin embargo haber intentado dar un golpe, y haber contado para ello con organizaciones militares cuya función era derribar el régimen parlamentario. En la misma entrevista, además, se sigue declarando convencido de que en Italia estaba en curso “un enfrentamiento de guerra civil” entre comunistas y anticomunistas.

Fracasada su intentona golpista, Sogno puso todo su empeño en el Plan de Renacimiento de la logia P2 de Lucio Gelli, colaboró con el periódico “Avanti” del PSI de Craxi y con el “Il Giornale” de Montanelli, y terminó acercándose a Berlusconi y su aliada AN (la neofascista Alianza Nacional), con la que se presentó como candidato en 1996, aunque sin conseguir salir electo. Pocos días antes de su fallecimiento, describió su vida como un combate de cincuenta años “para destruir a los comunistas”. Con ocasión de su defunción, tanto Gianfranco Fini (AN) como Silvio Berlusconi se refirieron a él en términos elogiosos.

Alexander Solzhenitsyn

Alexander Solzhenitsyn nació en 1918 en una familia acomodada pero perjudicada por las expropiaciones de los Soviets. Voluntario del Ejército Rojo en el frente occidental, fue detenido en febrero de 1945 a causa de una carta en la que criticaba a Stalin, y condenado a ocho años de reclusión. En 1961, la revista “Novyi Mir” le publicó *Un día en la vida de Iván Denisovich,* breve novela en la que describe la vida diaria en los campos de detención soviéticos: nacía el “caso” Solzhenitsyn.

A pesar de que hoy se siga diciendo que en torno a los gulag soviéticos ha existido un largo y culpable silencio, el “caso Solzhenitsyn” demuestra

justamente lo contrario. No hay que olvidar, además, que en 1970 recibió el premio Nobel de literatura y que Occidente le convirtió en una auténtica estrella: sus libros de denuncia del sistema soviético, como el célebre *Archipiélago Gulag*, los publicaban las editoriales más poderosas con extraordinarias campañas de prensa, campañas que tomaron un brío aún mayor en 1974, cuando Solzhenitsyn fue expulsado de la Unión Soviética y se presentó en Estocolmo para recoger el Nobel.

En su exilio occidental, Solzhenitsyn se estableció en Estados Unidos, intensificando sus nostalgias zaristas y de otras antiguas tradiciones rusas. No volvió a su patria hasta 1994, tres años después de la caída de la Unión Soviética, y para su regreso eligió un punto de llegada verdaderamente paradigmático: el aeropuerto de Kolyma, símbolo de los campos de trabajo estalinianos. De todos modos, la nueva Rusia no coincide con su fanatismo nacional-religioso, y sitúa al escritor en la lista de los que ven con hostilidad el nuevo escenario político de la Rusia postsoviética.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

AA.VV.: *Inchiesta sull'anticomunismo,* en "Rinascita", agosto-septiembre de 1954.

Scott Anderson, Jon Lee Anderson: *Inside The League: The Shocking Expose of How Terrorists, Nazis, and Latin American Death Squads Have Infiltrated the World Anti-Communist League,* Dodd Mead, Nueva York 1986.

Alessandro Aruffo: *Gli articoli dell'aquila,* Datanews, Roma, 2004.

Michael Barson, Steven Heller: *Red Scared! The Commie Menace in Propagand and Popular Culture,* Chronicle, San Francisco, 2001.

Bruno Bongiovanni: *Traiettorie dell'anticomunismo,* en "Aprile", noviembre de 2003.

Noam Chomsky, E. S. Herman: *Bagno di sangue*, Il Formichiere, Milán, 1975. (Edición castellana: *Baños de sangre*, AQ Ediciones, Madrid, 1976).

Aurelio Lepre: *L'anticomunismo e l'antifascismo in Italia*, Il Mulino, Bolonia, 1997.

Guido Liguori: *Anticomunismo: uno scomodo aggettivo,* en "Cominform", n. 100, enero de 1998.

Lucio Lombardo Radice: *L'anticomunismo cattolico,* en "Rinascita", marzo *de* 1946.

Lucio Lombardo Radice: *Fascismo e anticomunismo,* Einaudi, Turín, *1946.*

Mario Margiocco: *Stati Uniti e Pci*, Laterza, Bari, 1981.

Giuseppe Carlo Marino: *La repubblica della forza,* Angeli, Milán, 1995.

Michael Parenti: *Blackshirts & Reds*, City Lights, San Francisco, 1997.

Geoffrey R. Stone: *Libertà civili in tempo di guerra: la prospettiva americana,* ponencia en el Encuentro anual de la "Associazione Italiana Costituzionalisti", Milán, 17-18 de octubre de 2003; disponible en internet: http://www.associazionedeicostituzionalisti.it.

Francés Stonor Saunders: *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*, The New Press, Nueva York, 2000. (Edición castellana: *La CIA y la guerra fría cultural*, Debate, Madrid, 2001).

Brigitte Studer: *Anticomunismo*, voz del *DSS: Dizionario Storico della Svizzera;* disponible en internet: http://www.dss.ch.

Massimo Teodori (a cargo de): *L'anticomunismo democrático in Italia – Liberali e socialisti che non tacquero su Stalin e Togliatti*, Liberal Libri, Florencia, 1998.

Ines Venturi, Michele Capuano: *L'anticomunismo di ieri e di oggi*, en "Democraziapopolare", septiembre-octubre de 2000.

Notas

[←1]

Roberto Morozzo della Rocca, Le nazioni non muoiono. Russia rivoluzionaria, Polonia indipendente e Santa Sede, Il Mulino, Bolonia, 1992.

[←2]

Piotr N. Krasnov. Dall'aquila imperiale alla bandiera rossa, Salani, Florencia, 1929.

[←3]

Piotr N. Krasnov, *Comprendere è perdonare*, Salani, Florencia, 1929.

[←4]

Aleksandr Solgenitsin, *Ego*, Einaudi, Turín, 1996.

[←5]

Cesare Bermani, *Il nemico interno*, Odradek, Roma, 1997.

[←6]

Arno J. Mayer, *Soluzione finale*, Mondadori, Milán, 1990, p. 13.

[←7]

Se ha reeditado la entrevista en *The Penguin Book of Interviews*, Penguin, Londres, 1993.

[←8]

Cit. en Paul Preston, *La guerra civile spagnola*, Mondadori, Milán. 1999. (Edición castellana: *La guerra civil española*, Editorial Debate, Barcelona, 2006).

[←9]

Cit. en Arrigo Petacco, *La nostra guerra 1940-1945*, Mondadori, Milán, 1995.

[←10]

Aleksandr Solgenitsin. *La "questione russa" alla fine del secolo XX*, Einaudi, Turín, 1995, p. 93. (Edición castellana: Aleksandr Solzhenitsyn. *El problema ruso al final del siglo XX*, Tusquets Editores, Barcelona, 1995).

[←11]

Winston Churchill, *La seconda guerra mondiale*, Mondadori, Milán, 1979, p. 142. (Edición castellana: *La Segunda Guerra Mundial*, La Esfera de los Libros, Madrid).

[←12]

Cit. en Andrea Granelli, Andrea Tornelli, *Papi e guerra*, "Il Giomale", Milán, 2003.

[←13]

Cfr. Giancarlo Zizola, *Il microfono di Dio. Pio XII, padre Lombardi e i cattolici italiani*, Mondadori, Milán, 1990.

[←14]

En este sentido resulta significativo un texto de Plinio Corrêa de Oliveira de 1953, *La devozione al Cuore di Maria solverà il mondo dal comunismo*, publicado en la revista "Cristianità", n° 317, mayo-junio de 2003.

[←15]

Mario Pirani, *L'uso politico del mito di Fatima*, en "La Repubblica", 22 de mayo de 2000.

[←16]

Las investigaciones de Mauro Canali han sido publicadas en "Liberal" del mes de febrero de 2001.

[←17]

Cfr. Eric Salerno. *Rossi a Manhattan*, Quiritta, Roma 2001.

[←18]

Geoffrey R. Stone, *Libertà civili in tempo di guerrra: la prospettiva americana*, ponencia del Congreso anual de la Associazione Italiana Costituzionalisti, Milán, 17-18 de octubre de 2003. Texto disponible en http://www.associazionedeicostituzionalisti.it.

[←19]

Cfr. Tom Rhodes, *US 'Poisoned Robeson' With Mind-Bending Drug*. en "The Sunday Times", 14 de marzo de 1999.

[←20]

Paolo Passerini. L'Fbi incastri Bernstein la sua musica è comunista, en "La 30 de julio de 1994.

[←21]

Ignacio Ramonet. *L'avversario*, en "Le Monde diplomatique/il manifestó", octubre de 2001. (Edición castellana: *El adversario*, en "Le Monde diplomatique – Edición española", octubre de 2001).

[←22]

Noam Chomsky. E. S. Herman, *Bagno di sangue*, Il Formichiere, Milán, 1975, p. 40. (Edición castellana: *Baños de sangre*, AQ Ediciones, Madrid, 1976).

[←23]

Matthew B. Ridgway. *Guerra sul 38° parallelo*, Rizzoli, Milán, 1969, pp. 258-59.

[←24]

Pier Mario Fasanotti, *E la mafia accolse gli Alleati*, en "Panorama", 6 de mayo de 2004.

[←25]

Cfr. Thierry Falise, *Nella giungla con i killer filippini*, en "la Repubblica", 15 de agosto de 1989.

[←26]

Scott Anderson, Jon Lee Anderson, *Inside The League: The Shocking Expose Of How Terrorists, Nazis, and Latin American Death Squads Have Infiltrated the World Anti-Communist League*, Dodd Mead, Nueva York, 1986.

[←27]

Roland Challis, *Our Dirty Secret Behind Indonesia's Coup*, en "The Sunday Times", 29 de julio de 2001.

[←28]

Doyo Uknowme. *Indonesia, 25 anni fa il massacro,* en “Il manifesto”, 6 de octubre de 1990.

[←29]

Roland Challis. *Shadow of a Revolution. Indonesia and the Generals*, Sutton, Londres. 2001.

[←30]

Cfr. *Manuale della tortura* del 1963, publicado por Datanews, Roma, 1999.

[←31]

Noam Chomsky, E. S. Herman, *Bagno di sangue*, cit, p. 41. (Edición castellana: *Baños de sangre,* AQ Ediciones, Madrid, 1976).

[←32]

Cfr. Brigitte Studer, *Anticomunismo,* voz del *DSS: Dizionario Storico della Svizzera.* Texto disponible en “http://www.dss.ch”.

[←33]

Aleksandr Zinoviev, *Ma è finito il comunismo?,* en “la Repubblica”, 10 de febrero de 1991.

[←34]

Igor Man, *Quelle carezze rubate,* en “Specchio”, 24 de marzo de 2001.

[←35]

Vittorio Zucconi, *Ora l’Urss è l’impero del bene,* en “la Repubblica”, 25 de abril de 1989.

[←36]

Cfr. e. c., *Gorbaciov, per favore rallenta,* en “la Repubblica”, 4 de noviembre de 1990.

[←37]

Marina Valensise. *Non do tregua al comunismo,* en “Panorama”, 25 de mayo de 2000.

[←38]

Anne Applebaum, *Gulag,* Doubleday, Nueva York, 2003. (Edición castellana: *Gulag: una historia.* Editorial Debate, Barcelona, 2005).

[←39]

Beppe Severgnini, *Perché parlo di gulag,* en “lo donna” n. 20, 2004.

[←40]

Noam Chomsky, Edward Herman, *Manufacturing Consent. The Political Economy of the Mass Media*, Pantheon Books, Nueva York, 1988. (Edición castellana*:* Los guardianes de la libertad: propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas. Editorial Crítica, Barcelona, 2003).

[←41]

Cfr. Paul W. Blackstock, *Libri per idioti*, en “Rinascita”, 22 de octubre de 1966.

[←42]

Cit en Giampaolo Visetti, *L’orrore dei Gulag diventa museo,* en “la Repu- bblica”, 21 de mayo de 2004.

[←43]

En Italia ha sido publicado repetidamente, en 1950 y en 1957 por Edizioni di Comunitá, en 1980 por Bompiani, en 1992 por Baidini & Castoldi. (Edición castellana: *El fracaso de un ídolo. Seis testimonios sobre el comunismo,* Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 1951).

[←44] Aa.Vv., *II libro ñero del comunismo*, Mondadori, Milán, 1998. (Edición castellana: *El libro negro del comunismo*, Espasa-Calpe, Pozuelo de Alarcón, 1998).

[←45]

Si ones en el *Sul libro ñero del comunismo. Una discussione nella sinistra*, M testaciones al revisionismo han sido plantedas por no comunistas: Gioigio Galli, *In difesa del comunismo*, Kaos, Roma. 1998; Gianni Rocca, *Caro revisionista ti scrivo...*, Editori Riuniti. Roma. 1998.

[←46]

Richard Pipes, *Comunismo*, Rizzoli, Milán. 2003. (Edición castellana: *Historia del comunismo*, Mondadori, Barcelona. 2002).

[←47]

François Fejito, en “Corriere della Sera**”,** 5 de febrero de 2003.

[←48]

Richard Pipes, entrevista en “Avvenire”, 18 de febrero de 2003.

[←49]

Cit. en Christiane Chombeau, *Le FN veut organiser le “procès de Nüremberg du communisme”*, en “Le Monde”. 12 de septiembre de 1997.

[←50]

Ernst Nolte, Nazionalsocialismo e bolscevismo. La guerra civile europea, 1917-1945, *Sansoni, Milán, 1988. (Edición castellana:* La guerra civil europea 1917-1945: nacionalsocialismo y bolchevismo, *Fondo de Cultura Económica, México, 2001).*

[←51]

François Furet, *Il passato di un’illusione. L’idea comunista nel XX secolo*, Mondadori, Milán, 1995. (Edición castellana: *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Foldo de Cultura Económica de España, Madrid, 1995).

[←52]

Paolo Bellinazzi, *L’utopia reazionaria*. Name, Génova, 2002.

[←53]

Alain de Benoist, *Nazismo e comunismo: una comparazione possibile*?, en “Trasgressioni”, n. 26, mayo-agosto de 1998.

[←54]

Thierry Wolton, *Rouge-Brun, le mal du siècle*, Lattès, París, 1999.

[←55]

Cfr. David W. Ellwood, *L’Europa ricostruita. Politica ed economia tra Stati Uniti ed Europa Occidentale 1945-1955*, Il Mulino, Bolonia. 1994.

[←56]

John Comwell, *Emperor of Rome*, en “The Sunday Times”, 19 de septiembre de 1999.

[←57]

Como lo revelan ciertos documentos de Washington publicados en “Nuova storia contemporanea”, mayo de 2000.

[←58]

Cfr. la reciente biografía exaltadora de Marino Parodi, *Clare Boothe Luce. Storia di una donna speciale*, Il Minotauro. Roma, 2003; y las muy picantes memorias de su secretaria, Letitia Baldrige, *A Lady, First*, Viking, Nueva York, 2001.

[←59]

Cfr. Marco Follini, *La DC*, II Mulino, Bolonia, 2000.

[←60]

Cfr. la entrevista en “Avvenire”, 1 de abril de 1998.

[←61]

Segunda Sala de Audiencia de Roma. 3 de julio de 2001.

[←62]

Giovanni Mana Bellu, Giuseppe D’Avanzo, *Cosí Gladio schedava il Ministro Cossiga*, en “la Repubblica”, 24 de mayo de 1991.

[←63]

Las actas han sido publicadas en AA.VV., *La guerra rivoluzionaria*, Volpe, Roma, 1965.

[←64]

Cfr. entrevista de Michele Brambilla, en “Sette” n. 395.

[←65]

Michele Serra, *I conti con i nostri anni più bui*, en “la Repubblica”, 16 de febrero de 1998.

[←66]

Cfr. entrevista de Stefano Marroni, en “la Repubblica”, *3* de agosto de 2000.

[←67]

Umberto La Rocca, *Martino: quando Berlusconi mi disse “diventerò premier”*, en “La Stampa”, 18 de enero de 2004.

[←68]

Entrevista de Gloria Piccioni, en “Liberal”, 20 de octubre de 2003.

[←69]

Eugenio Scalfari, *In che modo i comunisti dominano questo paese*, en “la Repubblica”, 25 de marzo de 2001.

[←70]

Norberto Bobbio, Maurizio Viroli, *Dialogo intorno alia Repubblica*, Laterza, Barí, 2001. (Edición castellana: *Diálogo en torno a la república*, Tusquets Ed., Barcelona, 2002).

[←71]

Paolo Mieli. en “Corriere della Sera”, 22 de mayo de 1997.

[←72]

Gianpaolo Pansa, *Il sangue dei vinti*, Sperling & Kupfer, Milán, 2003.

[←73]

Antonio Ghirelli, *Tiranni*, Mondadori. Milán, 2001.

[←74]

Pierluigi Battista, *La fine dell'innocenza. Utopia, totalitarismo e comunismo,* Marsilio, Padua, 2000.

[←75]

Mario Pirani, *Chi ha paura di Boris Eltsin?,* en "la Repubblica", 17 de septiembre de 1991.

[←76]

Sergio Romano, *Totalitarismo, totalitarismi e regimi autoritari,* en "Nuova Storia Contemporánea", junio de 2000.

[←77]

Eugenio Scalfari. en "Liberal'', mayo de 1998.

[←78]

Luigi Offeddu, *E Stalin sognò un secondo Olocausto,* en "Corriere della Sera", 11 de septiembre de 2003.

[←79]

Luigi Offeddu, *Stalin e i suoi picciotti, tra vodka e pallottole. Al Cremlino una congrega paramafiosa dominata da un capo volubile e feroce,* en "Corriere della Sera", 28 de abril de 2004.

[←80]

Ernesto Galli della Loggia, *Non esistono comunisti "buoni",* en "Sette", 31 de mayo de 2001.

[←81]

Julius Evola, *Gli uomini e le rovine*, Edizioni dell'Ascia, Roma, 1953. (Edición castellana: *Los Hombres y las Ruinas*, Ediciones Heracles, Buenos Aires, 1994).

[←82]

Cfir. *Per l'unità delle forze anticomuniste in difesa della libertà di tutti gli italiani,* informe al Comité Central del Msi-Dn, 29-30 de julio de 1975.

[←83]

Pannella al Peí: Perché ce l'avete con noi?, en "Corriere della Sera", 12 de diciembre de 1976.

[←84]

Susanna Tamaro, *Anima mundi*, Baldini & Castoldi, Milán, 1997. (Edición castellana: *Anima mundi.* Editorial Seix Barral, Barcelona, 1997).

[←85]

Luciano Pellicani, en "Nuova storia contemporanea", marzo-abril de 1998.

[←86]

Antonio Carioti. *L'ascesa del leader, l'autunno del monarca,* entrevista a Luciano Cafagna. Texto localizable en "http://www.caffeeuropa.it".

[←87]

Valerio Riva, en "Sette", 16 de mayo de 2002.

[←88]

Gaetano Arfe, en "la Repubblica", 7 de octubre de 2000.

[←89]

Ferdinando Adomato, en "Liberal", abril-mayo de 1995.

[←90]

Federigo Argentieri, *II dibattito che manca in Italia*, en “Reset”, mayo de 1998.

[←91]

Cfr. Walter Veltroni, *Incompatibili comunismo e libertà*, en “La Stampa”, 16 de octubre de 1999.

[←92]

Diálogo entre Indro Montanelli y Curzio Maltese, en “Micromega”, mayo de 2001.

[←93]

Barbara Spinelli, *Memorie deboli del comunismo*, en “La Stampa”, 7 de noviembre de 1997.

[←94]

Barbara Spinelli. *La Russia della memoria negata*, en “La Stampa”, 29 de mayo de 1999.

[←95]

Ernesto Galli della Loggia, en “Corriere della Sera”, 3 de febrero de 1998.

[←96]

El libro está disponible en “http://www.lucisullest.it/libri_online/”.

[←97]

Cfr. Luigi Gedda, *18 aprile 1948. Memorie inedite dell’artefice della sconfitta del Fronte Popolare*, Mondadori. Milán, 1998.

[←98]

Cfr. Curt Gentry, *Il primo poliziotto d’America*, Mondadori, Milán, 1996; Richard Hack. *Puppetmaster: The Secret Life of J. Edgar Hoover*, New Millennium, Beverly Hills, 2004.

[←99]

Massimo Introvigne, *La Chiesa dell’Unificazione del Reverendo Moon*, Elle Di Ci, Leumann. 1997, p. 64.

[←100]

Emma Fattorini, *Germania e Santa Sede.* Le *nunziature di Pacelli tra la Grande Guerra* e *la Repubblica di Weimar*, Il Mulino, Bolonia, 1992.

[←101]

Aldo Cazzullo (a cargo de). *Testamento di un anticomunista*, Mondadori, Milán, 2000.